UNIV. OF ARIZONA
861.6508 O87 mn
Otero Munoz, Gustav/Antologia de poetas
3 9001 03795 5625

Antología de poetas colombianos

OBRAS DEL AUTOR:

Historia del periodismo en Colombia. (Desde la introducción de la imprenta hasta el fin de la reconquista española). 1737—1819. Editorial Minerva, Bogotá. 1925.

La literatura colonial de Colombia, seguida de un Cancionerillo popular. Imprenta artística. La Paz (Bolivia). 1928.

EN PRENSA:

Bibliografía bogotana. Tomo III. (En colaboración con Eduardo Posada).

EN PREPARACION:

Historia del periodismo en Colombia. Tomo II. (1819 1830).

La literatura colombiana. Historia crítica (4 volúmenes).

GUSTAVO OTERO MUÑOZ
INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

ANTOLOGIA
DE POETAS COLOMBIANOS

1800 / 1930

EDITORIAL DE CROMOS
BOGOTA
1930

LIBRERIA COLOMBIANA
CAMACHO ROLDAN & CIA.
BOGOTA

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

GESTA LIRICA

La influencia internacional de las grandes renovaciones estéticas dentro de una literatura, suele repercutir sobre las otras, generalizando en varios pueblos una influencia de arte. La reforma lírica de Garcilaso y Boscán en España reconoce sus raíces en la Italia del Renacimiento, y ésta, que le prestaba sus modelos, plasmábalos no poco en las resurgentes formas griegas y latinas: así, por ejemplo, la poesía bucólica. Igual cosa pudiéramos decir del romanticismo, que nace en Francia, pero que se engendró en Alemania y corrió después por tan diversas y lejanas partes del mundo.

Dotados los pueblos americanos de idiomas europeos, todas las renovaciones literarias de éstos han repercutido aquende el Atlántico. Unas veces la influencia inicial ha pasado no ya de una nación europea a España y de ésta a América, sino que ha sido traída del idioma extranjero al nuéstro por algún innovador americano. En ocasiones la mediación española fue casi exclusiva, según se ve en el clasicismo del siglo XVIII y principios del XIX: García Tejada, José María Gruesso, Tobar y Serrate, Salazar, Fernández Madrid, Andrés María Marroquín; otras, se funde con la influencia francesa de Víctor Hugo y la inglesa de Byron, como acontece en el romanticismo de Julio Arboleda, José Eusebio Caro, José María Samper, Torres Caicedo, Lázaro María Pérez y Gutiérrez González; otras, la influencia renovadora fue de América a España, conforme ocurrió con el modernismo, como lo reconocen hoy los críticos más salientes de esta escuela.

De las tres grandes tendencias estéticas que han arraigado en nuestra República,— clasicismo, romanticismo y modernismo— acaso pueda decirse con propiedad que sólo estas dos últimas han renovado las letras colombianas, pues el clasicismo fue consubstancial con nuestros orígenes literarios. El fue la forma escolástica y convencional que sobrevivió a la gloria del Renacimiento. Los colegios y las universidades coloniales enseñaban sus cánones. Los maestros jesuítas y dominicanos, y los poetas españoles de la decadencia daban la pauta de la imitación, cuyo fruto primigenio fue el *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*, de Domínguez Camargo, imitación de Góngora, mechada de teología y latinidad. El hipérbaton forzaba con frecuencia la asociación espontánea y elegante de las ideas. La nomenclatura mitológica, aprendida superficialmente en Virgilio y Ovidio, substituía a la visión directa de la naturaleza. El nombre de Marte suena en los cantos patrióticos de Fernández Madrid junto al del Inca, a pesar del robusto sentimiento americano que los hinche; y el mismo poeta llegó a dar, entrado el siglo XIX, la nota definitiva de aquel gusto anacrónico y exótico escribiendo su *Atala,* a imitación de Quintana y Alfieri. Por eso, en medio de la timidez general debieron causar enorme sorpresa aquellos versos de José María Gruesso, en la *Lamentación de Pubén,* por cuyas estrofas entraba ya, friunfante y gloriosa, la visión infinita de los campos caucanos, el aroma rural de sus montañas, la húmeda luz de sus cielos, como quien abriera al ámbito de la vida local la ventana del claustro escolástico:

¡Oh bosquecillos de frondosos mayos,
románticos doquiera y hechiceros!
Sombras amables del jazmín silvestre
y de los altos robles corpulentos!
En donde el payanés, a quien Natura
dio un corazón sensible, dulce y tierno,
iba a gemir de humanidad los males
o pasear sus caros pensamientos;
donde iba a recordar alguna Aminta
la hermosa imagen de su dulce dueño,

o a sentir anegado en triste llanto
el terrible rigor de sus desprecios.
Do tántas veces con su dulce lira
cantó Valdés sus expresivos versos,
o el sabio Caldas, con pensar profundo,
en pos de Urania se subió a los cielos!

En eso consistió el romanticismo: fuerte sentimiento de libertad en la vida, que se traducía con la libertad del sentimiento en el arte. La nueva escuela— renovación cíclica de emociones, de costumbres e ideas— generó una política, una filosofía, una indumentaria. Ella rehabilitó la pasión y devolvió la conciencia de la naturaleza. Todos los republicanos de la generación siguiente a la de la Patria Boba vivieron un destino romántico y lo soportaron en la existencia real, involuntariamente, sin darse cuenta de que luégo vendrían otros que lo cultivarían por doctrina estética. El muy conocido caso de Gruesso es de un romanticismo palpitante; y, como dice Vergara, "jamás pudo suponer el duque de Rivas al escribir su romance de *La vuelta deseada* en que figura una Jacinta, muerta de repente, y un novio que llega y la encuentra en su féretro, que el suceso que inventaba para materia de uno de sus lindos romances era simplemente una historia". Gruesso, al día siguiente de haber visto caer a pedazos su vida entera y de sepultar con su amada todas las ilusiones, empezó estudios eclesiásticos, regresando al cabo de dos años a Popayán, su patria, ya ordenado de sacerdote, y allí vivió "triste hasta la muerte". Tal fue el precursor ignoto del romanticismo colombiano.

Ninguna doctrina se acomodaba mejor a aquel momento de nuestra historia, en que las almas superiores anduvieron tras de las utopías de una República ideal, o bien en el destierro ocasionado por los desórdenes, nostálgicas de la patria y de sus amores, combatientes airados del despotismo, ardorosos visionarios de la libertad. Ninguna escena se prestaba mejor a las exigencias de esa escuela que incorporó en sus poemas y novelas los seres y paisajes de las selvas vírgenes, como esta tierra del Nuevo Mundo, donde los propios maestros del género en Europa —Cha-

teaubriand con *Atala,* y Hugo con *Momotombo*— habían hallado tema o ambiente de leyendas y cantos.

Es sabido que al romanticismo lo siguieron, al menos en ciertos géneros, el naturalismo violento y patológico de Zola, y el realismo local y de una encantadora espiritualidad de los grandes maestros españoles— López de Ayala, Trueba, Fernán Caballero, etc.— Zola tuvo en Colombia, como en casi todo el mundo, numerosos lectores, pero careció de verdaderos prosélitos. Y aquí debo anotar otro caso bien curioso de sincronismo literario para señalar a un precursor— tambien inconsciente como el de la escuela romántica,—de aquella teoría sobre la *bestia humana* que sostiene que "el arte es la realidad vista a través de un temperamento". Casi al propio tiempo que el jefe del naturalismo francés daba comienzo a la serie de sus novelas de concepción científica con la llamada *Teresa Raquin* (1867), el fecundo escritor colombiano Manuel María Madiedo publicaba en Bogotá otra serie de cuadros nacionales que denominó "Nuestro siglo XIX" (1868), en donde hay algunos muy significativos como documentos de ambiente y reflejo cruel de nuestras costumbres sociales y políticas. Los términos vulgares de la conversación de los personajes que aparecen con mayor relieve y algunas de las descripciones que hace Madiedo, tocan, por la desnudez del lenguaje y por lo inusitado de la pintura, en los límites del naturalismo más refinado. En cambio, los costumbristas seguidores de la escuela española, que hicieron de "El Mosaico" una especie de *Acta santorum* de sus producciones, supieron construír con ellas el período más sólido de la historia literaria colombiana.

El modernismo es una escuela que ha llegado a nosotros a través de escritores franceses: Leconte de Lisle, Verlaine, Albert Samain, Jules Laforgue, Mallarmé, Gourmont, France—todos los que Darío encareció en sus *Raros,*—y posteriormente el italiano D'Annunzio, el inglés Oscar Wilde, el portugués Eugenio de Castro, el yanqui Walt Whitman, y el precursor de todos, Poe, cuyo *Cuervo* ha graznado la ronca voz del misterio y cuyas *Campanas* han cantado la clara voz de la alegría, para todos los poetas de las nue-

vas generaciones europeas a partir de Baudelaire, y americanas a partir de Silva.

Fundado el modernismo en una filosofía individualista, sus *capillas* se multiplicaron en el mundo literario con gran facilidad. Escuela de idealismo, de libertad y de fantasía, no han escaseado en ella los extravíos grotescos. Escuela de renovación y de lucha, ha combatido en todos los terrenos y recibido nombres de escarnio. Sus resultatados han sido de consideración en la técnica de la prosa y del verso, y su influencia ha llegado a la prensa, al cuento, a la crítica. El modernismo tuvo por punto inicial entre nosotros a la célebre *Revista Gris*, que dirigió Maximiliano Grillo de 1892 a 1896, en donde se dieron a conocer los nombres de escritores novísimos que apenas se oían citar en España y aun en Francia, según el dicho de Fray Candil; después, en 1903 y 1904, fue *La Gruta,* el centro de reunión y de publicidad de los iniciados simbolistas; y por ultimo, en los tres años siguientes, la *Revista Contemporánea,* de Sanín Cano, y *Trofeos* de Londoño y López, fueron los voceros y portaestandartes de aquella renovación en las ideas estéticas, a la cual hay que reconocer, sin lugar a duda, que perfeccionó las formas de nuestras bellas letras y nuestro sentido universal de la belleza, aunque nada hizo por la cultura como expresión orgánica de la nacionalidad.

Las últimas generaciones colombianas, o sea aquellas que se comprenden bajo los nombres de *centenaristas,* de *nuevos* y de *post-nuevos* empezaron desde 1910 una reacción contra el ciclo anterior, y han oficiado alternativamente en las aras del *futurismo*, del *ultraísmo*, del *cubismo,* del *dadaísmo* y de otros cuántos *ismos* de las escuelas de vanguardia. Por ser su historia acontecimiento de nuestros días, no es posible formular un juicio desinteresado acerca de la obra de los *panidas* nacidos en el presente siglo. Pero es preciso advertir a muchos de ellos—que niegan todo valor a la literatura que les precedió y afectan profundo menosprecio por los autores que hicieron las delicias de los hombres pasaderos de los treinta años,—que suele ser achaque de mozos considerarse superiores a los viejos de su oficio, así como de

viejos menospreciar a los jóvenes. Y creo muy cajonera para esta especie de iconoclastas la siguiente anécdota que trae don Narciso Alonso Cortés en su artículo *Manías*, del amenísimo libro "Viejo y Nuevo":

"En la casa de locos de Sevilla—dice—estaba un hombre que dio en el más gracioso disparate.... Había nacido en 1861, y sostenía que solamente, los que, como él, habían nacido en aquella época, eran hombres hermosos y gallardos, y todos los demás unos tristes engendros de fealdad y de rareza. Se hablaba de una persona cualquiera, y lo primero que hacía nuestro loco era preguntar el año de su nacimiento. Si le decían que el de 1861, se deshacía en elogios de su apostura y gentileza; si le indicaban otra fecha, desatábase en insultos y ofensas contra el aludido, a quien desde luégo diputaba tan horrible como Picio"-

Afortunadamente para nuestro buen sentido, en los últimos meses ha habido entre algunos espíritus juveniles una sanísima reacción contra tales *manías*, y por boca de uno de ellos se ha proclamado que "las épocas no se oponen, se complementan", y que el intento de agunos de "establecer la existencia de una oposición formal entre las agrupaciones espirituales que se suceden en el tiempo.... obedece, sin duda, a un error fundamental en el análisis" (1).

No debo concluír este resumen de las escuelas literarias sin señalar, a propósito de revoluciones estéticas, dos rasgos característicos de nuestra evolución en las letras: me refiero al sincronismo de la poesía lírica en Colombia con la del mismo género en toda la América Española; y a los elementos de una poesía indígena regional que ha pugnado por mantenerse y florecer paralelamente a las escuelas exóticas.

El primero de los antedichos caracteres se ha revelado por cierta común manera de sentir y cantar, que une, como por un aire de familia, a todos los poetas de Hispano-América, en los sucesivos períodos de nuestra evolu-

———

(1) *Rafael Azula Barrera y la nueva generación.* "Lecturas Dominicales", número 302.

ción literaria. Entiendo señalar con ello un carácter evidente de la poesía lírica colombiana, y no de los otros géneros, pues nuestra prosa, doctrinaria y narrativa, podría demostrarse que es un fenómeno regional, exclusivo y genuino, con obras como "El doctor Temis", "Manuela", "María", "Frutos de mi tierra","La Vorágine" y la "Reforma política". Acaso pueda decirse que aquella generalidad de las maneras del canto incluye también a los poetas de España, comoquiera que se trata de renovaciones comunes en toda el alma contemporánea, o de corrientes de vida que atravesaron el idioma todo. Por eso cuando un gran poeta ha aparecido en Bogotá, en Caracas o en León, tiene seguidores e impugnadores en las regiones australes, y el fenómeno inverso se ha producido en el Norte si ese peota surge en Buenos Aires, Santiago o Montevideo. La juventud americana de las aulas y de los amores ha sido siempre la indicadora vigilante, solidaria y sensible de tales advenimientos en la raza. Y es que hay una poesía hispano-americana, clásica primero, romántica más tarde, modernista hoy, ya que "el modernismo —al decir del crítico chileno Francisco Donoso—vive y goza de buena salud, a pesar de todas las declamaciones y oraciones fúnebres de los *ismos* posteriores". Cuando el poeta José Asunción Silva plañía aquí su desolante *Nocturno*, toda la América lo escuchaba con religioso silencio; del mismo modo que cuando Olmedo, a los comienzos del siglo XIX, alzó en el Ecuador su canto *A la Victoria de Junín*, toda la América escuchó sus estrofas, sacudida por un soplo de libertad y de gloria.

Y a fé que los pindáricos acentos de esa oda ya parecían venir de las precedentes odas de Quintana, y aun continuaron resonando hasta los días del *Gonzalo de Oyón* y la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, como si ellos se dilataran, retumbando, según la expresión de aquel poeta, por la "inflamada esfera" lírica de un solo idioma y de una sola raza.

Las emociones de la tierra nativa se han salvado para la posteridad en las obras en prosa de Eugenio Díaz, David Guarín, Jorge Isaacs, Pimentel y Vargas, Tomás Carrasquilla y Juan José Botero; y han continuado viviendo

en los versos de Candelario Obeso, José Joaquín Casas y Daniel Bayona Posada. De Casas dijo con toda justicia Nieto Caballero que debía sentir en el alma la gloria suprema del poeta, consistente en que los hijos de su inspiración lleguen a ser anónimos. Entre sus contemporáneos—agrega—son muchos los que ignoran que le pertenece aquella gloria, pues "no saben que fueron escritos por el doctor Casas centenares de esas pequeñas y sutiles estrofas que se oyen en los cantos de los indios, en las veladas de amor, al pie de las rejas, donde la emoción pide a la memoria el recurso de un recuerdo para expresar a la amada, en bellas palabras la dulzura de lo que ella enciende".

La poesía del Nuevo Continente debe ser americana en todo aquello que es legítimo y justo, principalmente en lo que se relaciona con el colorido local, enriqueciéndola con todos los elementos de la vida corpórea y del espíritu privativos de estas tierras, y apartándola de la imitación de trasnochadas escuelas europeas. Pero el pensamiento de dar carácter propio a la literatura hispano-americana, más allá de lo que lo lograron Echeverría, Andrés Bello, Gutiérrez González y Olmedo, para no citar sino los dioses mayores, ese pensamiento, digo, es absurdo. De todo lo cual se infiere que los colombianos debemos dar novedad a nuestra literatura, pero hasta cierto punto, o sea, como lo dijo Jaime Barrera Parra, "sin romper el vínculo que nos liga al Occidente", pues "Europa nos ha suministrado un instrumental literario de la mayor eficacia y economía; y es con ese mismo instrumental como debemos atacar el flanco inviolado de nuestras montañas y la hostilidad aparente de nuestro subsuelo emotivo". La teoría artística del medio ambiente puede, en efecto, aflojar en algo, no romper por completo el fuerte lazo ancestral que nos ata a la civilización española, por la hermandad de origen, de religión y de lengua.

A mi ver la principal función de la crítica, la que más me seduce, consiste en distinguir lo que hay en toda literatura de sincero y humano de lo falso y convencional. La sinceridad es la única fuente sana de la inspiración artística. Pero la sinceridad de la cual se deriva naturalmen-

te el concepto de la independencia espiritual, del nacionalismo literario, no se debe confundir con el problema de la originalidad absoluta. La imitación también puede ser un sincero y fecundo estímulo creador, siempre que se la *nacionalice*, esto es, que el literato y el artista vacíen el vino de su emoción y de las vibraciones de su propia alma al contacto con la naturalza, en los cántaros de inspiraraciones ajenas que se estremecieron con sentimientos y pasiones del alma universal. El arte,—dijo Guillermo Valencia, nuestro poeta máximo, que sabe traducir con igual maestría *El albatros* de Baudelaire, como copiar a la naturaleza en el espejeo del oro bajo la linfa,—"el arte es la renovación simpática de la emotividad del autor puesto en contacto con la vida". Y el día en que la ley suprema del arte sea la ley de la vida, serán universales y eternas las creaciones de la inspiración. De aquí que el nacionalismo literario que proclamase una originalidad absoluta, incompatible con el sentimiento de la solidaridad humana, una independencia total de las demás literaturas, acabaría por asfixiarse dentro de sus propias fronteras.

El criollismo nacionalista, que busca un sello especial para distinguir las producciones de la América española de las de Europa, y que aspira también a distinguir, entre las primeras, las de nacionalidades como la nuestra, que tienen una fisonomía histórica y étnica bien marcada, es un grito de libertad y de sincericad de una literatura que ha dejado de ser simple escarceo retórico, para convertirse en fruto de madurez en la vida colectiva. Los grandes escritores americanos ciertamente han sido aquellos que han dado a sus obras un espíritu nacional más inconfundible, porque lo local no se opone a lo universal, ya que, como se ha dicho con mucha razón, cuanto más ahonda el escritor en las entrañas de su propia tierra, es cuando tropieza precisamente con las entrañas de la humanidad. Las grandes obras mundiales han sido siempre las más nacionales: la Ilíada, la Divina Comedia, Hamlet y el Quijote. La fuerza expansiva de una obra artística depende principalmente del vigor y de lo expontáneo de la propia personalidad. Es un dolor que en estas fecundas tierras de tan espléndida vegetación de ríos

anchurosos como mares y montes que tocan con las estrellas, haya aún artistas que pinten paisajes de otoño con labradores bretones, y poetas que se paseen por los jardines de Versalles. Los Jorge Isaacs, los Eugenio Díaz, los Gutiérrez González, los Arboleda, los Samper, los Carrasquilla (Ricardo y Tomás), los Marroquín (Andrés y José Manuel), los Pombo (Rafael, Manuel y Jorge), los Madiedo, los Silva (Ricardo y José Asunción), los Valencia, los Casas, los Rivera, los Solano y tantos otros, deben tener numerosos imitadores, si queremos que la producción colombiana ocupe un sitio de honor en la literatura mundial.

—

He clasificado a los 85 poetas que desfilan por las páginas de esta Antología en cinco grupos: *clasicistas*, *románticos*, *individualistas estéticos*, *modernistas* y *nuevos*. La razón de ser de estas divisiones queda explicada en los párrafos que preceden. En cuanto a los *individualistas estéticos* diré que bajo esta denominación he colocado los nombres de aquellos poetas que no quedaban bien en ninguna de las otras, por haber tomado las fuentes de su inspiración en diversas escuelas, sin encauzarlas en una sola o principal tendencia artística. Además, debo advertir que aquellos 85 nombres no son los únicos dignos de hallarse a la cabeza de nuestro parnaso. Hay, por lo menos, quince más, de quienes tuve que prescindir por los límites forzosos del volumen. Pero también diré que la selección que hice no es caprichosa: obedece a un estudio concienzudo del momento y del medio en que vivieron nuestros artistas del verso: de modo que de cada época he escogido a quienes demostraron mayormente los grados de su educación estética y su maestría técnica, encarnando en sí la creciente división de los géneros y la lucha de las escuelas. He tenido en cuenta, además, la consideración popular y oficial que supieron despertar por medio de su obra poética, procurando, por tanto, buscar los autores como producto o documento social, y seleccionar sus poesías como producto o documento psicológico.

Mi propósito al trazar la gestación lírica de Colombia ha sido dar una explicación acerca del fenómeno histórico de que habiendo brotado tan débilmente la poesía en los siglos coloniales, haya tenido plena floración en los últimos cincuenta años, con radiaciones que parecen renovarse sin fin. Es, en efecto, un hecho bien singular—como lo anotó el P. Eduardo Ospina en su magnífico estudio sobre "El romanticismo",—el que en un país cuya población de dos millones y medio, a principios del siglo pasado, estaba esparcida en un territorio dos veces mayor que el actual de Alemania; el que en un país cuya capital es la ciudad americana más alejada del mar y unida con él por muy lentas vías de comunicación; el que en un país que hasta los primeros años de la actual centuria ardió en continuas y desastrosas guerras civiles, se haya desarrollado tánto el género más fino de poesía y haya sido proporcionalmente tan grande el número de los verdaderos poetas.

Yá lo dijo el gran Menéndez y Pelayo en frase que constituye nuestro mejor emblema heráldico: "Ninguna de las repúblicas hispanoamericanas puede presentar un grupo de líricos igual al de Colombia, con la ventaja de tener cada uno su propio carácter y conservar la independencia de su musa".

Empero, no es un sentimiento de simple vanidad el que nos debe mover a recordar con orgullo las glorias literarias de la patria. La lengua y las tradiciones líricas que hemos heredado de la madre España los indo-latinos forman un tesoro cuya conservación interesa a todos. Si Colombia se preocupó con éxito por la guarda de esa herencia colectiva, ello no quiere decir que pretenda para sí la hegemonía espiritual sobre los demás pueblos que agrandaron los límites de Iberia y le dieron en la balanza cultural de Europa mayor representación. Todas las naciones de nuestra América han contribuído a tan noble labor. Hijas del genio inmortal del Libertador Bolívar y del perseverante esfuerzo de Hidalgo, San Martín y O'Higgins, ostentan el blasón de su común origen, que nos hace mirar la patria en cada uno de los paisajes en donde soña-

ran los poetas y lucharon los héroes, para inspirarnos el amor misterioso y trascendental que nos une al suelo nativo con el balanceo de las cunas y la inmovilidad de los sepulcros.

GUSTAVO OTERO MUÑOZ

LOS CLASICISTAS

JUAN MANUEL GARCIA DE TEJADA

Nació en Bogotá el 27 de diciembre de 1774. Cumpliendo con un voto que hizo en alta mar, donde se vio en riesgo de perder la vida, se dedicó a la iglesia y obtuvo las órdenes sagradas en 1799. Fue García Tejada uno de los más aventajados ingenios de Colombia. Escribió mucho, pero se conserva poco de lo que salió de su doctísima pluma. Compuso la historia de la revolución de Colombia en cantos heroicos. Era esta la obra de su predilección, en tánto extremo, que desechó dos mil pesos que el general Enrile le ofreció por el manuscrito; ella se perdió con otros papeles de su autor, en un auto de fe que hizo una persona de la familia, ignorando el gran valor literario que encerraban. Pero la obra por excelencia del doctor García Tejada es el poema titulado *Canción cantable, o jácara que si oliera el diablo que la tuviera.* Allí agotó sus fuerzas literarias. La versificación es esmerada, el lenguaje correcto y lleno de agudezas. En 1841 supo el Arzobispo Mosquera que el anciano doctor García Tejada fallecía de miseria en la corte castellana, y encabezó una suscripción en beneficio de él, la cual rindió ochocientos pesos. Este ilustre colombiano murió en Madrid en 1845.

A JESUS CRUCIFICADO

(Del portugués Manuel de Nobrega).

A vos corriendo voy, brazos sagrados,
en la cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos
y por no castigarme estáis clavados.

A vos, ojos divinos, eclipsados,
de tánta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos,
y por no confundirme estáis cerrados.

A vos, clavados pies para no huírme;
a vos, cabeza baja por llamarme;
a vos, sangre vertida por ungirme;

a vos, costado abierto, quiero unirme;
a vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

MIGUEL TOBAR Y SERRATE

Nació en Tocaima, el 28 de febrero de 1782, y era descendiente del capitán Gonzalo Suárez Rendón, fundador de Tunja. Su familia había gozado de honores y riquezas considerables. Estudió en el Colegio del Rosario y siguió la carrera de abogado. Abrazó con ardor la causa de la Revolución en 1810. Fue redactor de la Constitución del año 1812, junto con los patriotas Pedro Groot y Luis Eduardo de Azuola. En 1816 fue condenado por el Consejo de Purificación a servir de soldado en el ejército español. Durante la Gran Colombia ocupó puestos muy distinguidos; fue senador, director de instrucción pública y ministro del Supremo Tribunal de justicia muchos años. Cultivó la poesía en su primera juventud y en los últimos días de su vejez, y el largo espacio intermedio lo consagró al cumplimiento de sus deberes públicos y privados. Poseía grande erudición en las bellas letras y buen gusto. Dejó pocas pero buenas composiciones que honran su talento poético. Murió en Bogotá el 2 de febrero de 1861.

EN LA MUERTE DE NEIRA

(Virtutem videant, intabescantque relicta.—Persio, Sat. 3).

Mueren el egoísta, el avariento,
que todo lo anteponen a una vida
oscura, miserable y abatida,
y su memoria la disipa el viento.

No así el patriota cuyo noble aliento
sabe arrostrar la parca tan temida,
que en mármoles y bronces esculpida
la deja para eterno monumento.

Neira, Neira! tu cuerpo acribillado
alma tan grande contener no pudo,
modelo de valor y de civismo.

Pero en la tumba misma colocado
a la virtud exhortas, aunque mudo,
con el más elocuente laconismo.

1841

LOS ORGANISTAS DE HOGAÑO

En un lugar contiguo, cuyo nombre
no es del caso decir, existió un día
un órgano mediano, con que todos
los divinos oficios se cumplían.

Sacristán y organista era uno mismo
que de niño aprendió con los jesuítas
El Diamante, El Amable y otros sones
favorecidos de la gente antigua.

Así andaba la cosa, cuando un loco,
músico jubilado de capilla,
por pecados del pueblo (y por los suyos)
llega, en busca de más benigno clima.

El domingo después de su llegada
a la iglesia derecho se encamina,
y el sacristán, su habilidad sabiendo,
le cede su lugar por cortesía.

De Haydn y Pléyel ciertas variaciones
por vez primera en el espacio vibran;
todos quedan atónitos. El cura
acabada la fiesta, le convida
a almorzar. Los vecinos entretanto
hacen junta, y el punto se suscita
de retener al loco, y al efecto
una renta asignarle vitalicia.

Se le hace la propuesta, y él acepta,
a condición empero muy precisa
que el órgano de plomo se deseche
y otro se encargue a un excelente artista.

Que los registros tenga más de moda,
de octavas, de quincenas, de octavinas,
de violón, de corneta, tapadillo,
trompas, clarines y otras baratijas.

Miráronse unos a otros, porque sola
la razón natural les persuadía
que si tal instrumento costeaban
iban al traste a dar las cofradías.

Hallábase en la junta un estudiante
de éstos que saben cosas muy bonitas
para vestir de nuevo al mundo todo
teniendo sus capotes hechos jiras.

El cual exclama: «Amados compatriotas!
Sectarios de antiguallas y rutinas,
¿cuándo levantaréis el pensamiento
a empresas grandes de alabanza dignas?

De un órgano común teméis el gasto
que de nogal o cedro se fabrica:
estas maderas nuestros bosques llevan
y aun otras más preciosas todavía.

¿Ni cómo tolerar un vejestorio
que al vecindario cubre de ignominia,
a tiempo que en Europa se descubre
registro que la humana voz imita?

Manos a la obra!» Aquí le ataja un viejo:
«Gran proyecto!, mas no hay carpintería
en el lugar, y en orden a dinero
tiempo hace que la caja está *per istam.*

¿No será, pues, señores, más prudente
componer y templar la vieja finca,
mientras lo necesario se provee
con qué comprar aquella que nos pintan?»

Petóle el pensamiento al estudiante,
como que no pugnaba con sus miras:
«Muy bien», apoya; «y quién pudiera hacerlo
mejor que este magnífico organista?»

"Entre hacer y tocar un instrumento",
salta el viejo, "no encuentro analogía
necesaria, por más que un mismo nombre
al músico cobije y al artista".

"El órgano excepción es de la regla",
insiste el mozo: "así en su Musurgía
lo enseña Kirker y otros escritores
de la materia graves tratadistas".

Al brazo secular de nuestro loco
esta respuesta entrega decisiva
el órgano, que tántas navidades
gozó de posesión dulce y tranquila.

En menos que lo digo cada flauta
saca de su lugar y lejos tira:
ávidos las recogen los muchachos
y cada cual por su canuto chifla.

No tan veloz los mazos de tabaco
desecha al pobre allá en las factorías
el oficial que llama la ordenanza,
sin duda por antífrasis, *el Vista;*
como aquí el loco avieso en un instante
el anciano cajón baraja y limpia,
inválido quedando para siempre
el que antes, bien o mal, su oficio hacía.

Y como para el nuevo medios no hubo,
de entonces más en el lugar se oficia
con acompañamiento de guitarras,
gracias a las brillantes teorías.

Colombia! tú has tenido la desgracia
que especulen contigo economistas:
mucho me temo que a quedarte vengas
cantando a palo seco tus folías!

JOSE FERNANDEZ MADRID

Nació en Cartagena el 19 de febrero de 1789. Estudió en Bogotá, y obtuvo los grados de doctor en derecho y en medicina. Es una de las figuras más simpáticas que aparecen en el drama revolucionario de Colombia. A pesar de su amor al retiro y a la paz del hogar, su culto por la libertad le lanzó en la lucha de independencia. Realizada la revolución del 20 de julio de 1810 fue nombrado procurador general de la provincia, representante en la Convención de Cartagena, diputado al Congreso de la Unión, y después elegido presidente de la República. Fue hecho prisionero de los españoles y remitido a La Habana, donde permaneció nueve años. Bolívar lo designó en 1825 ministro plenipotenciario cerca del gobierno inglés, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en las orillas del Támesis el 28 de junio de 1830. Publicó dos ediciones de sus poesías, y dos dramas titulados *Atala* y *Guatimozín;* lo mismo que varias memorias científicas sobre enfermedades reinantes en La Habana. La posteridad ha reconocido en Fernández Madrid a un buen ciudadano que en una época crítica prestó grandes servicios a su patria.

A LAS BANDERAS DE PIZARRO

Estas son las banderas que algún día
en manos de Pizarro tremolaron;
estas en Cajamarca presenciaron
la más abominable alevosía.

Recuerdo de opresión y tiranía
al Perú tres centurias insultaron,
y los Libertadores las hallaron
tintas en pura sangre todavía.

Monumentos de un déspota insolente,
banderas de Pizarro ensangrentadas
que rindió ante Bolívar la victoria:

A los pies de Colombia independiente,
para siempre abatidas y humilladas,
no más nuestro baldón, séd nuestra gloria!

LA ROSA DE LA MONTAÑA

Bosques de Barragán y de Quindío!
Montañas majestuosas!
Cuántas, cuántas memorias dolorosas
vuestra imagen presenta al pecho mío!
Eternas soledades silenciosas,
solamente habitadas
de sierpes venenosas
y fieras contra el hombre conjuradas:
vosotras me abrigabais algún día
del furor de una horrible tiranía.

Bajo el antiguo roble o la palmera
yo sentarme solía
al lado de mi tierna compañera.
Oh cómo su beldad resplandecía
entre aquellos horrores!
Estar viendo creía
la virgen de los últimos amores.
A veces le decía:
"Rosa de la montaña,
ya no temo la saña,
ni el furor de la muerte;
ya no temo a los tigres y leones;
sus fieros, sanguinarios corazones
se aplacarán al verte".

Alguna vez con ella me acostaba
a la orilla de un rápido torrente,
que entre dos rocas áridas bajaba
con espantoso estruendo;
contemplábalo atento, y de repente
una rosa a mis ojos se ofrecía:
"Tu imagen estoy viendo,

Amira, repetía;
sí, tu imagen por cierto,
pues brillas como rosa en el desierto".

Cansada de un camino tan penoso,
ella buscaba a veces el reposo,
y tranquila dormía....
¡Dormía la inocencia sosegada!
En medio de aquel monte pavoroso
y entre aquella espesura,
una deidad Amira parecía
que a la naturaleza presidía.
Sobre su faz nevada,
de activo fuego llenas,
brillaban sus mejillas, encendidas
con un vivo encarnado;
como suelen hallarse confundidas
las hojas de las rosas y azucenas,
que furioso huracán ha derribado.

Rosa del Bogotá, que todavía
conservas tu perfume y lozanía,
¿cómo es que no has perdido tu hermosura
en tierras y regiones tan extrañas?
Quiera mi suerte dura,
quiera benigno el cielo,
que yo pueda volverte a las montañas
de tu nativo suelo!
Suelo benigno, ameno, delicioso,
do moraron la paz y la esperanza,
hasta el día ominoso
en que, ciego de rabia y de venganza,
brutal soldado lo arrasó furioso!

ANDRES MARIA MARROQUIN

Nació en Bogotá el 4 de febrero de 1796. Dotado de disposiciones para la pintura, tal vez en el mismo grado que para la poesía, no empleó su habilidad sino en hacer dibujos de ornamentación y caricaturas, y en improvisar en su cartera los retratos de sus colegas en la Cámara de representantes. Empero, es lo cierto que muchos de los sobrescritos en que él borrajeó sus travesuras valen más que algunos lienzos. Su obra maestra es la oda festiva *El Chocolate*, que a pesar de sus defectos, es en sentir de don Miguel Antonio Caro, "magnífica en su género y evidentemente una de las mejores de nuestro Parnaso; una de las que más bien parados nos dejara, si se presentase como muestra de la literatura americana". Marroquín murió en Bogotá el 4 de agosto de 1833. Habilísimo en la caligrafía, y apasionado por escribir, hacía versos como otros hacen rasgos, solamente por ejercitar la mano y dar oficio a la pluma.

A LA MUERTE DE TERESA VILLA

De esmeraldas que crió la primavera
y de las perlas que lloró la aurora,
esmaltada la flor encantadora
envidia y gloria de los campos era;

mas apenas gozó la luz primera
del astro que a su vista se enamora,
su botón bello mano segadora
cortó implacable con guadaña fiera.

Así los dones que natura avara
de prodigios, de encantos, de hermosura,
sólo en Teresa pródiga juntara....

Menos los que adornaban su alma pura,
a un dardo que la muerte le dispara,
todos yacen en esta sepultura!

EL CHOCOLATE

Al doctor Ignacio Gutiérrez Vergara (1)

Del vencedor de Troya esclarecido
hizo Homero perpetua la memoria:
de publicar su historia
el clarín de la Fama está cansado,
y su nombre ha ilustrado
más que de Ilión el encendido fuego,
la épica lira del famoso griego.

Cantó la tuya, mi querido Ignacio,
del chocolate la grandeza y loores;
y en poéticos primores
tal lo pintaste, que será dudoso
si brilla más hermoso
en el pozuelo rebosando espuma
o dibujado en tu valiente pluma.

Hacía tres siglos que a su imperio suave
se sujetara el orbe complacido,
y ya se había extendido
del Antártico a la Osa,
sin que de su excelencia primorosa
hubiese quien cantara
el dón precioso, la grandeza rara.

---

(1) El señor Gutiérrez Vergara, que con otros ingenios bogotanos de la época, formaba parte de la tertulia literaria constituída en 1830 en la capital de la República, bajo el nombre de «El Parnasillo», compuso una oda en estrofas líricas de Fray Luis de León y en estilo medio serio y medio chistoso, al «Theobroma» o *alimento de los dioses*. Con ella regaló a su primo don Andrés Marroquín, quien, picado en su vena poética, devolvió el agasajo en los hermosos versos que forman esta composición. La oda de Gutiérrez Vergara puede leerse en su «Vida» escrita por Ignacio Gutiérrez Ponce, páginas 202 y 203.

Las deidades que al mundo concedieron
con fraternal y bienhechora mano
este precioso grano
para su utilidad y su recreo,
destinaban el ramo de Timbreo
a coronar las sienes
del que cantase sus inmensos bienes.

En las tuyas, Ignacio, lo han ceñido:
ya miro en ellas el laurel sagrado,
que en tiempo dilatado
ninguno osó desear, ni es permitido.
Pues han establecido
que en la sonora cítara de Apolo
el chocolate cante Ignacio solo.

Menos digno sin duda
de lograr tan honroso testimonio,
el héroe macedonio
ordenó presuntuoso y arrogante
que sólo retratasen su semblante,
vedado a otros buriles y pinceles,
Lisipo en bronce, y en la tabla Apeles.

Tal decreto de Jove no ignoraba
yo que intenté cual Icaro, algún día
volar con osadía
de esta cumbre sagrada hasta la altura.
Orgullosa locura,
que derretidas vio con escarmiento
las alas que le dio su atrevimiento.

Tú mi caída infausta contemplaste;
y al modo que el impávido guerrero
viendo a su compañero
morir al golpe de enemiga lanza,
intrépido se avanza
y ocupa el puesto tánto más honroso
cuanto se ha acreditado peligroso;

Así volaste con heroico aliento
a coger el laurel que no era mío,
y en la trompa de Clío
del cacao celebraste la grandeza;
oh bien lograda empresa!
Bendición de tal fruto a la memoria,
y gratitud al que nos dio su historia!

Eterna gratitud: pues, si se debe
a quien tan salutífera bebida
en pequeña medida,
aunque para dar vida suficiente
ofrece a una persona solamente,
¿cuál se te debe a ti que en mejor modo
le diste chocolate al mundo todo?

Lo diste embrión en su preciosa planta;
lo diste en la mazorca producido;
lo diste ya molido;
lo diste con canela y con vainilla;
lo diste en la pastilla,
y lo diste cayendo
entre la olleta con el agua hirviendo.

Diste también la música sonora
que hace el molinillo cuando bate
con sabroso rumor el chocolate;
en jícara también lo diste, en suma,
de cuya bella espuma
mejor que en la del mar Venus naciera,
si digna de tal cuna Venus fuera;

Y para hacer completo tu servicio
lo diste en plato de dorada loza,
con la corte que le hacen numerosa
en torno de su silla
el bizcochuelo, queso y mantequilla;
cual otra vez del mundo a los señores
acompañaban fasces y lictores.

Tu nombre unido, inseparable siempre,
con el de este alimento delicioso
será grande y famoso,
y llenará con auge sin segundo
los ámbitos del mundo,
mientras que su existencia se dilate;
mientras los hombres beban chocolate.

Así el que a Fidias, ateniense ilustre,
su Júpiter Olímpico le ha dado,
la fama ha eternizado;
y veinte siglos, que después corrieron,
primero destruyeron
el mármol duro de la estatua bella
que el nombre del autor grabado en ella.

¿Y qué imperio jamás tendrá el olvido
sobre el nombre perenne y duradero
que sea del chocolate compañero?
¿Del chocolate cuyo aplauso entona
de la una a la otra zona
el pobre, el rico, el sabio, el ignorante,
el viejo, el mozo y el pequeño infante?

Por tántas bocas tu obra celebrada,
atrevimiento sin igual sería
el de la musa mía
si añadir a tu fama algo quisiese;
no, mi intento no es ése,
sino improbarte cuando dar ordenas
a obra tan grande un ínfimo Mecenas.

La distancia que hay desde tu numen
hasta la pequeñez que me limita
mi gratitud excita,
que no puedo expresar como quisiera:
este lugar hubiera
mejor que yo cualquiera merecido,
tanto cual yo, ninguno agradecido.

LUIS VARGAS TEJADA

Nació en Bogotá, el 27 de noviembre de 1802. Comenzó a publicar sus composiciones poéticas en 1824, ensayándose también en componer versos en francés, en alemán y en latín. Por aquel tiempo fue llamado a desempeñar el empleo de secretario del Senado. En 1828 fue miembro de la gran Convención reunida en Ocaña, y vuelto a Bogotá incurrió en la proscripción impuesta a los conspiradores de aquel año contra el jefe del gobierno, que lo era el Libertador. Refugióse entonces en una hacienda del general Juan José Neira, y allí permaneció muchos meses en una cueva solitaria, ocupado en leer, escribir y labrar con el cortaplumas primorosas figuras en madera. En los últimos días de 1829, salió de su triste morada, y dirigióse a Guayana; pero ya sus padecimientos morales habían producido en él una desorganización cerebral, y al llegar a un río caudaloso se arrojó en sus ondas, que lo arrastraron sano y salvo a una piedra, de donde volvió a sumergirse en las aguas, a los veintisiete años de edad. Don José Joaquín Ortiz publicó en 1857, un tomo que contiene sus poesías sueltas y las piezas de teatro tituladas "Las Convulsiones" y "Sugamuxi". Vargas Tejada poseía un talento maravilloso y una grande instrucción. Su obra maestra es el sainete "Las Convulsiones", calificado por Bolívar como un exceso de talento. Son también muy notables los monólogos "Catón en Utica" y "La madre de Pausanias".

AL ANOCHECER

Ya muere el claro día
tras la cumbre empinada de los cerros,
y en rústica armonía
saludan su esplendor que se despide
los sencillos pastores.
Los zagales y perros
conducen el ganado a la majada;
el tardo insecto que la tierra mide
de su morada oscura
por gozar de la brisa
de la noche, a salir ya se apresura.
Ostenta su hermosura,
en medio al tachonado firmamento,
la cándida lumbrera
que desde su alto asiento
refleja suavemente
la luz que esparce la encendida esfera.
Ay! de cuán refulgente
brillo refleja ufana
su tersa faz galana!
Mírala, Clori! En su belleza mira
la imagen del hechizo lisonjero
que tu semblante inspira!
¡Qué lánguido suspira
el céfiro ligero
que los arbustos mueve,
mientras sus ramos baña
el fresco aljófar que la tierra embebe!

Allí la blanda caña
hacia la fuente su cabeza inclina,
y a la avecilla que en su mimbre posa
su propia imagen sin cesar engaña
retratada en el agua cristalina!

Cierra la tierna rosa
su cáliz perfumado,
y esconde ruborosa
el ámbar deseado:
Ay! cuanto más se oculta es más hermosa!

Vamos a la colina
que baña suave la sidérea lumbre;
al pie de aquella encina
que erguida allá se empina,
coronando del cerro la alta cumbre;
o allá donde el torrente,
saliendo de la breña,
por el peñón tajado se despeña.
Allá nos sentaremos, Clori mía,
y disfrutando las tranquilas horas
que mece en su regazo la Alegría,
nuestro tímido acento juntaremos
a las voces canoras
con que el bosque resuena:
allí repetiremos
la tierna cantilena
que afables entonaron los pastores,
cuando concluída mi gravosa pena
coronó la fortuna mis amores.

JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ

Nació en Bogotá, el 23 de enero de 1803, y murió en la hacienda de "El Retiro", a inmediaciones del pueblo de Pasca, el 19 de enero de 1861. Escribió en prosa y verso. Sus obras más notables son: "Ensayos sobre los deberes de los casados", "Tratado sobre economía doméstica", "Poesías de una granadina" y "Cuadros de la vida privada de algunos granadinos".

SANTA HELENA

¿Ves, pasajero, el árido desierto,
la dura peña por el mar cercada?
¿Descubres esa mísera morada
en donde el grande Napoleón ha muerto?

¿Ves esa tumba que la envidia ha abierto,
do yace tánta gloria anonadada?
Albión soberbia la contempla airada,
y el tirano vigílala despierto! (1)

Del héroe temen aún la fría ceniza,
y a su mortal despojo se encadena;
mas la fama sus hechos eterniza;

su gloria inmensa el universo llena,
y su sombra sagrada inmortaliza
la roca sepulcral de Santa Helena.

---

(1) Don Miguel Antonio Caro, que consideraba este soneto, «a pesar de las graves incorrecciones que en él se advierten», como digno de elogio «por la valentía de expresión, los felices toques descriptivos y la majestad del terceto final», modificó el segundo cuarteto, se ignora con qué fundamento, en esta forma:

¿Ves esa tumba estrecha y silenciosa
obra de sus verdugos inhumanos?
Todavía le vigilan los tiranos,
con torvo sueño e inquietud celosa.

(Obras completas, tomo II, 338)

El soneto, tal como aparece en el texto, es el publicado en «La Guirnalda» y en las poesías de la autora.

RAFAEL ALVAREZ LOZANO

Nació en Popayán el 19 de junio de 1805, y fue hijo del señor Manuel Bernardo de Alvarez y de la señora Josefa Lozano, ambos de noble cuna. Hizo sus estudios con aprovechamiento en el Colegio del Rosario, cuya beca vistió, y obtuvo los grados de licenciado y doctor en jurisprudencia. En tres legislaturas de la República ocupó un asiento en la Cámara de Representantes. Fue casado con doña Petrona Santamaría, a cuya memoria dedicó un tomo de sus poesías con el título de "El trovador de Bogotá" (1841). Fue autor asimismo de dos tragedias: "Miguel o Los Proscritos" y "El Corsario", la primera de las cuales se representó en el teatro de la capital en la noche del 13 de julio de 1834, con singular suceso. En el año de 1841 tomó servicio en defensa del gobierno legítimo, y luégo, hasta su muerte, que acaeció el 5 de abril de 1845, desempeñó el empleo de oficial mayor en la secretaría del Senado.

AL TABACO

Por solitario sendero,
cabalgando en un mal jaco,
caminaba un pasajero,
y el viaje hacía llevadero
celebrando su tabaco.

Canten los adoradores
de Marte, Venus y Baco
las gracias y los amores,
las guerras y los licores;
yo sólo canto al tabaco.

Si en tales cosas sus gustos
cifran ellos, yo no saco
sino de la guerra sustos,
de amor y embriaguez disgustos,
que no me causa el tabaco.

Cuando de pesares lleno,
mis ojos anubla el llanto,
enciendo un tabaco bueno,
y ya me siento sereno;
mi dolor se alivia en tanto.

Este es el único medio
con que mis penas aplaco;
que a la soledad y tedio
no conozco otro remedio,
sino fumar un tabaco.

Cuando en el prado mullido,
debajo de árbol frondoso,
tranquilamente reposo
con un tabaco encendido,
no envidio al más poderoso.

Por eso allá del Oriente
los voluptuosos señores
llevan al lado pendiente
su pipa, que en grato ambiente
tabaco exhala y olores.

Pase el avariento en vela
sus noches cuidando el saco
de ladrones que recela;
a mi sólo me consuela
en las veladas, tabaco.

Y si en alegres paseos
de los negocios yo vaco,
podré tener mil recreos;
mas no llenan mis deseos,
si en ellos falta tabaco.

Así, pues, en compañía,
en desvelo solitario,
en tristeza, en alegría,
hasta para la poesía
el tabaco es necesario.

Era de este mismo juicio,
sin duda, cierto bellaco
que sacaban al suplicio,
y el último beneficio
que pidió, fue su tabaco.

La pobre Nueva Granada,
sin tener ni para un taco,
con grande deuda gravada,
tiene esperanza fundada
de pagar con su tabaco.

El pobre y el poderoso,
negro, blanco, gordo, flaco,
joven, viejo, feo, hermoso,
el malvado y el virtuoso,
todos gustan del tabaco.

JUAN FRANCISCO ORTIZ

Nació en Bogotá el 28 de septiembre de 1808. Recibió su educación en los colegios de San Bartolomé y el Rosario. Fue presidente de la sociedad que redactó "La Estrella Nacional", primer periódico literario de la Nueva Granada (1836). Redactó "El Tío Santiago" en 1848, y fue colaborador de otros muchos periódicos. Publicó numerosos artículos de costumbres, poesías sueltas y una "Relación de viajes a las provincias del Norte de la Nueva Granada". Fue asiduo colaborador de "El Mosaico" y de todas las publicaciones literarias de su época. Autor de la novela "Carolina la bella"; de sus versos quedaron coleccionadas "La Virgen del Sol o La Sacerdotisa peruana" (1830), "Córdoba, Escena trágica" y "La corona de humo" (1831), "El Cholera morbus, oda" y "Poesías eróticas" (1832), "Cuatro canciones a mis amigos y lectores de Cartagena" (1834), y "Teresa, leyenda americana" (1851). Además, en 1875 hizo un viaje al Perú, y en Lima publicó un folleto que contiene artículos y poesías de su pluma. El señor Ortiz, benemérito de las letras patrias, injustamente olvidado, falleció en Buga el 21 de julio de 1875.

EL LABRADOR

El Héspero en las nubes de occidente
fúlgido brilla, y a la humilde choza
a ver sus hijos y su dulce esposa
el labrador camina lentamente.

Desata el yugo a la abatida frente
del tardo buey con mano cariñosa,
y sofoca la risa bulliciosa
de sus hijos su beso diligente.

La inocencia, el amor y la ternura
a la par le prodigan sus caricias,
y él no suspira tras la dicha incierta:

Goza en brazos de cándida hermosura
en un sueño de amor puras delicias,
y la felicidad cierra la puerta.

(De "Poesías eróticas").

AL RIO BUGA

Como es grata la voz que desmayada
al fin contesta al ruego del amor,
tal tu corriente limpia y argentada,
oh río encantador!

Y cual de dulce madre el tierno abrazo
que el hijo ausente estrecha al corazón,
tal tus ondas ciñendo con su lazo
mi cuerpo en derredor.

Al bajar de la verde cordillera
te forman un espléndido dosel
el plátano sonoro, la palmera,
la ceiba y el laurel;

Y en tu clara corriente retratada
de los cielos la bóveda se ve,
y la sombra del ave fatigada
se dibuja también.

Ah! nunca olvido la arboleda umbrosa
en que sentado en tus orillas yo,
las estrellas mostrábame la hermosa
caucana que me amó,
cuando en el mar Pacífico su frente
lanzando rayos ocultaba el sol,
y teñía las nubes del poniente
un pálido arrebol.

Paréceme que miro embelesado
la Cruz del Sur, como en el sur se ve,
y de la noche el manto recamado
de estrellas por doquier;
o del cocuy el rastro luminoso
entre las sombras me parece ver,
y que canta Celinia el quejumbroso
yaraví del placer.

Y con la aurora, cuando el sol venía,
y al canto de la mirla y del turpial
despertábase el Valle a la alegría
y al gozo universal;
viendo sus ojos, por mi mál tan bellos,
y oyendo deslizarse tu raudal,
destrenzaba jugando sus cabellos
el aura matinal.

Y hoy de la patria ausente, en tierra extraña,
vuelvo la vista al deleitoso Edén,
y allá el destino muéstrame con saña
la tumba de mi bién.
Sí, que murió Celinia, la graciosa,
la que en mi ardiente juventud amé,
de claro ingenio y de alma generosa
y de invariable fe.
La que me amaba ausente!.... Pero, cuando
vuelva al Valle, si vuelvo alguna vez,
no encontraré, lo digo suspirando,
sino un triste ciprés!

LORENZO MARIA LLERAS

Nació el 7 de septiembre de 1811, en Bogotá, donde recibió su educación y terminó sus estudios de jurisprudencia. En los Estados Unidos publicó un tomo de sus poesías, bajo el título de "Versos juveniles" (1831), y fue colaborador del "Mensajero Semanal". Varias veces representante de la nación, desempeñó el rectorado del Colegio del Rosario desde 1842 hasta 1846. En aquel año fundó el Colegio del Espíritu Santo, que subsistió hasta 1853. En el año anterior había entrado al gabinete ejecutivo como Secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores. Dirigió durante cuatro años el teatro de Bogotá, y fue en diversas épocas redactor de la "Gaceta Oficial" de "El Constitucional de Cundinamarca", "La Bandera Nacional", "La Crónica del Colegio del Espíritu Santo", y de "El Neo-Granadino" en 1853; co-redactor de "El Cachaco de Bogotá" y de "Los Principios", colaborador de la "Biblioteca de Señoritas", "El Mosaico" y de muchos otros periódicos políticos y literarios. Dio a luz una traducción de la *Democracia* de Sidney Camp, vertió asimismo varias piezas dramáticas del inglés y del francés, y publicó, además de la mencionada, las siguientes colecciones de versos: "El Viajero o Prospecto de la sociedad" (poema, 1859), "Ecos de la prisión" (1861), "Elegía a la jornada de Puente Grande" (1830), "San Bartolomé en 1855", y "Ocios poéticos" (1863). El doctor Lleras murió en Bogotá el 3 de junio de 1868.

LA SEPARACION

Saber no puede el corazón lo que ama,
ni el perderlo qué dicha le cercene;
lo ignora todo, hasta que aciago viene
de ausencia el soplo a revivir la llama.

Entonces, sí, la indiferente grama,
la flor común que la pradera tiene,
la tosca piedra que el portal sostiene,
el viejo tronco, la marchita rama.

Son cosas, ay!, que embelesado mira,
dolor sintiendo y a la vez dulzura;
que algún recuerdo cada cual le inspira
de tiempos idos de fugaz ventura:
Y párte, y vuelve, y con amor suspira
un triste adiós que detener procura.

LA LAGRIMA DEL SOLDADO

Iba ya por el collado
para la guerra el soldado,
cuando, con faz angustiada,
vuelve a dar una mirada
sobre su valle y aldea,
y el arroyo que serpea
de su choza en derredor.

¡Ultima, tierna mirada,
dulcemente acompañada
de una lágrima de amor,
que el pobre soldado limpió con rubor.

Hieren allí sus oídos
los apacibles sonidos,
que le fueron familiares
en tan dichosos lugares;
y con la diestra apoyada
sobre la cruz de su espada,
los repasa con dolor.

¡Ultima, tierna mirada, etc.

Desde el portal de la choza,
de rodillas una hermosa
feliz viaje le desea,
y su alba trenza ondea
de la brisa al soplo blando;
e inmóvil queda mirando
el soldado su dolor.

¡Ultima, tierna mirada, etc.

Ella en tanto desconsuelo,
callada oración al cielo,
humilde, por él envía;

el soldado no la oía;
pero al verla arrodillada,
imploró sobre su amada
la bendición del Señor.
¡Ultima, tierna mirada, etc.

Por último, da la espada
de la colina a la falda,
y del sitio se retira;
y al retirarse suspira,
y atrás la vista revuelve,
hasta que seguir resuelve
adelante con valor.
¡Ultima, tierna mirada, etc.

No era débil el soldado,
que corazón arrojado,
por el contrario, tenía,
aunque lágrimas vertía;
y en la fila delantera,
del peligro en la carrera,
siempre obtuvo prez y honor:
pues la mano más valiente
era la que dulcemente
una lágrima de amor
en otro tiempo limpió con rubor.

JOSE JOAQUIN ORTIZ

Nació en Tunja el 10 de julio de 1814. En su carrera de empleado fue jefe de sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, tesorero de la Universidad y diputado al Congreso varias veces. Redactó "La Estrella Nacional". "El Condor", "El Conservador" (1847 y 48), "El Porvenir" (en unión del señor Lázaro María Pérez), "El Catolicismo" (2.ª época), "La Caridad" (1864 a 1882) y "El Correo de las Aldeas" (1887 a 1890). Como editor y compilador publicó: "El Parnaso Granadino" (1848), "El libro del Estudiante" (seis ediciones), "El Liceo Granadino" (1856) "Poesías de Caro y Vargas Tejada" (1857), "La Guirnalda" (2 tomos), "Lecciones de literatura castellana" (3 ediciones) y "Lecturas selectas". Sus obras originales son: "Sulma" (tragedia en cinco actos), "Biografía del señor Joaquín Caycedo y Cuero" (1854), "Las Sirenas", "El hijo pródigo" (juguete cómico), "María Dolores o La historia de mi casamiento" (novela), "Huérfanas de madre" (íd.), "Cartas de un Sacerdote católico" (1857), "Testimonio de la historia y de la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo", "O todo o nada", "Compendio de historia eclesiástica" (16 ediciones), y su hermoso tomo de "Poesías" (1880) tan severamente juzgadas por Diógenes Arrieta. Firmó algunas veces con el seudónimo *José Nigreros*, y falleció en Bogotá el 14 de febrero de 1892.

GALILEO

En alta torre alzado, en noche umbría
el ojo armado de su activo lente,
revuelta a Venus la serena frente,
a Galileo absorto se veía.

El astro, en tanto, en su órbita corría,
de vivísima luz entre un torrente,
y el viejo, en su balanza omnipotente
su volumen y fuerza audaz media.

Los ángeles del cielo que lo vieron
del planeta seguir las claras huellas,
por un simple mortal no lo tuvieron;

y él dobló su rodilla a las estrellas,
porque sus ojos de águila leyeron
el nombre del Señor escrito en ellas.

LA GOLONDRINA

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
alegre golondrina,
ahora que el sol el espacioso cielo
de fuego con raudales ilumina?
¿De dónde vienes ahora
que el monte y la colina
se ornan de nueva flor y nueva grama;
ahora que el torrente fragoroso
por el campo oloroso
sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
ya las alegres Horas van danzando,
y de arrayán y flores mil coronas
sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
tu otero conocido;
y ese en que tu ala fugitiva rasa,
es tu claro torrente;
y ese, tu dulce nido
que en el alar saliente
vuelves a hallar de nuestra pobre casa.

Oh, sígue revolando vagarosa,
y sobre el campanario de la aldea
un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
y las mieses que suave el viento orea,
y el lejano molino y la musgosa
alta cruz del blanqueado cementerio
que en medio de los árboles se empina!....
Tiende la vista desde allí gozosa,
y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del obscuro invierno,
y las lluvias primeras,
volaste abandonando las praderas
y tu apacible hogar y nido tierno.
¿A dónde entonces fuiste
con ala infatigable,
dejando atrás el horizonte triste
cubierto de tiniebla,
en cuyo obscuro seno el sol de mayo
mal alcanzaba a disipar la niebla,
dónde a intervalos con horror lucía
de tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez a las regiones del Oriente
pasaste con las brisas sonorosas,
y del Meta en la rápida corriente
remojaste las alas temblorosas;
tal vez desde la huta del salvaje,
o desde la alta torre ya en ruina
de la antigua Misión, viste la frente
doblar al sol detrás del horizonte
cual mar sin playa de la gran sabana
de la risueña Arauca, oh golondrina,
en su tumba de azul, de oro y de grana;
y al revolar de la aura vespertina
trajo hasta ti la voz del gran desierto,
quejas de bosque, són de ronco río,
y melodioso pío
de las aves del campo solitarias,
formando todo espléndido concierto
de júbilo solemne o de plegarias.

¿Es venturoso, díme.
el indio entre su selva primitiva,
a quien la ley no oprime
y la cerviz altiva
tan sólo en el desierto
inclina al Grande Espíritu Sublime?

¿O le siguen doquier las mismas penas
y del alma las mismas tempestades,
y el pobre corazón lo mismo gime
que en las grandes ciudades
en medio de las vastas soledades,
oprimido de bárbaras cadenas?
¡Oh, que también en el desierto crecen
flores para adornar la sepultura;
también brillan al sol de sus sabanas
lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
del sol, en el lumbral de humilde techo
la banda de ruidosas golondrinas
miraba, henchido de placer el pecho
ir y volver, y revolar contentas
de la pajiza choza
a la extensa llanura,
cual pasa pronta y viva
la luz de las tormentas,
rozando con el ala fugitiva
ya sobre la arboleda majestuosa,
ya sobre el ancho azul, tranquilo lago,
ya sobre la éra antigua que llenaba
la flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
dejaba yo que se muriera el día,
y de las salas lóbregas, desiertas,
empujaba las puertas,
o los duros cerrojos con trabajo
de la antigua capilla descorría,
y a descansar entraba
de golondrinas banda innumerable:
yo de un varal larguísimo auxiliado
y de otros niños de mi edad seguido,
por techos y cornisas implacable,
sin respetar el inocente nido,

a la avecilla tímida acosaba,
que prisionera luégo
a una cárcel tristísima pasaba.

¡M sueño, sin sosiego,
al clarear el alba interrumpía,
y a cortarle las alas temblorosas,
maligno niño súbito corría.
¡Hoy es, aún lo recuerdo!.... los chirridos
de la avecilla dan en mis oídos,
y forcejando trémula la veo,
y aun siento entre mi mano
de sus alas el rápido aleteo.

Una, y fue la postrera
infeliz prisionera,
con doloroso pío
enterneció mi alma
y de repente dije:
"¡Pobre! vuelva a su campo!" y al momento
abrí la débil palma,
y ella rasgó precipitada el viento!

¿Adónde huyó veloz el claro día
de inocencia, de paz y de contento
de la niñez afortunada mía?
Tú volviste, avecilla venturosa,
a tu nido y los campos paternales,
sobre el ala del aura sonorosa,
pasados los funestos vendavales
cuando en el puro ambiente se difunde
de los floridos campos la fragancia;
mas a mi pobre corazón no vuelve
la dulce paz de su dichosa infancia!

MANUEL MARIA MADIEDO

Nació en Cartagena el 14 de septiembre de 1815. Desde los 18 años de edad comenzó a publicar simultáneamente algunas poesías y trabajos notables de filosofía. Viajó por los Estados Unidos en su primera juventud, y adquirió entonces el conocimiento de muchos idiomas vivos; volvió a su patria y completó sus estudios hasta recibirse de abogado, sin abandonar el cultivo de las letras y el de la filosofía, cuyas escuelas todas, antiguas y modernas, llegaron a serle familiares. Contribuyó como el que más a estimular en América el gusto por los estudios serios, y fue uno de los colombianos que mayores servicios prestó a la Instrucción Pública. Para el teatro escribió las tragedias "Coloriano" y "Lucrecia o Roma libre", el drama "Una idea abismo" y el juguete "Tres diablos sueltos"; de poesías líricas imprimió tres volumenes: uno en 1859, precedido de un *Tratado de Métrica*, los "Ecos de la noche" (1870), y "Lumbres, flores y armonías"; en cuadros de costumbres fue autor del libro "Nuestro siglo XIX" (1868), y en cuestiones científicas y sociológicas de "La ciencia social" (1863), "Tratado de crítica general" (1868), "Tratado de derecho de gentes" (1874), "Una gran revolución o La razón del hombre juzgada por sí misma" (1876), y de muchísimos folletos políticos y religiosos. Además fue colaborador de casi todos los periódicos del país, y redactor de "La Imprenta" y "La Voz del Tolima", de Ibagué, y en Bogotá de "La Voz de la Patria", "El Catolicismo" (1868) y "La Ilustración" (1870 a 1876). Fue miembro de nuestras Cámaras legislativas, y murió en Bogotá el 6 de septiembre de 1888.

AL MAGDALENA

¡Salud, salud, majestuoso río!....
Al contemplar tu frente coronada
de los hijos más viejos de la tierra,
lleno sólo de ti, siento mi alma
arrastrada en la espuma de tus olas,
que entre profundos remolinos braman,
absorberse en las obras gigantescas
de aquel gran Sér que el infinito abraza.

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
de las ninfas de Grecia afeminada,
al lado del tremendo cocodrilo
que sonda los misterios de tus aguas?

No en tus corrientes náda el albo cisne,
sólo armonioso en pobres alabanzas;
pero atraviesan tu raudoso curso
enormes tigres y robustas dantas;
cadáveres de cedros centenarios
tus varoniles olas arrebatan,
como del techo del pastor humilde
las tempestades la ligera paja.

No nadan rosas en tus aguas turbias,
sino los brazos de la ceiba anciana,
que desgarró con hórrido estampido
el rayo horrendo de feroz borrasca.
Veo serpientes que tus aguas surcan,
cuyos matices a la vista encantan,
y oigo el ronquido del hambriento tigre
rodar sobre tu margen solitaria;
mientras salvaje el grito de los bogas

que entre blasfemias sus trabajos cantan
vuelve a perderse en tus sagradas selvas,
que aún no conocen la presencia humana.

¡Oh, qué serían sátiros y faunos
bailando al són de femeniles flautas,
sobre la arena que al caimán da vida
en tus ardientes y desiertas playas!....
¡Ah, que serían cerca de los bogas,
que rebatiendo las calludas palmas,
en el silencio de solemne noche
en derredor de las hogueras danzan,
acompasados al rumor confuso
de tus mugientes y espumosas aguas,
que acaso llega a interrumpir no lejos
del ronco tigre seca la garganta!....

Yo los he visto en una oscura noche
dando a los aires la robusta espalda,
sobre la arena que marcado había
de las tortugas la penosa marcha,
y del caimán la formidable cola,
y de los tigres la temible garra.
Yo los he visto en derredor del fuego
danzar al eco de sonora gaita,
mientras silbaba el huracán del Norte
sobre tus olas con sañuda rabia.
Yo los he visto juntos a la hoguera
cavar ansiosos tus arenas blandas,
y en sus entrañas despreciar el lecho
del más pomposo femenil monarca.
Aún me figuro que sus rostros veo
del trémulo relámpago a la llama,
con los ojos cerrados cual si fueran
los despojos de un campo de batalla.

No muy lejos de allí, menos salvaje
sobre tu arena inculta y abrasada,

el caimán abandona tus corrientes
y junto al boga sin temor descansa.

En vano busca en tu desierta margen
el hombre, que cual débil sombra pasa,
palacios y ciudades de una hora,
que derrumban del tiempo las pisadas.

El pescador que en tus orillas vive,
bajo su choza de nudosas cañas,
que a nadie manda ni obedece a nadie,
de sí mismo el vasallo y el monarca;
¿no es más dichoso que el abyecto esclavo
que entre perfumes sus cadenas carga?....

¡Yo te saludo en medio de la noche,
cuando en un cielo plácido y sin mancha
mira la luna en tus remansos bellos
su faz rotunda de bruñido nácar!
¡Yo te saludo, nuncio del Océano!
Todo eres vida, libertad y calma;
y el hombre libre que sus redes seca
en tu sublime margen solitaria,
como en Edén nuestros primeros padres,
sólo de Dios adora la palabra.

Tú te deslizas a través del tiempo
como la sombra de la acuátil garza,
sobre la faz de tus fugaces olas
que de los montes a los mares bajan.
En tus riberas vírgenes admiro
la creación saliendo de la nada,
grandiosa y bella, cual saliera un día
del genio augusto que tus olas manda.

¡Córre a perderte en los ignotos mares
como entre Dios se perderá mi alma!

Cedros y flores ornan tu ribera,
aves sin fin que con tus ondas hablan,
cuyos variados, armoniosos cantos,
de tus desiertos la grandeza ensalzan.

¡Yo te saludo, hijo de los Andes!
Puedas un día fecundar mi patria,
libre, sin par por su saber y gloria,
y habrás colmado toda mi esperanza!

CONSUMMATUM EST!

Tiembla la tierra.... y a la faz del día
cubre la noche con su horror el suelo,
y hondo rumor de misterioso duelo
a Dios, el mundo conturbado envía.

Llanto, alarido, miedo y agonía
lanza el abismo de Satán al cielo,
del templo del Señor rásgase el velo
y un dardo rompe el seno de María.

La eternidad inmensa se conmueve;
de la muerte se agita el gran desierto,
y el querubín ni a respirar se atreve....

Todo está en luto y confusión cubierto....
Y cuando hundirse el universo debe,
por él su Dios para salvarlo ha muerto!

SILVERIA ESPINOSA DE RENDON

Nació en la hacienda de *Zamora,* cerca de Sopó, el 20 de junio de 1815. Desde que se dio a conocer como poetisa, la admiración y los aplausos la siguieron en su carrera. Sus primeras composiciones poéticas aparecieron en el *Parnaso Granadino.* Colaboró en varios periódicos nacionales y extranjeros, mereciendo por la fama de que gozaba entre los literatos españoles, que *El Eco Hispanoamericano* le confiase la elección de la pieza dramática neogranadina que debía figurar en la colección del Teatro español y americano. Además de muchas poesías con que enriqueció los periódicos, publicó en vida dos folletos: "Lágrimas y recuerdos" y "El divino modelo de las almas cristianas". El primero es una pieza histórica relativa a la expulsión de los padres jesuítas, verificada en Bogotá a mediados de 1850. También dejó escritas una novela y una obra en prosa y verso sobre la *Educación de las jóvenes.* Murió en Bogotá el 16 de agosto de 1886.

BOLIVAR

¡Bolívar, sí, tú eras magnánimo guerrero,
orgullo de mi patria, su gloria y su blasón;
tú aquél entre los bravos más bravo que el primero;
el grande entre los grandes que fueron y que son!

Audaz, infatigable, intrépido soldado,
y más aún, guerrero, que sabio capitán;
tu nombre, ese es el nombre que no será olvidado,
tus glorias, son las glorias que nunca morirán.

Que guarde con orgullo la Francia su coloso,
de América los hijos jamás la envidiarán;
porque eras tú más grande, guerrero generoso,
más grande que los grandes que han sido y que serán.

En vano aquesos bravos que grandes se creyeron,
Bolívar!, a tu altura quisiéranse elevar;
fugaces meteoros que ya desparecieron,
que sólo algún renombre pudieron alcanzar.

Porque ellos a ser grandes se vieron impulsados
por un insano orgullo, talvez por ambición;
porque ellos embriagaban con oro a los soldados
que fueron de su gloria el mísero escalón.

Más tú que tántas palmas gloriosas adquiriste,
sin viejos capitanes, sin oro, sin poder,
y el título más grande y honroso conseguiste
Libertador del suelo que te miró nacer.

Más tú que con ardiente, feliz perseverancia,
llenar al fin lograste la altísima misión
de dar a un pueblo esclavo sumido en la ignorancia
su libertad, sus leyes y el rango de nación.

Más tú, que con tu diestra temible, sin igual,
dejaste encadenado de Iberia el rudo león;
y aquellos que vencieron al águila imperial
vencidos a tus plantas dejaron su pendón.

¡Bolívar, sí, tú eras magnánimo guerrero,
orgullo de mi patria, su gloria y su blasón!
Tú aquel entre los bravos más bravo que el primero;
tú el grande entre los grandes que fueron y que son.
. . . . . .

Los Andes tu carrera gloriosa diseñaron,
y el viejo Chimborazo su altura te mostró:
"¡Espéra!" le dijiste; los años se pasaron,
y entonces su corona por peana te ofreció.

Ninguna planta humana jamás había hollado
aquella diamantina corona, que el Creador
en las excelsas sienes hubiera colocado
de aquél que es de los Andes el gran dominador.

Tú fuiste, sí, el primero, y el solo que empañaste,
¡Bolívar! con tus pasos su límpido cristal;
tú solo el que en su cima al mundo dominaste,
tú solo quien su nombre allí grabó inmortal.
. . . . . .

La hermosa catarata del viejo Tequendama
recuérda que en un día feliz te saludó,
y siempre a los viajeros les habla de tu fama
mostrándoles la piedra donde ella te abrazó:

Y luégo hasta el abismo se lanza desgreñada,
y ruge, y se estremece convulsa de furor,
sacude su melena en lágrimas bañada
y sigue murmurando tu nombre con dolor.

¡Así, Bolívar, guardan tu nombre y tu memoria
los dos fieros gigantes del mundo de Colón:
talvez serán dos genios testigos de tu gloria:
cantarla será acaso su altísima misión!

No sé; mas aún te falta Bolívar! ese vate
que pueda de tus glorias llegar hasta el nivel;
que pueda tu bravura cantar en el combate;
que pueda tu prudencia cantar bajo el dosel:

Que libre su alma grande vil ingratitud,
alcance tu nobleza, tu honor a comprender;
que cante tus hazañas ardiendo en gratitud,
y pueda de tus lauros un ramo merecer.

Sí, sí; porque tú eras intrépido guerrero,
orgullo de mi patria, su gloria y su blasón,
tú aquél entre los bravos más bravo que el primero,
el grande entre los grandes que fueron y que son.

JOSE CAICEDO ROJAS

Nació en Bogotá el 8 de agosto de 1816. Escribió casi sin descanso en muchos periódicos de la capital, y se ensayó en vários géneros de literatura, sobresaliendo en todos, particularmente como escritor de costumbres. Fue no sólo un literato de primer orden, sino también un artista de mérito, y contribuyó en gran parte a la propagación del gusto por la música en Bogotá. Escribió para el teatro dos dramas: *Miguel de Cervantes*, y *Celos, amor y ambición,* y la comedia *Gratitud de un artista.* Sus obras principales son: "Poesías" (1867), "Apuntes de Ranchería" (1871), "Escritos escogidos" (dos volúmenes) y "Recuerdos y Apuntamientos". Cultivó con grande éxito el género de la novela histórica, y en él conquistó mucha fama con las tituladas "Don Alvaro" y "Juana la Bruja". Murió en Bogotá el 20 de octubre de 1898.

EL PRIMER BAÑO

Eva, al acaso discurriendo un día
del encantado Edén por las praderas,
sin pensarlo sus pasos dirigía
de un cristalino arroyo a las riberas.

Contemplando la extraña maravilla,
alegre llega a la espumosa fuente,
y admirada detiénese en la orilla
escuchando el rumor de la corriente.

Curiosa inclina el cuerpo hacia adelante,
allí donde la onda se dilata,
y en el líquido espejo, en un instante
su hechicera figura se retrata.

La bella aparición la mira atenta,
y al verla sonreír también sonríe,
y acércase también si Eva lo intenta,
sin que una de otra tema o desconfíe.

Seña por seña al punto la devuelve,
tan pronto se retira como avanza,
una y mil veces a mirarla vuelve,
y Eva el misterio a comprender no alcanza.

De la muda visión un sér se fragua,
y de entusiasmo en inocente acceso,
el labio de coral acerca al agua
y ambas se dan un amoroso beso.

Su delirio a abrazarla al fin la lleva;
mas pagando bien caro el dulce engaño,
se sumerge en las ondas.... Así Eva
se dio en el Paraíso el primer baño.

GERMAN GUTIERREZ DE PIÑERES

Nació en Puerto Príncipe a fines de 1816. Su vida fue un tejido de desgracias, como la de muchos grandes literatos de todos los tiempos. Imaginación tierna y ardiente, dejó Gutiérrez de Piñeres un gran número de poesías líricas, que conservarán su nombre en los anales literarios de Colombia. Con Joaquín Pablo Posada redactó el célebre "Alacrán". Además de algunos folletos y de su colaboración en periódicos de la capital, publicó un tomo de "Poesías", precedidas de un juicio crítico por Pedro Neira Acevedo (1857). También escribió y publicó "El Oidor", drama histórico, tomado de la causa seguida al doctor Andrés Cortés de Mesa, miembro de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá. Gutiérrez de Piñeres murió en la capital el 12 de noviembre de 1872.

A MI CABALLO SCHALELDIN

Vén, altivo animal, donde tu dueño!
Vén, que quiere halagarte tu señor,
el que vigila hasta tu frágil sueño
y doma con su mano tu furor!

Vén, mi noble corcel, álza tu frente,
sacúde con desdén tu crespa crin,
muerde el bocado con tu duro diente,
y llévame en tus lomos, Schaleldin!

Yo siento con placer tu pecho hermoso
golpeado por tu ardiente corazón;
y muestra claro tu ademán brïoso
que de tu noble raza eres blasón.

En tu paso gallardo y arrogante
todo tu orgullo retratando estás;
ni los vientos permites por delante
si rápido en tu escape libre vas.

Es tu piel terciopelo en que brillando
color claro de límpido carey,
albas manchas se pintan, revelando
tu clara estirpe, tu valor, tu ley.

Es tu variado y raudo movimiento
tan suave como el aura matinal;
ligero como rayo o pensamiento
que en la mente resbala del mortal.

Brillan tus ojos como dos volcanes,
arroja fuego inflada tu nariz,
y vuelas sobre lindos tulipanes
sin dañar de los prados el tapiz.

A tu arrojo y valor pone barrera,
cuando quiere, mi loca voluntad;
y yo detengo tu veloz carrera
y domino tu fiera libertad.

Libre quiero dejarte, a tu albedrío;
llévame dónde quieras, Schaleldin,
salgamos de este suelo, corcel mío;
y lleguemos del mundo hasta el confín....

Ya vuelas con furor las cimas altas
como violento rueda el huracán,
y con osado atrevimiento saltas
las grandes vallas que al camino están.

Deténte.... no te pára el precipicio?
No ves la muerte con horror en él?
Oh! búsca un prado que nos sea propicio
y allí descansaremos, mi corcel!

Sé dócil y obediente, cálma un rato,
y vuélveme pacífico a mi hogar;
obedéce sumiso mi mandato
que estoy cansado y quiero reposar.

Míra a tu izquierda cristalina fuente
en dulce prado trémula correr,
tus dos orejas rectas hacia el frente
señales son de que querrás beber.

Vamos allá, y al pie del tronco verde
yo me recostaré, tú beberás;
la fresca grama en la ribera muérde,
y un instante gocemos de solaz....

JULIO ARBOLEDA

Nació en las márgenes del río Timbiquí, provincia de Barbacoas, el 9 de junio de 1817. A la edad de catorce años era colaborador del *Mechanic's Magazine,* periódico científico que se publicaba en Londres. Descolló muy temprano por sus extraordinarios talentos, su brillante y sólida instrucción, su valor y patriotismo a toda prueba. Cinco años de estudio en Europa le bastaron para adquirir un vastísimo caudal de conocimientos científicos y literarios. Poseía con perfección las principales lenguas clásicas y modernas; la filosofía, la política y la historia le eran familiares; nunca se oyó una voz más elocuente que la suya en las Asambleas granadinas. Como poeta, Arboleda habría dado a la literatura española un poema épico digno de ella, como lo hubiera sido el *Gonzalo de Oyón,* si no se quema el manuscrito original de diez y siete cantos, en la guerra civil de 1851. Se han publicado algunos fragmentos de lo que se salvó, ya por existir copiados aparte ya porque el autor los conservaba en la memoria. La introducción de dicho poema se imprimió por primera vez en Lima, en febrero de 1852, y treinta años más tarde lo reconstruyó don Miguel Antonio Caro en edición que se considera definitiva. Arboleda dejó igualmente algunos romances y leyendas, como "Casimiro el montañés", y varias poesías sueltas. Poeta, político, orador, guerrero y más que todo hombre de corazón y de honor, Arboleda merece las mejores alabanzas y puede considerarse como una gloria de la América española. Prestó útiles servicios a su patria, y llegó a ser elegido Presidente de la República. El 13 de noviembre de 1862 fue muerto violentamente en la montaña de Berruecos.

(Canto Noveno—El Caballo).

(Fragmento)

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
en el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
"Hernán, Hernán!", gritando el monte atruena,
mas sólo el eco, que le burla, suena,
de lejos repitiendo: Hernán! Hernán!

Pubenza!, iba a decir; mas la palabra
muere en su labio, cual la pura gota
que entre la escarcha, del peñasco brota
y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
a su cabaña mísera y pajiza
goza en ver reducidas a ceniza
trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada
cruza un desesperado pensamiento,
y concibe frenético el intento
de morir y dar fin a su dolor.
Yo traidor!, dice; el eco le remeda;
Traidor!, el desdichado repetía;
Traidor!, el monte a repetir volvía
entre sus rocas ásperas, — *Traidor!*

Sintió dolor, sin obtener alivio;
ardió en rencor, sin pretender venganza;
lloró de amor, sin fe, sin esperanza,
llamó a su Dios, su Dios le desoyó.

La gloria cortejó, le huyó la gloria;
al hombre condolió, y él le maldijo;
buscó un asilo entre la selva fijo,
y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha
desmaya al fin la humanidad vencida,
arrastrando en su rápida caída
el alma que sucumbe a su pesar;
el alma, por el polvo gobernada,
que se deja llevar lánguida y floja
cual por el huracán la seca hoja,
como el agua liviana por el mar.

—Vén, mi alazán, — prorrumpe el desdichado;
vén por la última vez, sírveme ahora,
y este cancro mortal que me devora
húnde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bién; yo nada tengo,
nada que me detenga aquí en el mundo,
y si contigo en los infiernos me hundo,
ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
sufrir la ingrata abrumadora carga
de esta existencia degradada, amarga,
que no puede a la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
mi virtud como lámpara se apaga;
ya que sólo al delito el mundo halaga
huyamos de él, dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo
al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
y vuelve más pujante a aparecer.
Adiós, oh patria! Por haberte amado
he perdido mi honor, estoy proscrito!
Sí, amarte demasiado es el delito
que me hace hasta la infamia merecer.

Todo cede a la astucia! El vulgo es eco
ciego como esa roca que me infama:
me oye llamar *traidor*, traidor me llama
y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio....
Va a maldecirme España.... Eso es la historia,
eso vale tu infamia, eso tu gloria;
esos tus fallos son, Humanidad!

—Vén, mi alazán! — Y rápido se arroja
sobre el corcel; le aguija con fiereza,
y atraviesa veloz por la maleza,
desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
el caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
van corcel y jinete. Adiós! Adiós!

Salva el caballo a saltos los arroyos
llevando entre los dientes el bocado,
y del rudo acicate atormentado,
va su escape aumentando sin cesar:
la rienda tesa con entrambas manos
lleva el jinete; la entreabierta boca
del fogoso animal los pechos toca,
y su hirviente nariz se oye tronar....

JOSE EUSEBIO CARO

Nació en Ocaña el 5 de marzo de 1817, y recibió una buena instrucción, que él amplió más y más en el curso de su vida. Desde muy niño se dedicó al cultivo de la poesía, llegando después a producir muy notables composiciones. Sus escritos en prosa, que son bien numerosos, tienen también una grande importancia. En 1836, en compañía de otros jovenes, emprendió la publicación de "La Estrella Nacional"; después fue redactor de "El Granadino" y "La Civilización". Ejerció un empleo en el ramo de Hacienda, donde prestó al país señalados servicios en materia de contabilidad. Al estallar la revolución liberal separatista de 1840 se alistó en el ejercito nacional, e hizo la campaña del sur en 1841 y la del norte al año siguiente. Durante las administraciones de Herrán y de Mosquera fue diputado al Congreso, director del Crédito nacional y Secretario de Hacienda; llevó a cabo el censo de población en 1843, formó el reglamento de la Cámara de Representantes, la ley de Hacienda y varios decretos sobre contabilidad; sostuvo la reforma de las monedas de oro y plata, defendió la ley sobre explotación del oro, y contribuyó poderosamente a la libertad del cultivo del tabaco; en fin, opinó en favor de la independencia de la Iglesia y el Estado, lamentando la violencia de procedimientos del general Mosquera, de quien decía que uno de sus mayores defectos consistía en "desacreditar el camino de las reformas". En 1850 vinieron algunas vicisitudes políticas a amargar su vida, obligándolo a padecer las penalidades del destierro. Trasladado a Nueva York llevó allí una vida muy laboriosa. En octubre del mismo año quiso volver a su país; pero de Cartagena se dirigió de nuevo a los Estados Unidos, a consecuencia de informes que allí recibió del estado de cosas en Bogotá. En 1853 deseó regresar a la patria, pues la ausencia de su

familia le atormentaba cruelmente; mas, por desgracia, al llegar a Santamarta le sobrevino una fiebre que le quitó la vida el 28 de enero de aquel año. Como poeta ocupa Caro una de las más altas cimas de la lírica hispano-americana, y se puede considerar como precursor, en ciertas formas de la poesía moderna, del genial Rubén Darío, según lo afirma el crítico colombiano Max Grillo.

HECTOR

Al sol naciente los lejanos muros
de la divina Troya resplandecen;
los griegos a los Númenes ofrecen
sobre las aras sacrificios puros.

Abrese el circo; ya sobre los duros
ejes los carros vuelan, desparecen;
y al estrépito ronco se estremecen
de la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
otorga Aquiles; el Olimpo suena
con el eco del triunfo conmovido.

¡Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena
en brazos de la muerte adormecido,
yace olvidado en la sangrienta arena!

EL BAUTISMO

A mi segundo hijo recién nacido

I

Vén, y en las vivas fuentes del bautismo
recíbe, oh niño, de cristiano el nombre!
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron
con su espíritu y brazo subyugaron
la inmensa mar que audaces recorrieron,
los mundos que tras ella adivinaron! (1)

Potentes más que el Genitor de Palas,
al rayo señalaron su camino (2);
y a los vientos alzándose sin alas,
siguieron sin temblar su torbellino (3).

Ellos al Leviatán entre cadenas
sacan de los abismos con su mano (4),
y pisan con sus plantas las arenas
del fondo de coral del oceano (5).

---

(1) Descubrimiento de la América por Cristóbal Colón, cristiano.—Descubrimiento de las Indias y del paso por el Cabo de Buena-Esperanza, por Vasco de Gama, cristiano.—Circunnavegación del globo por Magallanes y Sebastián del Cano, La Pérouse, Cook, etc. etc., cristianos.

(2) Invención del pararrayo por Franklin, cristiano.

(3) Globos aerostáticos por Montgolfier y Charles, cristianos.

(4) Pesca de la ballena por los ingleses, holandeses, rusos, anglo-americanos, etc., cristianos.

(5) Invención de la campana de bucear, por Will Phillips, cristiano.

Cristianos son los que a esas formas bellas
con que el Criador engalanó a Natura,
obligan a vaciar sus blandas huellas
en instantánea, nítida pintura (6).

De un hilo con la curva retorcida
los cabos juntan de un inerte leño....
Y el secreto perturban de la vida,
y agitan al cadáver en su sueño! (7).

Y tú también, eras también cristiano,
tú que dijiste, contemplando el cielo:
"Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
yo rasgaré del firmamento el velo!"

Y en el aire elevando dos cristales,
vuelta a Venus la faz, puesto de hinojos,
los ojos que te hiciste fueron tales
que envidiaron las águilas tus ojos! (8)

Y era cristiano aquel que meditando
en el retiro de modesta estanza,
sin afán, sin error, pesó, jugando,
los planetas y el sol en su balanza! (9)

II

Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para el bién crecieres,
(y en el gran Padre Universal confío
vivirás para el bién lo que vivieres),

(6) Invención del arte fotográfico, por Daguerre, cristiano.
(7) Descubrimiento del galvanismo, por Galvani y Volta, cristianos.
(8) Invención del Telescopio, por Galileo o por el alemán Jansen, cristianos.
(9) Sistema del mundo por Newton, cristiano.

Serio entonces quizá, meditabundo,
de ardor, de ciencia y juventud llevado,
quieras curioso, visitando el mundo,
juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entonces por ti mismo,
verán tus ojos, palparán tus manos,
lo que puede el milagro del bautismo
en los que el nombre llevan de cristianos.

Sí! do naciones prósperas hallares,
sujetas sólo a moderadas leyes
que formaron Senados populares,
y que obligan a súbditos y a reyes: (10)

Do al hombre vieres respetar el hombre,
y a la mujer como su igual tratada,
modesta y libre, sin que al pueblo asombre
viva fiel sin vivir esclavizada: (11)

Do vieres generosos misioneros,
sin temor de peligros ni de ultrajes,
abandonar la patria placenteros
para llevar la luz a los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,
de oscuro hospicio entre las sombras vagas,
curando activas con sus manos bellas
de los leprosos las hediondas llagas: (12)

Do puedas admirar instituciones
que abrigan al inválido, al desnudo,
que amansan al demente sin prisiones,
que hacen al ciego ver y hablar al mudo:

---

(10) Gobiernos representativos, conocidos sólo de las naciones cristianas.
(11) En todos los pueblos no cristianos está admitida la poligamia.
(12) Las Hermanas de la Caridad.

Do vieres protegido al inocente,
castigado el perverso con cariño
respetado el anciano inteligente,
asegurado el porvenir delniño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
misericordia, caridad, justicia,
dominando del pueblo la conciencia,
de la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose a sí mismo
vieres al hombre amar a sus hermanos,
podrás clamar: "Honor al cristianismo,
que éstos no pueden ser sino cristianos!"

ESTAR CONTIGO

Oh, ya de orgullo estoy cansado,
ya estoy cansado de razón;
déjame que hable a tu lado
cual habla sólo el corazón!
No te hablaré de grandes cosas;
quiero más bien verte y callar,
no contar las horas odiosas
y reír oyéndote hablar!

Quiero una vez estar contigo,
cual Dios el alma te formó;
tratarte cual a un viejo amigo
que en nuestra infancia nos amó;
volver a mi vida pasada,
olvidar todo cuanto sé,
extasiarme en una nada,
y llorar sin saber por qué.

Ah! para amar Dios hizo al hombre!
¿Quién un hado no da feliz,
por esos instantes sin nombre
de la vida del infeliz,
cuando, con la larga desgracia
de amar doblado su poder,
toda su alma ardiendo vacia
en el alma de una mujer?

Oh padre Adán! Qué error tan triste
cometió en ti la humanidad,
cuando a la dicha preferiste
de la ciencia la vanidad!
¿Qué es lo que dicha aquí se llama
sino no conocer temor,
y, con la Eva que se ama,
vivir de ignorancia y de amor?

Ay! mas con todo así nos pasa;
con la patria y la juventud,
con nuestro hogar y antigua casa,
con la inocencia y la virtud.
Mientras tenemos despreciamos,
sentimos después de perder;
y entonces aquel bién lloramos
que se fue para no volver!

LAZARO MARIA PEREZ

Nació en Cartagena el 22 de febrero de 1822, y empezó sus estudios, siendo muy joven, en la Universidad del Magdalena, donde estuvo hasta el año 1836; los continuaba después en 1840 cuando estalló en Cartagena la revolución de 19 de septiembre de aquel año, y desde ese día se convirtió el colegial en soldado. Terminada aquella revuelta en 1841, algunos jóvenes distinguidos continuaron sirviendo como oficiales en el cuerpo de artillería, y entre ellos Pérez, sin perjuicio de sus estudios de jurisprudencia. En 1845 se mandó al Chocó la compañía a que aquel pertenecía, y en clase de zapador tuvo que hacer una ruda campaña pacífica para proporcionar camino fácil entre Medellín y la ciudad de Antioquia. En aquellas soledades escribió algunas de sus mejores poesías. Pérez se mezcló por muchos años en la política agitada de la República, sin abandonar la pluma, como publicista y literato. En sus escritos se descubre el hombre de corazón y de principios, el ardiente patriota. El sello que lo distingue, lo que le da, por decirlo así, una fisonomía particular, es su poesía lírica. Empezó a darse a conocer por ella, y en ese campo obtuvo sus más bellas coronas. Posee, en efecto, vigorosa entonación, viste bien sus versos, que son llenos, vibrantes y cadenciosos. Como poeta dramático deja bastante que desear, a pesar de haber sido uno de los más entusiastas impulsores del teatro nacional, como director de escena y autor de los dramas "Teresa", "Elvira", "El corsario negro" y "El sitio de Cartagena". Falleció en Vichy (Francia) el 2 de mayo de 1892, después de haber sido en los años anteriores Ministro de Colombia en Alemania.

LA PASION DE LOS CELOS

Principia en ceños y besando acaba,
es una tempestad de un solo trueno,
es un vacío que se siente lleno,
grito de libertad de un alma esclava.

Es Cupido con flecha y sin aljaba,
panal disuelto en zumo de veneno,
culebra que se abriga en nuestro seno,
aguda espina que el amor nos clava.

Fibra que artera la sospecha muerde,
pesar que no da entrada a los consuelos,
pasión que al alma en sus abismos pierde.

Maldición de la tierra y de los cielos . . . .
¿Quién habrá que el suplicio no recuerde
de la espantosa noche de los celos?

LA LIMOSNA

(A mi hija)

Oye, hija mía, cuando el pobre toca
de puerta en puerta mendigando un pan,
nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca
es el mismo que a todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo
para todo dolor; y cada bién
con que socorre al pobre, sube al cielo
y en densa lluvia tórnase al caer.

Por eso es su caudal inagotable;
por eso cada bién abate un mál;
por eso encuentra pan el miserable;
por eso el desgraciado encuentra hogar.

También la caridad, en su eficacia,
da una limosna, y la reciben dos:
el que la pide, un pan que su hambre sacia
el que la da.... la bendición de Dios.

Y el mundo en sus tormentos no concibe
quién en esa limosna gana más,
si el mendigo infeliz que la recibe
o la mano piadosa que la da.

Pero en este dilema no hay razones;
calcular es lo mismo que sentir:
si das pan y recibes bendiciones,
¿la dádiva mejor no es para ti?

San Juan de Dios, que avaro perseguía
para ofrecerle pan a la orfandad,
al ponerlo en su mano le decía:
"Gracias por la limosna que me das!"

No olvides, hija mía, la enseñanza
que encierra el dón munífico de Dios;
si de Fe se alimenta tu Esperanza
búsca en la Caridad tu galardón.

LA ESPERANZA

Hay una luz que sólo en sueños veo,
y que despierto su fulgor me niega;
luz que lejos está, pero me ciega;
aspiración que anima mi deseo.

Puede mentira ser, pero la creo;
loca y vivaz con mi existencia juega;
y mientras más incertidumbres riega,
más en sus confusiones me recreo.

Siempre me encanta más, mientras más vaga;
su ala de mariposa me seduce;
es una bella y aturdida maga
que en la alta noche sus esmaltes luce;
luz de felicidad que no se apaga
ni aunque su llama por las tumbas cruce.

JOSE MARIA ROJAS GARRIDO

Nació en Agrado, departamento del Tolima, el 6 de septiembre de 1824. Hizo sus estudios en el Colegio de San Bartolomé, y se recibió de abogado ante la Corte Suprema en 1847. Fue Ministro de Estado, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, y varias veces diputado al Congreso. Ejerció la presidencia de la República en 1866, como primer designado, mientras llegaba de Europa el General Mosquera. Orador elocuentísimo y poeta a ratos perdidos, dejó algunas poesías de mérito, que fueron muy populares en su época. Como profesor, el doctor Rojas Garrido prestó siempre al país servicios importantes, pues fue maestro de la juventud desde que abandonó los claustros hasta el día que lo postró la enfermedad que puso fin a su vida. Su labor docente la llevó a cabo en los Colegios de San Bartolomé y el Rosario, en donde enseñó filosofía y legislación civil y penal. Como jurisconsulto fue uno de los más distinguidos de su tiempo; en este ramo se recuerda especialmente su admirable defensa del General Mosquera, en 1867. Dejó de existir en Bogotá el día 13 de septiembre de 1883.

EL DIA

Suspenso Adán, mirando las estrellas,
piensa que fue ilusión la luz del día,
no sabiendo que el astro a hundir volvía
en nueva sombra el esplendor de aquéllas.

Se rinde al sueño; las brillantes huellas
alcanza a ver del mundo que perdía:
despierta entusiasmado.... El sol venía
a confirmar sus ilusiones bellas!

Desde entonces Adán yergue la frente,
y no la nubla incertidumbre aciaga,
aunque el astro se esconda en occidente.

¿Por qué el morir, con duda horrible amaga,
si la vida también vuelve al oriente
cuando finge el sepulcro que la apaga?

RAFAEL NUÑEZ

Nació en Cartagena el 28 de septiembre de 1825. Desde muy temprano se incorporó en las filas del partido liberal, y a sus ardorosos y perseverantes esfuerzos como periodista, miembro de las Cámaras provinciales y nacionales, y Ministro de Gobierno, Guerra, Hacienda y Tesoro y Créd:to nacional, se deben, en gran parte, muchas de las laboriosas y fecundas reformas realizadas en Colombia durante el tercer cuarto del siglo pasado; la abolición de los estancos y de la esclavitud, la descentralización fiscal y política, la libertad absoluta de imprenta, la reorganización del crédito público, la revisión de la tarifa aduanera. Fue fundador y redactor de "La Democracia" de Cartagena, activo colaborador de "El Neogranadino", "El Tiempo" y "La Opinión" de Bogotá, y además dirigió durante algunos meses "El Continental" de Nueva York, sosteniendo con firmeza infatigable en dicho periódico la causa del Norte, en la guerra de secesión de los Estados Unidos, al propio tiempo que la independencia de Méjico, entonces invadido por los franceses, y la de Santo Domingo. Residió mucho tiempo en Europa como Cónsul de Colombia en El Havre y en Liverpool, ocupándose, además, en redactar extensas revistas políticas y económicas para algunos periódicos de Hispano América, entre ellos el "Diario Oficial" de Bogotá, y "El Nacional" de Lima, revistas que generalmente firmaba con el pseudónimo de *David de Olmedo*. A su regreso al país ocupó un asiento en el Senado de 1878, y fue elegido Presidente

de la República cuatro veces. En las columnas de "La Luz" de Bogotá, y "El Porvenir" de Cartagena (1881 a 1884) publicó una serie de artículos que constituyen una síntesis brillante sobre sociología moral y política aplicable a las repúblicas latinas. Su pluma trazó entonces frases que herían la conciencia popular y que se convirtieron en aforismos políticos, repetidos por los ciudadanos con la satisfacción que envuelven siempre las promesas lisonjeras. De allí surgió el sistema de la *Regeneración administrativa fundamental,* puesto en práctica por Núñez, y consagrado de manera definitiva en la Constitución de 1886 El ilustre pensador murió en su finca de *El Cabrero,* en la misma ciudad de su nacimiento, el 18 de septiembre de 1894. Sus poesías pertenecen al género filosófico, desenvolviendo en ellas con insistencia una teoría de compensaciones, destinada a servir de consuelo para los que sufren.

SURSUM

Todo está encadenado
en la creación: al reino de las flores
dan el zafiro y el rubí sus tintes;
y con los jugos que en su seno encierra,
de esmeralda ornaméntase la tierra.

La ley de desarrollo
es de ascensión también: lo incandescente
cesa de destruír, y se hace savia
que se transmite al encumbrado monte,
donde halla inmensidad por horizonte.

Al fondo del Océano,
en ostra oscura aljófares florecen,
que brillan luégo en imperial diadema,
y del coral la congelada planta
pide calor a olímpica garganta.

El reptil insepulto
que tuvo por mansión inmundo lodo,
al águila caudal presta sustento,
y se incorpora en ella, en sangre nueva,
y a las regiones de la luz se eleva.

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
a las columnas que admiró Corinto;
los siglos pasan, y el cincel venera
en noble capitel la hoja ligera (1).

La corporal figura
del hombre, dominada por su mente,
formas etéreas cobra en ocasiones,
y entonces, libre de presión profana,
brilla con aureola sobrehumana.

Numen, genio, presciencia,
profecía, intuición, arrobamiento,
deliquios de exaltado misticismo,
todo eso es impalpable, inaccesible;
mas negar sus efectos no es posible.

---

(1) «A Mauricio Duplessis, el lírico discípulo de Moreas, contentaría esta estrofa, de aristocracia artística innegable.... No es dado a todos el colocar tan bellamente en un límpido mármol el canto de Calímaco».

Rubén Darío. *Un poeta presidente*

Milagros y misterios,
visiones de Ezequiel y de Isaías,
escala de Jacob, Apocalipsis,
la Biblia entera.... realidad es todo:
la causa es una, diferente el modo.

De la flor el perfume
todo lo invade, aunque jamás se palpe;
la atracción del imán pasma a la ciencia;
el opio aduerme; pero nadie sabe
donde está del enigma la fiel clave.

La alegre flor de oro
que en torno al sol, de que es imagen, gira,
quizá es indicio de la ley secreta
que nos lleva, por giros invisibles,
a espacios que parecen imposibles.

En la vida del alma
tal vez hay estaciones progresivas,
ojos cuya videncia se prolonga
con la meditación que es su alimento,
si se empapa en la luz del sentimiento.

Ello es que el bién eterno
no presentimos en edad temprana
por propia inspiración, sino aceptando
de nuestra amada madre la fe pura,
que esa aurora esplendente nos augura.

Como encontró incompleto
Colón el mundo físico, pesándolo
en la fina balanza de su mente,
hallamos el moral en deficiencia
cuando activa la edad nuestra conciencia.

Entonces comprendemos
que la virtud no siempre al bueno escuda
contra las asechanzas del malvado;
que no siempre el laurel próspero crece
en el huerto de aquel que lo merece.

Vemos el sacrificio
del que por la verdad se inmola estoico;
a Cicerón librándose al sicario;
a Sócrates bebiendo la cicuta,
que de noche inmortal la exedra enluta.

Vemos la virgen mártir
más fuerte que el león que la devora,
la rota veste recogiendo en calma,
pues de ella el solo postrimer anhelo
es elevarse inmaculada al cielo.

¿Y por qué, simpatías
nos infunde la suerte del que sufre,
y nos hiela de horror el victimario?
¿Por qué si la justicia aquí padece,
siempre su instinto en nuestras almas crece?

Lo grande tiene un habla,
un no sé qué espasmódico y profundo,
algo que hace entrever cosas remotas,
o recordar algunas que pasaron
y que huellas visibles nos dejaron.

También cuando miramos
desde audaz eminencia los abismos,
o en estrellada noche el firmamento,
o escuchamos el trueno del torrente,
el mismo íntimo espasmo el alma siente.

Tenues signos son éstos
que vienen, al azar, del nuevo Oriente:
vagos anuncios del futuro día
en que, como tras largo parasismo,
cada sér dudará de ser el mismo.

JOAQUIN PABLO POSADA

Nació en Cartagena el 17 de agosto de 1825, y recibió su educación en Bogotá. Además de muchas composiciones poéticas publicadas en "El Tiempo", "El Mosaico", y la "Biblioteca de señoritas", dio a luz un volumen de poesías en 1857. Fue colaborador de varios periódicos políticos, y redactor de "El Alacrán", "El 7 de Marzo", "El Orden", y "El 17 de Abril". Se radicó por algunos años con su familia en la capital de Cuba, y allí redactó uno de los principales diarios habaneros. Igualmente dirigió en San José de Costa Rica "El Costarricense". Sus famosísimos "Camafeos" lo han consagrado en toda la América española como a poeta epigramático de primer orden. Los últimos días de su vida los pasó en Barranquilla, en donde murió el 4 de abril de 1880.

A PABLO

Desde el lecho, caro Pablo,
te dirijo estos renglones
que, apostara cien doblones,
van a hacerte dar al diablo;
mas, francamente te hablo:
prefiero ser importuno
a pasar en el ayuno
toda la mortal semana
que ha de comenzar mañana,
mañana viernes, por Juno!

Aunque el médico ilustrado
diariamente me receta
la más rigurosa dieta,
siempre habrá que hacer mercado.
Y como tú me has rogado,
con tu habitual elocuencia,
que te dé la preferencia,
caso de necesidad,
si abuso de tu bondad
sopórtalo con paciencia.

Cierta vez que ocurrí a ti
me serviste como amigo,
y yo quedé mal contigo;
pero no consistió en mí.
Fue que en situación me vi
tan triste y tan afanosa,
que si pintara la cosa
te había de ver afligido,
llorar a moco tendido
sobre mi suerte horrorosa.

La suerte de que *me chillo*
es la suerte pecuniaria,
puramente monetaria,
puramente de bolsillo.
Suerte que sin un cuartillo
me tiene siempre; de suerte
que si no fuera tan fuerte
como tú sabes que soy,
al mirarme como estoy
me hubiera dado la muerte.

Figúrate que le debo
a todo el que en torno miro,
debo el aire que respiro
y debo el agua que bebo.
Casi ni a salir me atrevo,
porque si salir consigo
mis acreedores, amigo,
me atacan de llano en plano,
desde el primer ciudadano
hasta el último mendigo.

Con otro fuera torpeza
ser, como soy, tan sincero,
debiendo, al pedir dinero,
ocultar tánta pobreza;
mas contigo, con franqueza
hablo de la suerte mía:
ingrato y falso sería
si no hablara como hablo
porque fuera olvidar, Pablo,
tu nobleza y tu hidalguía.

Quiero acabar; necesito
diez y seis pesos cabales,
para conseguir los cuales
estas décimas he escrito;
mándamelos, que infinito

será mi agradecimiento,
como lo es el firmamento,
y como el poder de Dios,
quien, acá para los dos,
me tiene muy descontento.

Ninguna promesa haré,
porque a ti no se te esconde
que cómo, cuándo o en dónde
he de pagarte no sé;
pero que te pagaré,
y que a pagarte me obligo,
poniendo a Dios por testigo,
es tan seguro y tan cierto
como lo es que sólo muerto
dejaré de ser tu amigo.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Nació en la Ceja del Tambo el 9 de mayo de 1826. De edad de catorce años marchó a Bogotá, en donde siguió sus estudios hasta coronarlos, recibiendo el grado de doctor en jurisprudencia. En 1855 y 1856 ocupó una curul en la Cámara de Representantes, y en el período siguiente ejerció el cargo de Senador. Sus poesías aparecieron en diversos periódicos de Medellín, siendo el "Albor literario" el primero que recibió sus escritos. Gutiérrez González fue un poeta romántico original y muy popular. Su obra maestra y más acabada, la que le ha dado fama inmortal y vivirá siempre mientras haya bosques antioqueños y robustos mancebos que anden *buscando en dónde comenzar la roza,* es la admirable "Memoria sobre el cultivo del maíz", que constituye un fragmento de poesía descriptiva digna de Virgilio, y con la cual, al decir de Menéndez y Pelayo, se inició una nueva especie de Geórgicas americanas, de carácter realista y local. Sus demás versos se distinguen por una extraordinaria dulzura e inimitable armonía. Murió en Medellín el 6 de julio de1872.

AURES

De peñón en peñón, turbias, saltando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca de granito socavado
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal,
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonce el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia vi;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
Basta! las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta,
blanco-azulado el humo del hogar:
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca.... y esperanza, adiós!

A JULIA

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a ti vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos (1).

Y como ruedan mansas, adormidas,
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas
por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
sigue tu planta mi resuelto pie;
y de la senda en la áspera pendiente
a mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso a paso,
marchamos con descuido al porvenir,
sin temor de mirar el triste ocaso
donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
reclinado en tu seno angelical,
de ese inocente corazón, que es mío,
arrullado al tranquillo palpitar.

---

(1) Para que se entienda rectamente este cuarteto y desaparezca la aparente contradicción que hay entre los versos primero y cuarto, conviene advertir que «vencido» está usado en lugar de «rendido»; que la familia del poeta y la de quien más tarde fue su mujer vivían cerca una de otra y estaban unidas por lazos de estrecha amistad; que ellos se conocieron y trataron desde niños, y que después de dificultades y ausencias obligadas para poder él terminar sus estudios en Bogotá, se hallaron «por fin juntos los dos».

(Nota de don Emiliano Isaza en su «Antología Colombiana»).

Y la ternura y el amor constantes
en tu limpia mirada vense arder,
al través de dos lágrimas brillantes
que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas, cuyo són
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
en un beso castísimo de amor;
como el grato perfume que esparcieron
flores distantes que la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
y eso me basta para ser feliz.

Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
bajo una misma lápida los dos.
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!,
ni en la muerte tus ojos cierre yo!

JUAN S. DE NARVAEZ

Nació en Bogotá el 11 de agosto de 1826. Estudió literatura en el colegio de Santo Tomás de Aquino, que dirigían los Padres de la Orden de Santo Domingo, y jurisprudencia en el de Nuestra Señora del Rosario. Fue redactor y colaborador de un gran número de periódicos nacionales y extranjeros. Afiliado en el partido conservador, le prestó sus servicios, ya con la pluma como periodista, ya como soldado en los campamentos. Una cruelísima enfermedad, la misma que afligió la existencia de Adriano Páez y Adolfo León Gómez, le hizo trasladarse desde muy joven a las ciudades de la Costa atlántica, en busca de un clima cálido y de los auxilios médicos de un profesor de nombradía que se hallaba por aquella época en Barranquilla. Pero todo fue inútil, y regresó a recluírse en la quinta de *Yomasa*, a algunas leguas de esta capital, en donde falleció el 31 de marzo de 1868.

A CARMEN

Tú eres mi sol: yo vivo solamente
del calor y la luz de tu mirada:
sin ti, en el polvo de la tumba helada
ya se escondiera mi abatida frente.

Sin ti, del duelo por la llama ardiente
ya se encontrara mi alma devorada,
como la yerba por el sol tostada
sin el cristal de la parlera fuente.

Pero si alumbras mi existencia oscura,
si eres la vida al lado de la muerte
y manantial perenne de dulzura,

¡Ay! se me parte el corazón al verte
probar también mi cáliz de amargura,
partir conmigo mi espantosa suerte! (1)

---

(1) El señor Añez en su «Parnaso colombiano», desfigura este hermosísimo soneto, «que podrá ser *leído* por los literatos, pero que será *llorado* por los que conocieron al poeta y a su esposa», según frase de Vergara y Vergara. Añez cambió infelizmente el último verso, poniendo en lugar del que figura en el texto,

«llevar tu parte de mi triste suerte»,

lo cual no está de acuerdo con las primitivas reproducciones de dicho soneto, conforme puede verificarse en la «Revista de Bogotá» (1871) página 247.

RICARDO CARRASQUILLA

Nació en Quibdó el 22 de agosto de 1827. Dirigió en Bogotá por largos años el *Liceo de la infancia,* desde 1857, en donde puso en práctica un método original de enseñanza, que adquirió mucho crédito en Colombia. Sus primeros ensayos en verso salieron en "La Guirnalda", "La Esperanza", "El Porvenir", "La Biblioteca de señoritas" y "El Mosaico". En 1863 publicó la primera edición de sus "Coplas", reimpresas dos veces más, con "Las fiestas de Bogotá" y "Los ecos de los zarzos" (1866 y 1881). Luégo escribió los "Problemas de aritmética para los niños", en verso, y "Los sofismas anticatólicos vistos con microscopio". Todo suceso triste o alegre, público o privado, que le llamara la atención, obtenía de su ingenio una letrilla que no le costaba sino media hora de trabajo. Su cuadro de costumbres en verso "Las fiestas de Bogotá" es una verdadera fotografía; en él, como en sus demás composiciones de carácter ligero, se manifiestan el genio festivo, suavemente satírico y siempre burlón, y la modestia y sencillez del poeta. Don Ricardo falleció en Bogotá el 24 de diciembre de 1886.

DIOS

(Soneto formado con algunos versos de "El misterio de Dios", poema de don Peregrino Sanmiguel)

Dios es quien es: la inmensidad, su manto;
la creación, diadema de su frente;
las dos eternidades, su presente;
verdad, belleza, amor, su nombre santo.

Bajo su pie se hunden con espanto
los firmamentos; es la luz ardiente
sombra de su mirada omnipotente;
ángeles y hombres, de su gloria el canto.

Con innúmeros soles de diamante
vi su poder inmensurable escrito
en la cóncava esfera rutilante;

Y de pasmo y amor lanzando un grito,
—¿Dónde, exclamé, se oculta tu semblante?
—En las alturas de mi Sér habito.

LO QUE PUEDE LA EDICION

Hice un canto bermudino
al condor;
pero estaba en borrador
y me pareció cochino.
Me lo hicieron publicar
en "El Día";
lo leí con alegría,
y lo encontré regular
Luégo, en una colección
de poetas
lo insertaron con viñetas,
y dije: "Es gran producción!"
Lo que puede la edición!

Mi compadre Isaac Rengifo
con capote
andaba; y el monigote
lo llamaban y el *cachifo*.

Después compró botas, frac
y sombrero,
robar pudo algún dinero,
y se llamó don Isaac.
Hizo luégo un excursión
por la Francia;
vistióse con elegancia
y fue *monsieur Rengifón.*
Lo que puede la edición!

Era Juana una indiecita
de Choachí;
cargando leña la vi,
y me pareció bonita.
Vino luégo a la famosa
Bogotá,
depuso el *chircate* y ya
me pareció muy hermosa.
Después tuvo crinolina,
rico traje,
y enaguas con fino encaje
y me pareció divina.
Más tarde un buen corazón,
pedrería
diole; y el mundo a porfía
le tributa adoración.
Lo que puede la edición!

Si yo, que soy campesino
rematado,
en vez de estar empastado
en áspero pergamino,
lo estuviera en tafilete
con labores,
y pajaritos y flores,
y con dorado ribete;
no obstante mi cortedad
y rudeza,

pudiera entrar con franqueza
en la buena sociedad;
y fuera hombre de razón
y de peso,
y diputado al Congreso
me harían sin ton ni són.
Lo que puede la edición!

SONETO AL REVES

Musa, al revés hagamos un soneto;
es decir, comencemos la tarea
por escribir el último terceto.

Es preciso buscar alguna idea;
pero debo advertirte, acá en secreto,
que ni de fe, ni de esperanza sea.

La esperanza y la fe no están en moda,
la misma caridad es anticuada;
los sagrados derechos de la nada
sólo los niega ya la gente goda.

Hoy ninguna maldad al hombre enloda;
y los nietos del mono y la monada
sólo saben el "sé que no sé nada",
y fundan en dudar la ciencia toda.

JOSE MANUEL MARROQUIN

Nació en Bogotá el 6 de agosto de 1827. Durante muchos años permaneció dedicado a la educación de la juventud, y entonces fue cuando escribió y publicó por primera vez su muy conocido "Tratado de ortografía castellana", que cuenta ya con tántas ediciones. Marroquín fue el primer hablista de Colombia. Poseía de una manera perfecta el idioma español, y en sus escritos se muestra castizo y elegante. Fuéra de sus versos, de los cuales se hicieron en vida del autor dos colecciones, escribió varios juguetes para el teatro, buen número de artículos de costumbres y las novelas "Blas Gil", "El Moro", "Entre primos" y "Amores y leyes". Además es autor de los siguientes libros: "Lecciones de urbanidad", "Tratado de métrica", "Lecciones elementales de retórica y poética", "Diccionario ortográfico", "Vida y carácter de don Juan Antonio Marroquín", "Obras escogidas en prosa y en verso" (1875), "Nada nuevo" (1908), "Artículos literarios" (1920) y "Discursos académicos y otros escritos sobre filología y corrección del lenguaje" (1929). Dejó manuscritos unos "Apuntes autobiográficos", que sirvieron de base a su hijo el presbítero José Manuel Marroquín Osorio para escribir la magnífica obra "Marroquín íntimo". El ilustre literato, que había sido ajeno a la política, fue elegido, sin embargo, en 1898, Vicepresidente de la República, y como a tal le correspondió ejercer el Poder Ejecutivo en dos ocasiones, la última de ellas en la época más azarosa para el país, durante la guerra civil de los tres años. Falleció en la misma ciudad de su nacimiento el 19 de septiembre de 1908.

A SAN FRANCISCO JAVIER

De la China en el mar y en isla ignota
solitario Javier, la muerte espera;
sus ayes acompaña lastimera
la mar que gime y que la playa azota.

La prora hacia la patria, su derrota
la nave ya tomó, que a la extranjera
región en donde muere le trajera,
y vá a perderse en otra mar remota.

¡Espantoso morir! Mas, ¿quién al verte
morir cual mueres, víctima escogida,
morir no quiere de la misma suerte?

Si no está tu alma a lo terreno asida,
¿de qué puede privarte ya la muerte
sino de las miserias de la vida? (1)

---

(1) Este soneto fue publicado por primera vez en «El Mosaico» (1864), y aquí se reproduce tal como allí aparece. Posteriormente, en las *Obras escogidas* del señor Marroquín, ordenadas por los redactores de «El Tradicionista» (1875), se publicó bajo el título de «La muerte de un apóstol», y variándole el último terceto, así:

> De todo lo terreno desasida,
> no puedes más despojos a la muerte
> rendir que las miserias de la vida.

No obstante esta enmienda, se ha preferido la forma primitiva, por considerarla más elegante y clara. El soneto que vio la luz en "El Mosaico" es, sin duda, uno de los mejores de nuestro Parnaso; en cambio el de las *Obras escogidas* es bastante pedestre, tanto por el título como por el terceto final.

LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros,
y de mozos de traílla:

Van todos apercibidos
con las armas necesarias,
y llevan de castas varias
perros diestros y atrevidos, (1)

Caballos de noble raza,
cornetas de monte; en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema "La Caza".

---

(1) En el número 2 de la «Biblioteca de Señoritas», correspondiente al 9 de enero de 1858, apareció por primera vez esta celebrada obra maestra de Marroquín, con el título de «Los cazadores y la perrilla». La cuarta redondilla decía así:

> Llevaban cuanto era propio
> para el logro de la empresa,
> sabuesos, perros de presa,
> y de armas un buen acopio,

Dos años después, en «La Lira granadina», ya apareció esta estrofa como se lee en el texto.

Levantan pronto una pieza,
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo a viento,
y rompiendo la maleza (1).

Todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña;
pero ella se da tal maña
que a todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
y carreras y revueltas,
es vana tánta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de qué manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,

oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que admira
no piensen, no, que es mentira,
que lo cuenta quien lo vio.

Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía,
que oyó ladrar a los perros;

Y con gana de saber
en qué paraba la fiesta,
iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.

---

(1) Hé aquí la cuarteta primitiva:

Pronto levantan los perros
un jabalí, hermosa pieza,
que, rompiendo la maleza,
cruza por valles y cerros.

Con ella iba una perrilla....
Mas, sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla:

Perra de canes decana
y entre perras protoperra,
era tenida en su tierra
por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
el más flaco de los canes,
era el rastro, eran los manes
de un cuasi-semi-ex-gozquejo (1);

Sarnosa era.... digo mal,
no era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa
y en figura de animal.

Era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello:
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
la vieja al cerro subía,
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
que se hubiese el jabalí

(1) El final de esta estrofa era el siguiente en la edición de 1858:

«la mera idea de un gozquejo»

escondido, por si así
se libraba de la muerte (1).

Empero, sintiendo luégo
que por ahí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego.

La vieja entonces al ver
que escapaba por la loma,
¡Sús! dijo por pura broma,
y la perra echó a correr (2).

Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fue,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada,

aquella perrilla, sí,
cosa es de volverse loco,
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

---

(1) Redondilla originaria:

> Por allí quiso la suerte
> se ocultase el jabalí,
> confiando en poder así
> preservarse de la muerte.

(2) Primeramente el autor había escrito:

> Viendo entonces la viejilla
> que escapaba por la loma,
> *¡Sús!* dijo por pura broma,
> y echó a correr la perrilla.

MANUEL POMBO

Nació en Popayán el 17 de noviembre de 1827. Recibió su educación en Bogotá, donde se dedicó luégo a la carrera del foro, al mismo tiempo que colaboraba en varios periódicos políticos y literarios. Escribió muy bellas poesías y artículos de costumbres, pero la mayor parte de sus producciones quedaron inéditas y son poco conocidas. Durante los últimos treinta años de su vida se dedicó al comercio de libros, estableciendo una librería que tuvo fama en la capital, y que era centro de reunión de las notabilidades intelectuales y políticas de la época. Su modestia era proverbial, y rechazó sistemáticamente todos los ofrecimientos que se le hicieron para desempeñar altos puestos administrativos. Falleció en Bogotá el 25 de mayo de 1898. Diez y seis años más tarde su hijo Lino coleccionó en un pequeño volumen algunas obras inéditas en prosa, con prólogo de Antonio José Restrepo. Su hermosa plegaria *A la Virgen de los Dolores* es calificada por este eminente literato como "oda sublime, de ejecución tan pura y acabada que ella sola puede entrarse por todo el Parnaso español a buscar su compañera entre los cánticos de los Luises y de los Juanes de la Cruz, de todos los místicos más ensalzados, segura de su triunfo, porque no tiene par".

SONETO

Dicen los encumbrados profesores
(y así será cuando lo dicen ellos),
que hacer sonetos que resulten bellos
es empresa de ingenios superiores.

Con perdón de tan clásicos señores,
yo no me precio de saber hacellos,
ni de tener del genio los destellos,
ni de las Musas merecer favores.

Pero así cual lo digo y lo confieso
los fabrico ligeros como espuma,
y maldita la gracia que hallo en eso.

Si se quiere una prueba de gran peso
aquí la tienen todos, porque en suma
hago el presente por probar la pluma.

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

En prenda de mi fe y en tu alabanza,
Virgen de los Dolores, te presento
esta humilde oración, que a más no alcanza,
pese a mi voluntad, mi entendimiento.
Expresión del cariño
que mi madre querida
me inculcó fervorosa desde niño,
y en las vicisitudes de mi vida
he guardado fielmente;
de ternura y amor mística nota,
reparadora y fuerte,
que de las peñas destrozadas brota.

Sabes cuánto he sufrido,
y cuántas veces por la fe inspirado
mi corazón te he abierto, y has oído
los ayes de mi espíritu angustiado:
en cuántas ocasiones,
estrella de consuelo,
en medio de mis hondas aflicciones
brillaste en las tinieblas de mi cielo:
de mi fortuna esquiva
en las acerbas horas solitarias,
tú, siempre compasiva,
acogiste mis íntimas plegarias.

¿Dónde mejor podría
buscar refugio el alma atribulada
que en ti, la Inmaculada
madre del Redentor y madre mía?
Tú, misericordiosa, tú que eres
de la virtud maestra,
bendecida entre todas las mujeres,
vida, dulzura y esperanza nuéstra:

Univ. of Arizona Library

tú, que nunca pecaste
y que fuiste de Dios templo y sagrario,
tú también apuraste
el cáliz del dolor en el Calvario.

¡Oh madre sin ventura!
Como el mar que la tierra circunvala
inmensa es tu amargura:
ningún dolor a tu dolor iguala!
Tú viste al Inocente
con furor implacable atormentado,
y entre el clamor de la iracunda gente
con el leño agobiado
que en sus llagados hombros conducía
marchar al sacrificio;
y le viste, befado en su agonía,
morir del criminal en el suplicio.

En tus sienes destella
la corona inmortal, pero quedara
incompleta si en ella
la rica joya del dolor faltara.
Madre angustiada y fuerte
del Mártir de la Cruz, con El sufriste
todo el rigor de su pasión y muerte;
con El nos redimiste;
y en la cruz enclavado,
de su martirio en el supremo instante,
de su amor impulsado,
ser Madre nuéstra te encargó expirante.

Nombre tan amoroso
santificado en tan amargo trance,
de tu sér generoso
¿qué habrá, Madre y Señora, que no alcance?....
De los hijos que amo
el proceloso porvenir te entrego,
Madre suya te llamo,
y los ampares como tal te ruego.

De tu amor la eficacia
de Dios el patrocinio solicite
siempre que la desgracia
hiera sus almas o su hogar visite.

Virgen santa, te ofrezco,
a tus benditas plantas prosternado,
todo cuanto padezco
ya de luchar y de sufrir cansado!....
De mi vida precaria
se acerca el fin: mi fosa he presentido
con su cruz solitaria
batida por el soplo del olvido;
acóge mi plegaria fervorosa,
y al devolver mis huesos a la tierra,
sé misericordiosa,
y en la paz del Señor mis ojos ciérra.

JOSE MARIA SAMPER

Nació en Honda el 31 de marzo de 1828. Desde su juventud se mezcló activamente en las luchas políticas, ya como periodista, ora como empleado público o bien como miembro de nuestros Congresos. Talento universal, escritor infatigable, Samper fue uno de los publicistas colombianos más conocidos en América y uno de los ingenios patrios más notables. Literato, jurisconsulto, economista, poeta, viajero, sobresalió en todos los ramos de la literatura útil o agradable. Durante algún tiempo tuvo a su cargo la redacción de "El Comercio", de Lima, uno de los primeros diarios de la América del Sur. Entre las muchas obras que dio a luz se destacan las siguientes: "Ecos de los Andes", poesías líricas; "Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Hispano-americanas"; "Viajes de un colombiano en Europa" (2 volúmenes); "Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada", "Colección de piezas dramáticas originales y en verso", "Miscelánea o colección de artículos escogidos", "Galería nacional de hombres ilustres o notables", "Historia de una alma" (memorias íntimas y de historia contemporánea), "Memorias académicas sobre la misión de la prensa y la historia del Derecho Constitucional", "Chile y su Presidente" (rasgo político-biográfico sobre don Domingo Santamaría), "Filosofía en cartera", "Derecho público interno de Colombia" (2 tomos), "El sitio de Cartagena en 1885", "Martín Flórez", "Un drama íntimo", "Florencio Conde", "El poeta soldado" y "Los claveles de Julia", novelas estas cinco últimas. Su actividad mental y la consagración a escribir que le distinguían eran enormes: comenzó la tarea siendo estudiante en 1844, como colaborador de "La Noche", periódico de oposición, y no terminó sino con la muerte; de modo que dejó escritas muy cerca de cincuenta mil páginas sobre política, literatura, viajes, historia, economía

y estudios sociales. Fue Secretario de la Legación de Colombia en Europa durante cinco años, y Ministro Plenipotenciario en Chile, cuyo puesto dejó para venirse a combatir en las murallas de Cartagena, en defensa de su causa (1885). Fue miembro del Consejo Nacional de Delegatarios que expidió la Constitución de 1886, y brilló en los debates de ésta por su elocuencia y erudición. El doctor Samper dejó de existir en Anapoima el 22 de julio de 1888.

BOLIVAR

Luz hecha espada, al universo alumbra;
hombre hecho rayo, sobre Iberia estalla;
y es el poeta-rey de la batalla,
y es el águila-genio que se encumbra!

Su alma de fuego el porvenir columbra;
su fe de heroico apóstol, avasalla;
la libertad fecunda con metralla;
su voz cautiva y su poder deslumbra.

Siembra, del Orinoco al Chimborazo,
laurel de gloria que a la patria inspira:
vida le da con su potente brazo;

Con lo imposible y lo eternal delira;
y el gigante, del mar en el regazo,
sobre la tumba de Colombia expira!

PLEGARIA

Hágase en mí según tu palabra!

Cielos! ¿qué es esto que mi mente oprime,
que lo más hondo de mi sér inquieta,
y al propio tiempo aumenta y apacigua
la borrasca de mi ánima sedienta?

Sedienta?... Sí, de luz y de esperanza,
de paz y caridad y de inocencia,
de amor y de virtud, y de sublime
fuerza para triunfar de mis flaquezas!

Señor, mi Dios! ¿qué fuerza misteriosa
en el fondo de mi alma se revela?
¿Qué espíritu secreto, indefinible,
en mi agitado corazón fermenta?

¿Es un tormento que castiga oculto
faltas que acaso ni dejaron huella;
remordimiento de olvidadas culpas
que la ceniza del dolor cubriera?...

¿Es un grito que, ahogado por la duda,
quiere estallar por fin en mi conciencia,
y hondo, y vago, y sin nombre me conmueve
como un gemido que a salir no acierta?

¿Quizás un himno que la voz del mundo
hizo callar, y el corazón recuerda;
llanto de amor, cuya escondida fuente
segó tal vez la vanidad soberbia?...

Ay! ¿es acaso que la luz divina
viene a romper de mi alma las tinieblas;
o que un secreto manantial de dichas
quiere brotar entre la hirviente arena?

Señor, mi Dios!... arránca de mi pecho
este hierro punzante que lo quema;
esta indecible agitación, que ansioso
quiero aplacar y a mi razón se aferra!

No me abandones si te busco amante;
óye mi grito de congoja extrema;
tórna hacia mí tu gracia omnipotente;
dáme tu luz y tu divina fuerza!

Señor! de hinojos, con humilde ruego,
tu infinita bondad y tu grandeza
vengo a implorar!... escúchame benigno
y apacígua de mi alma la tormenta!

Quiero creer.., y la traidora DUDA
cual serpiente que anida en mi conciencia,
me muerde el corazón... y de la herida
brota un veneno que mi sangre hiela!

Quiero creer! pero el mundano orgullo,
que es de Satán la miserable herencia,
alza delante de mi fe naciente
muro de hierro que tenaz me arredra.

Quiero creer! porque presiente mi alma
que del Señor la claridad inmensa
ha de inundar el insondable abismo
do mi espíritu halló sólo tinieblas.

Quiero creer!... porque la fe es la vida
de un alma fuerte que a su Dios venera;
porque sin ella el porvenir es triste,
desolada y horrible la existencia.

Y tú, mi dulce madre, ángel bendito,
sol de mi cielo de visión secreta,
beldad de mis amores infantiles,
consuelo santo de mis hondas penas;

Tú que enjugaste mi cuitado llanto;
que con tus besos y caricias tiernas
me enseñaste de Dios el dulce nombre
y me diste de fe la luz primera....

¿Ha de decirte mi impiedad estéril
eterno adiós sin esperanza?... ¿Y quedan
sólo tu nombre, tu memoria santa,
tu sepulcro y tu amor para mi herencia?

Ah, no, mil veces! Olvidar prefiero
cuánto la ciencia mundanal enseña!
Perezca toda mi ambición profana
con tal que pueda yo seguir tus huellas!

Oh, sí! Yo quiero que hasta el cielo alcancen
mis brazos a estrecharte! Que tú seas
entre Dios a quien busco y mi alma ardiente
lazo invisible de unidad eterna!...

Y tú, mi amante esposa, que prodigas
pura savia a mi amor, a mi alma fuerza;
que eres de mis encantos el encanto,
de mi dolor la dulce compañera;

Tú que no sólo con tu amor me diste
tu alma, tu vida, tu ilusión más bella,
sino también mis adorables hijas,
tesoro inmenso de mi dicha inmensa...

¿Será posible que tu amor y el mío
divorciados estén en su creencia,
y al Cristo-Dios a quien humilde adoras
tu amante esposo su oración no ofrezca?

¿Será posible que al cubrir de besos
de nuestras hijas las mejillas frescas,
tenga yo que pensar con amargura
que no tendrán mi religiosa herencia?

Oh! ¿y es forzoso que al sentir la mano
de noble amigo que la mía estrecha,
dos corazones que juntó el cariño
juntos no acepten la verdad eterna?

Oh, no más dudas!... Mi criterio vano
cede y se rinde ante la luz suprema
que Dios destella sobre mi alma, ansiosa
de confianza, quietud y fortaleza.

Señor! Yo acepto tu divino credo,
tu cruz, tu cielo, tu eternal promesa,
tu insondable misterio de prodigios,
tu redención y tu inmutable iglesia.

Yo lo confieso, y a tus pies humilde
imploro tu perdón y tu clemencia!
En tu Divina Majestad confío;
hágase, oh Dios, tu voluntad suprema!

A ti encomiendo mi alma arrepentida;
mi esperanza será tu Providencia;
y con los ruegos de mi santa madre
te rindo de mis lágrimas la ofrenda!...

Julio 29 de 1865.

TEODORO VALENZUELA

Nació el 18 de julio de 1828 en Buga, de una familia originaria del departamento de Santander. Habiendo hecho sus estudios en las Universidades de Bogotá y Popayán, recibió el título de abogado en esta última ciudad en 1849. Se hizo conocer en el foro de Bogotá y en la prensa política radical. Entre los diversos empleos públicos que sirvió se cuentan los de diputado a la legislatura y Secretario de Gobierno del Estado de Cundinamarca, Senador al Congreso federal por el mismo Estado, Ministro de Relaciones Exteriores de la primera administración Murillo, Ministro Plenipotenciario especial para arreglar el asunto de límites con Costa Rica, y por dos veces Ministro Residente de Colombia en las Repúblicas del Pacífico. Falleció en esta ciudad el día 6 de mayo de 1898.

JORGE WASHINGTON

No fue como Alejandro, cuya espada
al herir en el mármol de la historia,
hizo brotar los rayos de la gloria
en presencia del Asia esclavizada;

Ni César fue que en la ciudad sagrada
que conserva de Bruto la memoria,
al carro triunfador de la victoria
ató la libertad despedazada.

No fue como Bolívar, el guerrero
poeta de las lides, y el tirano
de la fortuna, que templó su acero:

Fue el primero, el más grande ciudadano
en paz y en guerra, como fue el primero
en el amor del pueblo americano.

EPIFANIO MEJIA

Nació en Yarumal en 1830. Es considerado como uno de los mejores poetas antioqueños. Fue recluído en el manicomio de Medellín desde 1880, y allí permaneció, en estado completo de incapacidad mental, durante el resto de su larga vida. Dícese que la causa de su mál fue la consagración con que se dedicó a componer un poema titulado "Amelia". Sus poesías pertenecen, en su mayor parte, a la escuela de don Antonio de Trueba, de quien fue, con José María Vergara y Ricardo Carrasquilla, uno de los más decididos imitadores que tuvo en Colombia. En 1902 se publicó en Medellín una colección de sus versos, con un discurso preliminar de Juan de Dios Uribe. Después de treinta y tres años de encierro y de locura falleció este ilustre poeta, precursor del *nativismo* tan de moda hoy, en el año de 1913.

LA TORTOLA (1)

Joven aún entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido:
la vio la noche calentar sus huevos,
la vio la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa....
¡y sin embargo disparó su tiro!
Ella la pobre, en su agonía de muerte
abrió las alas y cubrió a sus hijos!

Toda la noche la pasó gimiendo
su compañero en el laurel vecino:
cuando la aurora apareció en el cielo
bañó de perlas el hogar ya frío....

---

(1) Esta hermosa "miniatura de alto precio", más bella y poética que "La muerte del chingolo" del uruguayo Fernán Silva Valdés, figura en alguna colección de recitaciones publicada en Chile, como original del gran poeta francés Víctor Hugo. El colector de esta *Antologia* tuvo ocasión de oír tan despampanante nueva de labios de una gentil dama boliviana, que urgida en una fiesta que se celebraba en los salones de la Legación de Chile en La Paz, para que recitara algo, escogió las estrofas de nuestro inmortal poeta-loco, advirtiendo a la concurrencia que eran del genio romántico francés. Al pedirle explicaciones dijo que así lo había aprendido en el colegio santiaguino de su educación y se refirió al libro aludido.

Valga esta nota para decir de una vez por todas a los lectores de Hispano-américa que la poesía reproducida en esta página es nuéstra y muy nuestra, pues fue producto de la inspiración del colombiano Mejía, quien, por más señas, la publicó por primera vez en "El Oasis", periódico literario de Medellín, número 31—1.º de agosto de 1868—bajo el título de "La historia de una tórtola. À mis amigos J. M. y À. M." y al pie de su firma puso esta fecha: *Medellin, julio 30 de 1868.*

LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero, y maniatado, y triste,
sobre la tierra quejumbroso brama
el más hermoso de la fértil vega,
blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado;
el bruto ve con timidez el arma,
rompe el acero palpitantes nervios:
chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
el arma brilla purpurina y blanca;
se queja el bruto y forcejando tiembla,
el ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
los negros *guales* de cabeza calva,
fijan el ojo en el extenso llano
y al matadero, desbandados bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
que oye la queja en la vecina pampa,
y densas nubes de revuelto polvo
caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
corre el ganado por las verdes faldas,
huele la sangre.... y el olor a muerte
quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible;
por eso lloran la común desgracia
en ese clamoroso *de profundis*
que todos ellos a los vientos lanzan.

JOSE DAVID GUARIN

Nació en Quetame el 28 de noviembre de 1830. Escritor muy conocido en la literatura colombiana, como uno de los críticos sociales más originales de su tiempo. Fue redactor en jefe de los periódicos literarios "El Mosaico", "El Iris", "La Tarde" y "La Pluma". Como hombre público desempeñó la Secretaría general del Estado de Boyacá y fue Prefecto de algunos departamentos, diputado a varias Asambleas de Cundinamarca, Procurador en Santander y en Cundinamarca, Secretario de la Cámara de Representantes en 1874 y Cónsul de la República en San Francisco de California. Figura en primera línea entre nuestros escritores de costumbres, y gozó de gran popularidad "como todos aquellos autores que saben decir cosas interesantes en una forma que, ni carece de atractivo literario, ni es tampoco inaccesible a la mayoría del público, por su misma perfección artística y su aristocrático refinamiento", según lo expresa con acierto Gómez Restrepo. Mas, para este eminente crítico, lo mejor de Guarín no está en sus obras en prosa, sino en la conmovedora meditación titulada "La Soledad", verdadera obra de arte que le aseguró para siempre un puesto en el Parnaso colombiano. Es también autor de varias novelas, como "Las bodas de un muerto", "Las aventuras de un santo" y "Las tres semanas". De sus aplaudidos artículos de costumbres hizo en vida tres ediciones. Falleció en Chiquinquirá el 9 de diciembre de 1890.

LA SOLEDAD

Salve, tranquila soledad augusta,
dulce consuelo del que sufre y calla,
ángel que cruzas con quietud el mundo,
amiga del misterio y de la calma!

A ti se acoge el pobre miserable
y aquel que siente torturada el alma;
te bendice el que goza y el que sufre,
y ambos te ofrendan, soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
que entre los hombres sociedad se llama,
ni entre la pompa de salones regios,
donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
que se entapizan con la fresca grama,
donde destila tembladora gota
que nace, brilla y al caer acaba!

Entre los bosques corpulentos árboles
arcos te forman con sus verdes ramas,
y vense templos en que son columnas
los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
cuando la noche viene o la mañana,
te dan perfumes las silvestres flores
que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
que en tus altares en tu honor se canta,
o el rumor leve de arroyuelo humilde,
o el ronco trueno de la gran cascada.

También te arrulla suspirante brisa
cuando a las flores con su amor engaña,
cuando retoza con las hojas secas,
cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras;
sea en la choza o infeliz barraca,
o en el palacio que ruinoso oculta
entre la hiedra su perdida fama.

Y eres más grande, soledad, si vienes
cuando la luna con quietud derrama
sobre la tumba y la ciudad dormidas
tristes reflejos de color de plata.

Cuando el Vesubio conmovido arroja
de entre su seno la tremenda lava,
y cuando herida por su luz de infierno,
su faz la luna tras las nubes guarda.

Tú das la pompa y majestad severas
a esos desiertos que oceanos llaman,
donde lo grande, lo profundo, inmenso,
deja extasiada con horror el alma.

Del Chimborazo en la nevada cima
sólo la huella de tu pie se estampa;
la sombra a veces del condor andino,
la majestad de Dios, después.... la nada!

Se agita el hombre por hallar un límite
del ancho espacio en la región callada,
y allá en lo vacuo, lo infinito, aéreo,
más te contempla cuanto más avanza.

Y atrás dejando al astro que en la noche
su luz tranquila por doquier derrama,
allá te admira que la sombra eres
del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora,
busca el desierto donde todo calla,
y allí pronuncia el adorado nombre
que entre su pecho con sigilo guarda.

Y en ti confía, soledad divina,
y en tu presencia de su amor ensaya
la triste queja y sus dolientes gritos,
vertiendo a veces quemadoras lágrimas.

¡Cuántos secretos poseerás tú sola
de esos que ocultos a la tumba pasan,
y cuya historia para todos muerta
nos desgarrara de dolor el alma!

Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
por brazo aleve que asestó a mansalva,
como la cierva que al sentirse herida
corre a los bosques a lamer su llaga;

corro a ocultarme en el querido albergue
donde mi esposa con mi hijo aguardan,
y allí entre halagos en silencio arranco
la espina aguda que clavó la infamia.

Tú que me escuchas los supremos ayes
cuando la pena el corazón desgarra,
que sabes los secretos de mi vida,
que oculta, triste y en silencio pasa;

¡No me abandones en la tumba, amiga!
No quiero gloria. ¿Para qué desearla?
¡El recuerdo sincero de los míos
y tu sombra en mi huesa.... ¡eso me basta!

JOSE MARIA VERGARA Y VERGARA

Nació en Bogotá el 19 de marzo de 1831. Desde muy joven figuró entre los más sobresalientes literatos de su patria. A una instrucción profunda y variada unía un corazón de oro. Vergara y Vergara, alma esencialmente religiosa, espíritu recto, con verdadera sensibilidad de poeta, sucumbió al empuje de una desgracia de familia, a la cual no sobrevivió sino pocos años. La muerte de su esposa ocasionó en el delicado sentimiento de este escritor, una de esas revoluciones íntimas a que sólo se hallan expuestas las almas de imaginación ardiente, y no pudo sobreponerse a ella. Entre sus obras más notables figura su interesante "Historia de la literatura en Nueva Granada", trabajo de erudición y de talento, que bastaría para conservar entre sus conciudadanos la memoria del gran patriota que tánto se preocupó por rememorar las glorias colombianas. Dejó también una admirable novela de costumbres, "Olivos y aceitunos todos son unos", y una colección de sus poesías titulada "Versos en borrador". Vergara y Vergara fue secretario de la Legación de Colombia en Francia e Inglaterra, por espacio de dos años, y aprovechó su permanencia en Madrid para dar a conocer allí nuestra literatura, contribuyendo con ello a que la Academia Española pusiese resueltamente por obra el pensamiento de establecer en América Academias correspondientes. A su regreso a la patria instaló la de Colombia, y fue su primer Director. Al año siguiente falleció en Bogotá, el 9 de marzo de 1872. De sus celebrados artículos literarios y de costumbres se han hecho dos ediciones: la primera en Bogotá, 1884, en la colección de *Escritores colombianos,* de Ignacio Borda; la segunda en Londres, 1885, bellamente impresa por don Juan M. Fonnegra.

RECUERDOS

A mis hermanas

Dulces memorias,
dulces recuerdos,
que el hombre guarda
del niño tierno!
Vagos aromas
que trae el viento
de mis llanuras,
de mis oteros,
do jugué niño
há tánto tiempo....
Pasad, memorias!
Pasad, recuerdos!

No paséis nunca,
dulces recuerdos!
Cierro los ojos
y al punto veo
de Casablanca
los limpios cerros,
y al pie la casa
de alegre aspecto
y el jardincillo
que hoy es ajeno.
De aquí diviso,
como entre sueños,
la abierta reja
del aposento
do antes estaba
mi blanco lecho.
Yo me extasiaba
oyendo el viento
que en los cristales
silbaba recio,
o me dormía,
de calma lleno,
porque mi madre
mi rostro viendo
guardaba amante
mi quieto sueño.
¡Pasad, memorias!
¡Pasad, recuerdos!

¡No paséis nunca,
dulces recuerdos!
Cierro los ojos
y al punto veo
sobre un ribazo
un niño tierno,
con su cometa
que empuja el viento:
Y al fin del llano
un pobre viejo
que va marchando
doliente, trémulo,
mendigo, solo,
triste y enfermo....
¡Fui yo ese niño,
soy yo ese viejo!....
¡Ay mi cometa
que echaba al viento!
¡Ay mi ribazo
cabe el riachuelo!....
¡Pasad, memorias!
¡Pasad, recuerdos!

¡No paséis nunca,
dulces recuerdos!
Cierro los ojos

y al punto veo
hender el lago
mi barquichuelo
de blandos juncos
y ramas hecho.
Nubes de patos
toldan el cielo,
o en los juncales
velan sus huevos.
Las mansas *caicas*
con lastimeros
ayes defienden
a sus hijuelos,
y los ribazos
se ven cubiertos
por los corrillos
de firigüelos.
Suelto en el llano
mi potro bello,
brinca, escarcea,
en locos juegos;
y me vigila
mi noble perro
adivinando
mis pensamientos.
¡Pobre *Carbunco!*
Yo te vi muerto
en los jarales
de nuestro cerro....
¡Pasad, memorias!
¡Pasad, recuerdos!

¡No paséis nunca,
dulces recuerdos!
Cierro los ojos
y al punto veo
una camita
con blancos lienzos
y colgadura
de lino fresco....
Es alta noche,
noche de invierno:
braman las vacas
por sus hijuelos,
y les contestan
desde el chiquero
los terneritos
llenos de miedo.
En las ventanas
se queja el viento,
mientras golpea
el aguacero
sobre la paja
del caro techo.
Un altarcico
de flores lleno
con una imagen
divina veo....
Al pie una madre
murmura un rezo
por sus hijitos
que, con el sueño,
con la fatiga
de tántos juegos,
sobre sus faldas
fueron cayendo,
calor buscando
sobre su seno....
Eras tú, madre,
a quien no veo
há tántos años,
há tánto tiempo!
¡Ay, madre amada!
¡Ay! ¡Ay del huérfano!...
¡Pasad, memorias!
¡Pasad, recuerdos!

ARCESIO ESCOBAR

Nació en Medellín el 16 de julio de 1832. Viajó como Secretario de la Legación colombiana por el Perú y Chile, desde 1859 hasta 1862. La mayor parte de sus poesías pertenecen al género lírico. Es autor de un bello poemita narrativo titulado "Gabriela", que permaneció inédito hasta después de su muerte, y fue publicado por primera vez en *El Iris*, de Bogotá, a iniciativa de Vergara y Vergara. Aparte de su opúsculo "Antioquia" y de otro en elogio de Julio Arboleda, que fueron reproducidos en periódicos colombianos y ecuatorianos, pueden citarse los siguientes escritos en prosa de Escobar: "Discurso en la inauguración de la estatua de Bolívar en Lima" (1859), "Los partidos políticos en las Repúblicas hispano-americanas" (1861), "La poesía y la historia en la América Latina" (1861), "Carta literaria a Enrique del Solar" (1862) También merecen mencionarse los dos folletos políticos, intitulado el uno "Confederación Granadina", y el otro "El clero católico y la libertad en Nueva Granada". Los artículos sobre costumbres limeñas, "Chorrillos", "La Tapada" y "El Carnaval", que, bajo el seudonimo de *Omar*, aparecieron en la *Revista del Pacífico*, de Valparaíso, se reputan como los trozos más brillantes de la prosa literaria de Arcesio Escobar. Murió el 9 de febrero de 1867, navegando entre Santo Tomás y Nueva York.

LA PARTIDA

(Traducción de Byron)

Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa de la mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
en donde queda la mujer hermosa,
ay!, la sola mujer que pude amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
y mi abatida frente reclinar
en aquel seno que por mí latiera,
quizá no abandonara esta ribera
y a la sola mujer que pude amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
que fueron mi contento y mi pesar:
hoy los amo a pesar de sus enojos;
pero abandono a Albión, tierra de abrojos,
y a la sola mujer que pude amar.

Y rompiendo las olas de los mares
a tierra extraña patria iré a buscar;
mas no hallaré consuelo a mis pesares,
y pensaré desde extranjeros lares
en la sola mujer que pude amar.

Como una viuda tórtola doliente
mi corazón abandonado está;
porque en medio la turba indiferente
jamás encuentro la mirada ardiente
de la sola mujer que pude amar.

El sér más infeliz halla consuelo
en brazos del amor o la amistad;
pero yo, solo en extranjero suelo,
remedio no hallaré para mi duelo
lejos de la mujer que pude amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
mas no han hecho mi seno palpitar;
que el corazón ya estaba consagrado
a la fe de otro objeto idolatrado,
a la sola mujer que pude amar.

Adiós, en fin! Oculto en mi retiro,
en el ausente nadie pensará,
y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
me dará la mujer por quien deliro,
ay!, la sola mujer que pude amar.

Comparando el pasado y el presente,
el corazón se rompe de pesar;
pero yo sufro con serena frente,
y mi pecho palpita eternamente
por la sola mujer que pude amar.

Su nombre es un secreto de mi vida
que el mundo para siempre ignorará,
y la causa fatal de mi partida
la sabrá sólo la mujer querida,
ay!, la sola mujer que pude amar.

Adiós! Quisiera verla.... mas me acuerdo
que todo para siempre va a acabar....
La patria y el amor, todo lo pierdo....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
de la sola mujer que puedo amar.

RAFAEL POMBO

Nació en Bogotá el 7 de noviembre de 1833. Recibió su primera educación en la escuela del maestro Damián Cuenca, después estudió literatura en el Seminario Conciliar y en el Colegio del Rosario, y, por último, siguió la carrera de ingeniero hasta doctorarse en el Colegio Militar de la misma ciudad. En 1855 partió para Nueva York como Secretario de la Legación granadina de que era jefe el general Herrán. Asociado a José María Vergara fundó en 1852 "La Siesta", periódico literario del que no se publicaron sino 13 números, que encierran en sus columnas varias de sus traducciones de Byron y sus primeros versos románticos. Colaboró ocasionalmente en muchos periódicos literarios y políticos, siendo su labor favorita escribir en pro del fomento de las bellas artes. Sus versos amatorios, y en especial los que firmó con el seudónimo de *Edda,* le dieron fama americana; aquellas conocidísimas estrofas fueron escritas en 1853, cuando Pombo fue a conocer el valle del Cauca, y fueron traducidas en versos ingleses por tres poetisas de los Estados Unidos, de la misma manera que otras composiciones suyas, como la intitulada *Cadena,* que fue vertida a aquel idioma por Longfellow. No quiso en vida coleccionar sus versos, que anduvieron regados en cien o más periódicos de las dos Américas. Sus tareas diplomáticas, que fueron fecundas para la patria, no le impidieron traducir con maestría sin par a Homero, Virgilio, Horacio, Shakespeare, Victor Hugo, Goethe y a muchos otros poetas de las principales lenguas y naciones. Falleció en Bogota el 5 de mayo de 1912. Sus obras en verso fueron publicadas en cuatro grandes volúmenes, por disposición del Congreso Nacional, y es una lástima que no se hayan coleccionado del mismo modo sus numerosos artículos de crítica literaria, bellas artes, instrucción pública, historia y biografía, religión, derecho internacional y política.

DE NOCHE

La vieillesse est une voyageuse de nuit

Chateaubriand

No yá mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días....
Oh patria! Oh casa! Oh sacras musas mías!
Silencio!, unas no son, otras me niegan!

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías;
y del rumor de ajenas alegrías
los dejos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. ¡Dichoso el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche,
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el Cielo.

EN EL NIAGARA

(Contemplación)

(Dedicada en prenda de respetuosa admiración y de profundo reconocimiento a la señora María Juana Christié de Serrano).

¡Ahí estás otra vez....! El mismo hechizo
Que años há conocí, monstruo de gracia,
Blanco, fascinador, enorme, augusto,
Sultán de los torrentes,
Muelle y sereno en tu sin par pujanza.
¡Ahí estás, siempre el Niágara! Perenne
En tu extático trance, en ese vértigo
De voluntad tremenda, sin cansarte
Nunca de ti, ni el hombre de admirarte.

¡Cómo cansarse! La belleza activa,
La siempre viva, porque siempre pura,
No puede fatigar. Hija perfecta
Sin medio humano, del excelso *fiat*
Que perpetuaron leyes inviolables
En su incesante acción; mimada hermana
Del firmamento, de la luz, del aire;
Huésped no expulsa del edén perdido;
Esta hermosura es creación constante
Y original, donde trasciende el soplo
De su autor soberano. Algo nos dice
Que allí está Dios: el néctar de embeleso
Y de reparación que a un tiempo mana.
Al contemplarla, en nuestro fondo bullen
Los dormitados gérmenes divinos,
Cual hierve al sol el ánima viviente
De la naturaleza; y surge ansioso
El amor de familia, el de la eterna

É indisoluble; y como al mar la gota
Emancipada al fin de térreos lazos,
Como del pecho de la madre el niño,
Mudos de íntimo gozo nos prendemos
En comunión de eternidad con ella.
¿Podrá Dios fatigar? ¡Ah! en lo que hastía
Hay encanto letal, triste principio
De inercia, hostil a Dios, germen de muerte,
Gangrena de las almas secuestradas
De su raudal vivífico....
Mas ¿dónde
Mi mente descendió? Llámala al punto,
¡Oh Niágara! y en ti la imagen vea
De las almas triunfantes; mire al héroe
Sublime en su martirio; al genio mire
Sereno en la conciencia de su fuerza.
Distráeme, diviérteme, museo
De cataratas, fábrica de nubes;
Mar desfondado al peso de tus ondas;
Columnas que un omnipotente Alcides
Descolgó del Olimpo, entre dos vastos
Mediterráneos piélagos de un mundo.

Sigues, gigante excéntrico, gozando
Tu solitaria, inmemorial locura,
Digna de un Dios. Descadenada sueltas
Del valle por la rápida pendiente
Tu oceánica mole, y poseído
Del rapto a que impetuoso te abandonas,
Ebrio del regocijo de tu fuerza,
No adviertes que ya el hombre ha sorprendido
Este retozo de titán, violando
La agreste soledad, y que en tus bordes
La hormiga semidiós bulle y se empina
Al medirse contigo.... ¡Ah, qué te importa!
No cabes en la tierra, y de un arranque
Vas a tomar por lecho el oceano.

De los más lejos términos del globo
A visitarte vienen y a elevarse
Con tu contemplación, reconociéndote
Sin rival hermosura. En tus orillas
Un sentimiento en lenguas mil proclama
La grandeza de Dios y el inocente
Triunfo de la inmortal naturaleza.
Heredia te tributa entusiasmado
El Niágara de su alma, pavoroso
Muy más que el de tus ondas; el activo
Cíclope anglosajón, probando al mundo
Que es digno amo de ti, con puente aéreo
Salva tu abismo inmenso, y por su mano
Te da su abrazo atlético de hierro
Esto que el hombre (insecto de un instante
Y atolondrado por su instante) llama
La civilización. El cielo mismo
Tiende a tus pies esos divanes de ángeles,
Nácar del firmamento, y oponiendo
A un puente, mil; al arte de los hombres
El del Señor, suspende caprichoso,
Cual la sonrisa de la paz del alma
Entre los estertores del que muere,
Su iris tranquilo en medio a tu desastre.

Basta para tu gloria, insigne muestra
Del manantial de las bellezas; ara
De la perpetua admiración del hombre.
Yo nada podré darte, aunque aspirara
A unir mi nombre a tu famoso nombre;
Que soy la misma sombra que otro día
A tus umbrales se asomó impasible,
Fantasma evanescente que en silencio
Va atravesando entre tu niebla fría....
Si al estruendo volcánico, profundo
De tu derrumbamiento, cimbra en torno
La tierra estremecida, el viento llora
Y aún tu cuenca de piedra conmovida,

Sonora te responde; ¡ay! entretanto
Sordo mi corazón no te percibe
Ni en mi alma hierve el frenesí del canto.

Pero ¿qué a ti, si el mismo de aquel día
Ahí estás, en tu pompa y magno aliento,
Como yo aquí, perenne en mi aislamiento
Y en su tedio infinito el alma mía?
Hoy te recorren otra vez mis ojos,
Mustios y melancólicos como antes,
Divino anfiteatro
Do entre un misterio de borrasca y nieblas
Luchan, cual en eterna pesadilla,
Monstruos de roca y amazonas de agua.
En mí no hay lucha, nó; y en tu presencia,
Más que tu alta beldad, me maravilla
Mi absorta postración, mi indiferencia.

Ese lago de leche que dormido
Yace a tus pies; esas tendidas hojas
De cuajada esmeralda, opacas, turbias,
Manto marino que tu cauce vela,
Cuyas inertes, aplanadas olas
Atónitas al golpe, ignoran dónde
Seguir corriendo; ese ancho remolino
Que abajo las aguarda, y retorciéndose
Al empuje del mar que lo violenta
Yérguese al centro, y cual pausada boa
En silencio fatal se enrosca, y nunca
Suelta la presa que atrayente arrolla;
Allí más bien estoy; *ese* el mar muerto
De mi existencia, y el designio arcano
Que en giro estéril me aletarga y me hunde.

¿Dónde, oh Heredia, tu terror? Lo anhelo
Y no puedo encontrarlo. ¡Ah! no serías
Tan infeliz cuando esto te aterraba.
Si aquí la dicha palidece y tiembla,

Aquí por fin respira
La desesperación: sobre estos bordes
Alza ella sus altares; de ese abismo
En el tartáreo fondo,
A voluptuosidades infernales
Un genio tentador la está llamando...
Nó, nada alcanza a dar pavor en toda
La alma naturaleza; el mál más grave
Que hace, es un bién: servirnos una tumba,
Un lecho al fatigado. Ella es un niño,
Siempre inocente, y candorosa, y dulce,
Nodriza en fin que la bondad del cielo
Concedió al hombre...
El hombre, ese es el monstruo
(Bien lo supiste, Heredia) ese es el áspid
Cuyo contacto me estremece; el áspid
Que cuerpo y alma pérfido emponzoña.
Sempiterno satán de ajenas vidas
Y aun de la propia; turbador de tánto
Terrenal paraíso que natura
Brinda obsequiosa, y de cualquiera escena
De orden y paz, beldad que a su memoria
Presentará la aborrecida imagen
Del malogrado bienestar celeste.
El hombre, injerto atroz de ángel y diablo,
Enemigo mortal de cuanto asciende
La escala etérea en descollante copia
De la Divinidad... ¡Aparte, oh monstruo!
¡Aquí Naturaleza! Yo, a la vista
De este río de truenos—fulgurante
Cometa de las aguas—no querría
Si no abrazarme dél, como aquel iris
Que en su columna espléndida serpea,
Y como él, ni sentido ni sensible,
Desparecer... Eres tan grande, oh Niágara,
Es tan irresistible tu embeleso,
Tu majestad, que el infortunio humano,
A no haber otro dios, te adoraría;

Dios de la blanda muerte, a quien en vano
Jamás acudiría
A descargar su insoportable peso...

—¡Perdón, oh madre mía,
Mártir idolatrada! Hoy es la fecha
En que allá en nuestro hogar, alegre un tiempo,
Tu nombre festejábamos. ¡Imploro
De hinojos tu perdón! No es culpa tuya
Deberte yo tan miserable vida.
Hoy me salvas de nuevo; hoy, por tí sola,
Por tu ternura infatigable, ardiente,
Tu hijo infeliz se inmola,
Se inmola, sí, viviendo nuevamente...

Aquí, al salir del templo, venir usan
Los desposados. Su segundo templo,
Su ara de amor es ésta; aquí se sienten
Como fuéra del mundo, y ya en los brazos
De ese Dios, todo amor, todo clemencia,
Que los bendijo; y al más bello y puro
Torrente arrojan el jazmín primero
De su fresca guirnalda...

¡Duérme, duérme,
Casta y dulce visión! duérme al arrullo
Del mismo padre Niágara que un día
Recién nacida te arrulló *, y no há mucho
Recién feliz te prometió arrullarte.
Duérme, y al par que a tus *guirnaldas* llegue
El perdurable réquiem que él te canta,
Llegue a tu alma mi oración profunda,
Llegue mi bendición a tu memoria.
Bendita porque amaste; más bendita
Por no ser ya mujer, porque moriste,
Y desapareciste, y descansaste,
Y descansó mi espíritu en tu fosa.

* En la vecina ciudad de Buffalo. Las *guirnaldas* a que luégo se alude, son las sepulcrales, muy numerosas en los cementerios norteamericanos.

Todo acabó, perfectamente todo,
Como el Señor lo quiso... Hoy el ausente
Regresa al fin cerca de ti. Bien cerca
Estamos otra vez: tú en tu sepulcro
Muerta, es verdad... y yo quizá más muerto
Que tú, sobreviviéndome a mí mismo...
¡Silencio, paz! No turbarán mis voces
A la que fue; más fácil turbarían,
Niágara, tu tremendo arrobamiento.

En ti parece que comienza el mundo
Soltándose de manos del Eterno
Para emprender su curso sempiterno
Por el éter profundo.
Eres el cielo que a cubrir la tierra
Desciendes, y velada en blancas nubes
La majestad de Dios baja contigo.

Siempre nuevo, brillante, en movimiento;
Siempre fecundo, poderoso y fuerte
Como el vivo raudal de hirviente savia
Que de los pechos deslumbrantes brota
De la madre común naturaleza,
Despliegas tu grandeza en tu caída,
Y alzas de aquel abismo al firmamento
El himno de la fuerza y de la vida.
Mas para mí la vida es un sarcasmo,
Mi mundo ha concluído,
Mi alma es hoy incapaz del entusiasmo,
Y al quererte cantar, mi canto fuera
Del despecho el rugido,
O un de profundis de cansancio y muerte.

Por variar de tedio únicamente
A contemplarte, Niágara, he venido;
Y al volverte la espalda indiferente,
Limpio de tu vapor mi helada frente
Y te pago tu olvido con olvido.

JOSE IGNACIO TRUJILLO

Nació en Bogotá el 4 de febrero de 1833. Empezó a figurar desde muy joven en la vida pública, tomando una parte activa y entusiasta en las luchas políticas del país. Estuvo en las filas del ejército del Cauca a las órdenes del ilustre Julio Arboleda, y alcanzó en la carrera militar el grado de coronel. Muerto su jefe en 1862, Trujillo, que era amigo íntimo y compañero leal de aquel caudillo, abandonó la vida ruidosa de las armas para ocuparse en otras tareas más tranquilas y provechosas. Sucesivamente profesor, viajero, escritor, comerciante, poeta, llevó una vida sumamente agitada y laboriosa. En 1867 se estableció en Costa Rica, donde residió durante ocho años. Desempeñó papel importante en la política y administración de esa República, como redactor de varios periódicos y como consejero de sus gobiernos. En calidad de tal, Trujillo acompañó en 1872 al general Guardia, presidente de Costa Rica, en su viaje por los Estados Unidos y Europa. Como poeta, gozó en su tiempo de una gran reputación. En 1873 dio a luz en París un volumen de sus poesías, con el título de "Horas de solaz". Regresó a Colombia en 1875, y se mezcló de nuevo en la política. Hizo la campaña de 1876 en favor del partido conservador. Después de 1885 fue Senador, Magistrado de la Corte Suprema, Rector en dos ocasiones de la Escuela Nacional de Derecho, Ministro de Instrucción Pública en la administración de don Carlos Holguín y Gobernador de Cundinamarca. Falleció en Bogotá el 1.° de noviembre de 1911.

SI YO VOLARA

(A Angélica)

Las mariposas como la nieve
que en la ribera yo vi brillar
sueltan sus alas al aura leve
sobre la mar!

Ay! mariposas blancas y bellas,
si vuestras alas tuviera yo,
nunca vagando vendría con ellas
de flor en flor!

Sabes hermosa flor cuyas galas
ornan la senda de mi existir
lo que yo hiciera con esas alas
lejos de ti?

Desde esta playa tendiera el vuelo
sobre las ondas del mar azul,
y atravesando todo ese cielo
bañado en luz,

sin inquietarme de prado ameno,
de umbrosa gruta ni gaya flor,
fuera a posarme sobre tu seno,
loco de amor.

DIEGO FALLON

Nació el 10 de marzo de 1834 en Santa Ana, cerca de Mariquita. Educóse en Bogotá en el Seminario de los jesuítas, y después estudió en Inglaterra, patria de su padre, ingeniería y música. De esta última y de otros ramos fue profesor en la capital. Sus escasas en número pero excelentes poesías figuran en un tomo de poetas contemporáneos, con prólogo de don Miguel Antonio Caro. De genio artístico y de facultades analíticas fue inventor de un nuevo sistema de notación musical, por el cual enseñaba, y del que publicó algunas muestras, con tipo común de imprenta. Fue también compositor original en este ramo de las bellas artes. Gozó de la intimidad del círculo notable de literatos bogotanos, quienes lo consideraban como el más ameno contertulio y uno de los más aventajados cultivadores de las musas. Murió en Bogotá el 13 de agosto de 1905.

ESPEJO

A solas, de tu sér en el abismo,
el alma de continuo ve delante
un espejo que copia su semblante
y la intención y el pensamiento mismo.

Allí el alma en secreto dialoguismo
se condena o se absuelve a cada instante;
la voluntad, ya esclava, ya triunfante,
contempla allí su afrenta o su heroísmo.

De la verdad la austera comitiva
formada en cuadro a la invasión resiste
de la osada, fantástica Inventiva;

Y allí su egregia potestad reviste
la memoria, que imparte compasiva
su propia vida o la que ya no existe.

LA LUNA

Ya del Oriente en el confín profundo
la luna aparta el nebuloso velo;
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada;
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por sólo rumbo la región vacía,
y la insondable soledad por manto.

Cuán bella, oh luna! a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
el campanario blanco de la aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vense a tu luz las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, oh luna,
vuelvo al través de solitarias breñas
a los lejanos valles, do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

Oh! y estas son sus mágicas regiones,
donde la humana voz jamás se escucha,
laberintos de selvas y peñones
en que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del caos, por el mundo errantes;
náufragos restos de la antigua Nada,
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
luce del cerro en la áspera pendiente;
y a trechos ilumina en la espesura
el ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
cuando en la espuma del raudal retoza;
o con la fuente llora que perdida
entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
hendiendo el bosque a penetrar alcanza;
y alumbra al pie de despeñadas linfas
de las ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
ni árbol ni flor en el desierto agita:
no hay en los seres voz ni movimiento;
el corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la muerte!
Hé aquí el silencio! Sólo en su presencia
su propia desnudez el alma advierte,
su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
que del silencio la insondable calma
de los sepulcros es tremendo grito
que no oye el cuerpo y estremece el alma.

Y a su muda señal la fantasía
rasgando altiva su mortal sudario
del infinito a la extensión sombría
remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende;
y desde allí contempla arrebatada
el piélago de mundos que se extiende
por el callado abismo de la nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
de oscuridad las selvas seculares,
de hielo el polo, de verdor la tierra
y de hondo azul los cielos y los mares,

echó también sobre tu faz un velo,
templando su fulgor para que el hombre
pueda los orbes numerar del cielo,
tiemble ante Dios y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
a sumergirme torno entre mí mismo;
y se pierde otra vez mi pensamiento
de mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran.....
Los Andes a lo lejos enlutados
pienso que son las tumbas do se encierran
las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el levante
asoma, y triste tu partida llora:
cayó de tu diadema ese diamante,
y adornará la frente de la aurora.

Oh luna, adiós! Quisiera en mi despecho
el vil lenguaje maldecir del hombre,
que tántas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda al verte su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
esta que siento, imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya,
ante el brillo del alma hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.

BELISARIO PEÑA

Nació en Zipaquirá el 5 de agosto de 1834. Estudió bajo la dirección de los jesuítas en Bogotá y en Kingston. En 1857 se trasladó al Ecuador, en donde residió durante casi todo el resto de su vida. Asociado a los señores Benjamín Pereira Gamba y Francisco Ortiz Barrera dirigió una casa de educación primero en Loja (1857-1860), y luégo en Quito hasta el año 63. Además, contribuyó al establecimiento de escuelas de los hermanos cristianos en varias poblaciones de aquella república. Fue socio de una respetable casa de comercio, y miembro de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española. Publicó *El Templo,* poema lírico y muchas poesías sueltas, casi todas sobre asuntos religiosos, que fueron coleccionadas en 1912 por el arzobispo de Quito señor González Suárez. Después de cuarenta años de ausencia volvió a su patria a fines del siglo pasado, para desempeñar el cargo de Senador. En seguida regresó de nuevo a Quito, en donde murió en septiembre de 1906.

A LA MUERTE DE FRANCISCO ORTIZ BARRERA

Apagóse tu vida! El pensamiento
voló como el perfume
que hurta al clavel y al nardo el vago viento
y vuela en el espacio y se consume!

Hoy sin ti, solo, vuelvo a la colina
do ibamos a sentarnos,
viendo morir la lumbre vespertina,
y de la patria ausencia a consolarnos.

A hablar de nuestras penas y alegrías
cual lo hacen dos hermanos,
a hablar de nuestra patria, y de otros días
ay!, más felices cuanto más lejanos.

Y, como entonces, hoy las sombras vagan
aquí y allí indecisas;
los colores se encienden y se apagan,
y bullen y sollozan mansas brisas.

Al tocarla del sol el sesgo rayo,
proyecta larga sombra
la campesina cruz que enfloró mayo,
del gramal verde en la movible alfombra.

El azul de los montes se oscurece,
y el sol, al fin del cielo,
con visos de oro y vermellón guarnece
de riza nube el apiñado velo.

Los mismos, melancólicos rumores
en los bosques y el río,
y la misma tristeza hay en las flores,
y del sembrado en el verdor sombrío.

El águila cansada se desliza,
sin dejar huella alguna
con tardo vuelo, entre la luz rojiza
del sol que muere y la naciente luna.

Ráfagas raudas de cambiante lumbre
varetean el lago,
y de insectos la turbia muchedumbre
crúzanse urdiendo en remolino vago.

Hoy los ecos del campo como entonces
a la plegaria pía
el clamoreo espacian de los bronces,
lejos muriendo en la región vacía.

Oh sombras que enturbiáis el cristalino
azul del puro cielo!
¡Cuán tristes sois al vago peregrino!
Cuántos recuerdos dais del patrio suelo!

A esta hora, triste tú, los ojos grandes
hacia la patria fijos,
buscábasla en las sombras de los Andes
y orabas por tu esposa y por tus hijos.

Sí, por tus hijos huérfanos! Ay! Y ellos
no lo saben siquiera!
Ni velada la faz con los cabellos
llora viuda tu dulce compañera!

Era entonces tu voz tan blanda y suave,
tu mirar tan sereno
como el adiós que trina al sol el ave,
como del cielo inmaculado el seno.

Y, ya la vasta frente sombreaba
honda melancolía,
ya férvida en tus ojos chispeaba
la inspiración vivaz de una poesía.

Hoy, solo voy, y pienso vas conmigo:
me vuelvo a hablarte y callo;
torno la vista a verte, a ti, mi amigo,
y a mi lado como antes no te hallo.

¿Por qué me abandonaste tú tan presto?
¿se deja así a quien se ama?
Aquí nada ha cambiado: aun en tu puesto
ajada todavía está la grama.

Requiebra con tu amada redondilla
a su querida el toche;
tu predilecta estrella limpia brilla
entre la muda pompa de la noche.

¡Si estuvieras aquí!... ¡Cómo se ofusca
mi ojo de ver ya lacio,
que sin hallar confín, tiende y te busca
en los abismos hondos del espacio!

¡Si estuvieras aquí, cómo te hablara
con íntimo cariño!
Qué te dijera yo? Qué? Me embargara
riendo y llorando cual lo hiciera un niño!

Si por sola una vez volviese a verte
estrecho en mis abrazos
no pudiera la mano de la muerte,
no, llevarte sin mí de entre mis brazos!

Oh! yo no sé de amor en la demencia
lo que sentir pudiera;
ni sé si a mí, pasmado en tu presencia,
vida inmortal o muerte el placer diera.

Y es verdad? Tu sin luz! Los miembros lasos
sin vida! No lo creo:
Si ya vienes a mí, si oigo tus pasos
y oigo tu voz y tus sonrisas veo.

Pero no llegas nunca! A dó te has ido?
Tu sueño es tan profundo
que nunca te despierte mi alarido,
ni el llanto acerbo en que por ti me inundo?

Si golpeo a tu losa y te reclamo,
la tumba que te esconde
hueca resuena cnando yo te llamo;
torno a llamar, y nadie me responde!

Ya muere el sol, y el cielo luz no tiene;
no brilla ni una estrella;
la majestad de las tinieblas viene:
voy a dar rienda a mi dolor en ella!

MARIA MAGDALENA

Cuando postrada ante Jesús, los bellos
pies divinos al pecho recogías,
y con hilos de lágrimas vertías
de nardo y de jazmín esencia en ellos;

y a enjugarlos tendiste esos cabellos
que fueron redes de oro en otros días,
do con lazos de amor prender solías
de amadores lascivos torpes cuellos,

osó vilipendiarte la ilusoria
piedad de la avaricia que envenena
las almas viles de piedad desnudas;

pero Jesús te ensalza: doble gloria
eterniza tu nombre, Magdalena!
Te alaba Cristo, y te escarnece Judas.

JOSE MARIA PINZON RICO

Nació el 1.° de abril de 1834, en la capital de la República, en donde concluyó sus estudios, comenzados en Tunja en los colegios de Boyacá y de La Trinidad. Recibió en 1852 el diploma de doctor en jurisprudencia, y el 4 de febrero de 1853 el de abogado de la nación. Estuvo de fiscal y luégo de Magistrado en el Tribunal de Casanare, en 1855 y 56. Formó en las filas constitucionales en la revolución del año 54, y en la de 1860 en las liberales. En esta última perteneció al batallón Calaveras, y obtuvo el grado de coronel. Viajó por Venezuela en 1867, y allí escribió en *El Porvenir* y en algunos otros periódicos de Caracas. En Bogotá redactó *La Discusión* en 1879, y el primer semestre de la revista literaria semanal *La Pluma*. Durante siete años residió en Ambalema como apoderado de una casa comercial inglesa, y en aquel lugar ejerció la profesión de jurista. Murió en Bogotá el 19 de julio de 1886. Su familia recogió posteriormente los versos de Pinzón Rico en un tomo titulado *Trovas*. No pertenecen ellos al género exclusivamente lírico, pues casi en todas sus composiciones hay arranques de carácter épico, y en muchas entonación robusta y vigorosa.

EL MAR

Vedle! Es el mar! Arriba, el firmamento;
entre los dos, de Dios la omnipotencia;
aquí, por fin, comprendo la existencia,
aquí cabe, por fin, mi pensamiento.

Mar! Soy grande ante ti, porque en mí siento
la chispa de la diva inteligencia;
porque algo en mí se agita de la esencia
que hizo las aguas y la luz y el viento.

En vano me persigue la fortuna
haciéndome que arrastre, sin delito,
cadena ponderosa cual ninguna;

Mar! Es, cual tú, mi espíritu infinito;
si al guerrero infeliz no diste cuna,
tumba serás del trovador proscrito.

EL DESPERTAR DE ADAN

Y Dios partió, formada solamente
del universo la sidérea cuna;
y al ocultarse el sol en Occidente
dejó su luz a la temblante luna.

Con el alma naciente fatigada
de cuanto en derredor y en sí veía,
sorprendido del paso de la nada
a lo excelso del sér, Adán dormía.

Y con él la creación; porque sumisa
al sentir el letargo de su dueño,
de sus nobles destinos indecisa
cual primero tomó la paz del sueño.

Y el coro de magníficos querubes
al contemplar la inmensidad dormida,
admiraba, desde ámbito de nubes
tan profundo silencio en tánta vida.

Mas era transición, y no el imperio
de oscura muerte, para el hombre ignota;
era que de lo creado el gran misterio
a vibrar iba su primera nota.

Adán en tanto, con la mente llena
de sombra y luz, en giro indefinible,
dejó vagar sobre su faz serena
sonrisa de los cielos apacible.

Y era que vislumbraba los inciertos
contornos de esos mundos ignorados,
que se incuban tras ojos entreabiertos,
y sólo pueden ver ojos cerrados.

* * *

Y Dios volvió; y al hombre contemplando,
más beldad, más vigor, dejóle impresos;
y carne de su carne desligando,
y distrayendo hueso de sus huesos,
savia de ángeles y astros agregando
y la propia, de amor en los excesos,
compendio de lo bello en forma nueva
lanzó a brillar sobre los mundos a Eva.

* * *

Y Dios partió; y Adán tornó a la vida;
y abrió los ojos; y encontró a la hermosa
del ángel por la esencia, sorprendida,
de mujer por el fuego, ruborosa.

Sintió el hombre de súbito en sus venas
desconocido ardor; y allá en su mente
algo que bulle y se colora apenas,
pero que es fuerza ya, grande y potente.

Sintió su sér girar en dos mitades,
en dos cerebros fulgurar su idea,
en dos senos nacer las tempestades
de cuanto asombra, encanta, alumbra y crea.

Palpó sus miembros: túrgidos, ilesos,
aun conociendo en Eva sus pedazos;
y palpitaron en sus labios besos,
como vibraron en su pecho abrazos.

Y se alzó de su lecho de azucenas
y besó y abrazó; y entero el orbe
sintió de inmenso amor las fibras llenas,
de amor, que todo forma y todo absorbe.

Se infiltraron doquier fuerzas secretas
de gestación inmensa en los afanes,
y el éter, envidioso, ardió en cometas,
y la tierra, envidiada, hirvió en volcanes.

Más esplendor buscando, desquiciadas
se acercaron al mundo las estrellas,
y de Eva, cual de Adán, en las miradas
lumbre tomaron al dejarla en ellas.

Las brisas y las aguas ondularon
por imitar las formas virginales,
y al universo atónito mostraron
líneas de aromas, senos de cristales.

Se inclinaron las rosas a las fuentes,
se entreabrieron los lirios al rocío,
y perfumes, y rayos esplendentes
de guirnaldas llenaron el vacío.

Ensancharon los peces sus esferas,
ensayaron las aves sus conciertos,
y se buscaron, tímidas, las fieras
en la vasta extensión de los desiertos.

Sus coronas los árboles juntaron
con leves lazos de floridas hiedras,
y tapices de gramas cobijaron
la tersa faz de las desnudas piedras.

Todo fue amor; misterio comprendido;
plenitud interior; halago externo;
gran complemento, dado y recibido;
ósculo universal, abrazo eterno.

Claridades que unidas, se abrillantan;
sonidos que mezclados son canciones;
sentimientos acordes, con que cantan
su consorcio eternal los corazones.

Y del Edén los ámbitos, estrechos
quedaron a los seres trasfundidos;
y el mar cerúleo se pobló de lechos,
y el bosque inmenso se colmó de nidos.

Y Dios sonrió desde la excelsa altura
al infinito amor; su ley es ésa;
y al lanzar del Edén a la criatura
"Creced, multiplicad", le dio en promesa.

Y Adán, viendo lo cierto en lo preciso,
ciñendo al bello sér en quien crecía
dejó la vaguedad del paraíso,
do tánta plenitud ya no cabía.

Y de santa ternura arrebatado
bendijo a Dios en himnos inmortales;
. . . . . .
¡la lira universal ha preludiado,
pero nunca lanzó notas iguales!

1883.

JOSE JOAQUIN BORDA

Nació en Tunja el 13 de febrero de 1835. Educóse en el Colegio de San Bartolomé y en el Seminario, y luégo viajó por Francia, Bélgica, los Estados Unidos, Cuba y el Perú. Repetidas veces se contó entre los diputados al Congreso y a las legislaturas de Cundinamarca y de Boyacá. En Venezuela desempeñó el empleo de Encargado de Negocios de Colombia durante la guerra civil de 1861. Consagrado después a la instrucción pública, dirigió el Colegio nacional de San Vicente del Guayas, en Guayaquil, fundado por Rocafuerte, y en 1874 y 75 el Colegio privado del Salvador, en Bogotá. Perteneció a la generación literaria de 1858, y como amigo y compañero de intimidad de Vergara y Vergara, de Carrasquilla, Samper, Caicedo Rojas, Eugenio Díaz y David Guarín, formó con éstos el grupo de redactores del famoso "Mosaico", semanario que marca la época más sólida y brillante en la historia literaria de Colombia. Borda fue uno de los más beneméritos impulsores de la cultura patria. Fue fundador y director de las siguientes revistas: "El Hogar", "El Iris", "El Mosaico" (segunda época), "El Eco literario", " El Album" y la "Revista literaria". Empezó la publicación de un libro muy interesante sobre "Escritores colombianos", que comprende los trozos más escogidos de los historiadores, viajeros y costumbristas. Además, fue colector del "Aguinaldo religioso de *El Catolicismo*", "La Lira Granadina" (en asocio de Vergara), "Poesías cubanas", "Poesías de Gabriel García Tassara" y "Cuadros de costumbres y descripciones locales de Colombia". Tradujo en prosa el *Childe Harold,* de Byron, "Las Confidencias" y la "Muerte de Sócrates", de Lamartine (en verso), y varias novelas. Como obras originales de su pluma quedan también un tomo de poesías impreso en Lima, otro en La Habana, una "Historia de la Compañía de Jesús en

Nueva Granada", una "Historia de Colombia contada a los niños", unas "Lecciones de literatura", la leyenda "Koralia", varios dramas inéditos y algunos otros trabajos dispersos en la prensa nacional y suramericana. Murió en Bogotá el 29 de noviembre de 1878.

A LOS QUE VEAN MI CADAVER

Amigos o indiferentes
que mi cadáver miráis
tendido entre cuatro cirios
sobre un paño funeral.

Decid, qué siente vuestra alma
cuando así mirando estáis?
La calma, la indiferencia,
la lástima, la piedad?

Mis oídos se han cerrado,
mis labios mudos están,
mi cuerpo es trozo de hielo
pronto a disolverse ya.

Pero esta mudez tan triste,
esta rigidez mortal,
este silencio solemne,
cuántas lecciones os da!

Ayer viví, cual vosotros,
fluctuando entre el bién y el mál,
lleno de mil esperanzas,
que huyeron a no tornar.

Tuve amigos; pero, ay! sólo
hallé engaño y falsedad;
tuve placeres que nunca
pudieron mi alma saciar.

Amé la gloria, y acaso
vi relumbrar su fanal;
pero al acercarme, sólo
hallé densa oscuridad.

Doquiera espantoso tedio,
proyectos sin acabar,
aspiración incesante
a un vago y confuso ideal.

¡Oh Cristo! Tu imagen santa,
que es toda luz y verdad,
brilla en el revuelto mundo,
cual sol en el temporal.

¡Feliz de mí! Tras las penas,
en ella vi la verdad,
en ella busqué mi apoyo,
en ella alivio y solaz.

Esa es la filosofía
solemne, tierna, veraz,
ante la cual no hay sistemas
ni elocuencia mundanal.

Que dicen más que cien libros
este crespón funeral,
este féretro, estos cirios
que se oyen chisporrotear.

Confusos y pensativos,
¿en dónde estoy? preguntáis.
¡Misterio oscuro, insondable,
ya estoy en la eternidad!

Mas la Cruz fue mi esperanza,
la Cruz no engaña jamás;
la Cruz fue mi único apoyo,
y ese apoyo es inmortal.

Con ella sobre mis labios
lanzó mi alma el postrer ¡ay!
y se exhaló cual la esencia
de las flores de un rosal.

Estoy nadando en océanos
de luz, de dicha y verdad;
estoy,—pasado el destierro,—
en la patria celestial.

Amigos o indiferentes,
que mi cadáver miráis,
yo no os pido me llevéis
de mi fosa hasta el umbral.

De virtud que nunca tuve
no os pido elogio falaz,
ni que cerquéis de laureles
mi recinto sepulcral.

¡Doblad la frente! En el drama
de la existencia pensad,
y alzad humilde plegaria
al Dios que ha juzgado ya.

Noviembre de 1878.

CESAR CONTO

Nació en Quibdó, hoy capital de la Intendencia del Chocó, en 1836. Comenzó sus estudios académicos en el Colegio de Santa Librada, en Cali, en 1849, y a fines de 1850 vino a Bogotá, en donde los concluyó en el del Rosario, graduándose de doctor en jurisprudencia. En 1857 se trasladó a Cali, lugar de residencia de su familia, y allí, lo mismo que en Palmira, desempeñó el destino de juez. Durante la revolución del año de 60, en la cual tomó parte a favor de la causa liberal, desempeñó los empleos de magistrado del Tribunal de Occidente en el Cauca, y fiscal del departamento del mismo nombre. Terminada la guerra fue elegido diputado a la legislatura de dicho Estado, que se reunió en 1863, y representante al Congreso, cargo para el cual fue reelegido consecutivamente durante seis años. En los intervalos de las sesiones del Congreso desempeñó la Secretaría de Hacienda, y después la de Gobierno del Estado del Cauca de 1864 a 1867. En 1871 el general Eustorgio Salgar le llamó a formar parte de su Ministerio, encargándole del desempeño de la Secretaría del Tesoro y Crédito Nacional, y en abril de 1873 se posesionó de una de las magistraturas de la Corte Suprema, en virtud de elección hecha por las legislaturas de los Estados. Redactó en Cali un periódico titulado "La Revolución", en Popayán "El Caucano" y en Bogotá "El Liberal" (1888). Sus poesías se publicaron primero en los periódicos literarios de la época, especialmente en "El Mosaico", "El Iris", "La Tarde" de Bogotá, y en "La Lira", de Cartagena; después, en 1884, fueron recogidas en volumen. Es autor de un "Curso completo de la lengua italiana", de las "Apuntaciones sobre la lengua inglesa" y del "Diccionario ortográfico de apellidos y de nombres propios". Por algunos años desempeñó el puesto de Cónsul general de Colombia en Londres. Murió en Guatema-

la el 30 de junio de 1892. Improvisaba en verso con mucha facilidad, y como orador era conciso en sus argumentos, aunque a veces daba alas a su imaginación, empleando el epigrama y otras armas del ridículo.

VENUS Y PLUTO

¡Ira de Dios! Lo he visto y no lo creo;
de este siglo sin fe, tal es el fruto:
la hermosura sirviendo de trofeo,
de humilde ofrenda en el altar de Pluto!

¡Ay, yo la vi tan bella como el sueño
que seduce la mente del poeta;
sí, yo la vi seguir de un hombre el ceño
con aire triste, con mirada inquieta!

La que ha nacido para ser señora,
reina de la belleza y del amor,
¿por qué con actitud tímida implora
una tierna mirada por favor?

¡Y de quién, y de quién! ¡Qué horror, Dios mío!
Del calculista que con faz sombría
la observa mudo, indiferente y frío,
como ve el mercader la mercancía.

Prosternóse Sansón ante Dalila,
Hércules ante Onfala: lo comprendo;
la fuerza tiembla y el poder vacila
al blando yugo del amor cediendo.

¡Pero que la beldad rinda homenaje
desde su trono donde amor inspira!....
Eso es profanación, es un ultraje
que al corazón sensible enciende en ira.

¡Siervos del dos por ciento, deteneos!
¿Qué angel malo os infunde tánta audacia
y de un crimen sin nombre os hace reos,
ministros del oprobio y la desgracia?

No manchéis el cristal de la belleza
con vuestro aliento y vuestras torpes manos;
que hay en ella más mérito y grandeza
que en los tesoros de que estáis ufanos.

Y tú, señora, víctima inocente
que inmolar quieren al becerro de oro,
alza indignada la radiosa frente
en guardia de tu orgullo y tu decoro.

Y díles: "miserables mercaderes,
apartad, ¡os conozco y os desprecio!
No son letras de cambio las mujeres
ni dejan que a su amor se ponga precio.

¿Queréis belleza en cambio de dinero?
Buscadla en los mercados de Turquía;
que no alcanza a pagar el mundo entero
una sonrisa, una mirada mía".

ARSENIO ESGUERRA

Poeta muy notable, del género lírico-elegíaco, nació en Ibagué el 31 de enero de 1836, y murió en Bogotá el 30 de diciembre de 1875. Publicó en vida sus poesías y artículos en el *Diario de Cundinamarca, El Tiempo, La Caridad, El Hogar, El Eco Literario, La Tarde y El Rocío;* después de su muerte fueron recogidos en volumen por don Rafael Pombo. Muchas de aquéllas las reprodujo la prensa de Venezuela y de Méjico. Pombo alude a las poesías de Esguerra en la *Noticia* que precede a la colección de Gutiérrez González, considerándolas como una muestra de depurado buen gusto, y no apreciaba menos el excelente fondo filosófico y moral y la delicadeza de los sentimientos en los versos de Esguerra.

MARIA

(A Jorge Isaacs).

Llóra, llóra, Efraím! El cierzo helado
troncó la flor purísima y galana
que de tu vida en la feliz mañana
viste crecer en el nativo prado.
Al verla columpiarse
mecida por el soplo del ambiente,
ignorabas cuán pronto iba a ocultarse
en las revueltas ondas del torrente.

Llóra, Efraím! No busques a María
en el yermo infecundo de la tierra.
Bajo la losa que el sepulcro cierra

sólo se oculta la ceniza fría.
Tú sabes que su alma
era extranjera en el impuro suelo;
búscala en la región de eterna calma,
que la mansión del ángel es el cielo.

Ella lejos de ti vivió llorando
con el amargo llanto de la ausencia,
que es perenne tormento la existencia
para quien vive ausente y vive amando;
y ese llanto de duelo
derramado en las horas de agonía,
en vez de dar a su dolor consuelo
el corazón ahogó de tu María.

Míma, acarícia tu pesar amado,
eso deleita al corazón sensible,
eso tiene un encanto indefinible
para quien llora como tú has llorado.
Hay algo misterioso
que obligar suele al corazón que siente
a evocar el pasado luctüoso
como un alivio de su mál presente.

Cuando su rojo disco el sol hundía
del mar del Sur en el confín lejano,
y entre nubes y nieblas, soberano
del cielo y de la mar, resplandecía,
y la nave ligera,
cual si dejara reposar su quilla,
a la sombra de espléndida palmera
soltaba el ancla en colombiana orilla

y mirabas alzarse en lontananza
tus azules montañas de otros días,
y aspirando sus bálsamos sentías
renacer tu dulcísima esperanza,
y en tu mano temblaba,

por las brisas del mar estremecida,
la última *carta* que ella te enviaba
con el postrer aliento de su vida;

cuando traspuesta la empinada cumbre
a cuyo pie se tiende la llanura,
con sus aves, sus fuentes, su verdura
que bañaba del sol la tibia lumbre,
divisaste en la sierra
el techo amigo del hogar paterno,
bendito albergue donde el alma encierra
cuánto es al corazón sagrado y tierno;

vuelto ya de la patria a la ribera,
soñabas ver a la gentil María
radiante de belleza, como el día
que la miraste por la vez postrera;
y en el rumor del viento,
y en la senda que rápido cruzabas,
las deliciosas notas de su acento
claras, distintas escuchar pensabas:

ay! sin saber qué amargo desencanto
iba a trocar en bárbaro martirio
los ensueños de tu alma, tu delirio,
y la feliz sonrisa en largo llanto.
Sin pensar que la muerte
velo de eternidad corrió tras ella,
sin que al postrer adiós pudiera verte
y acariciarte enamorada y bella.

La terrible verdad al fin supiste,
y con ella tu inmensa desventura;
al fin probaste toda la amargura
que hay al fondo del cáliz que bebiste,
el cáliz que apuramos
con honda angustia y con dolor extremo
cuando a los seres que en la vida amamos
damos el verdadero adiós supremo.

Como el ave que herida y fugitiva
sufre el impulso de aquilón insano
y el vuelo dirigir intenta en vano
hacia la selva plácida nativa,—
así vagas lloroso
a merced de tus íntimos dolores
en torno del hogar antes dichoso,
nido ayer, tumba ya, de tus amores.

Llóra, Efraím! que el llanto es un consuelo
para el que tiene el corazón llagado,
mientras llega el instante suspirado
en que a tu vista la devuelva el Cielo,
donde un amor más tierno,
exento de inquietud y de amargura,
os unirá por siempre en lazo eterno,
allá, donde es eterna la ventura.

1872

MARIO VALENZUELA

Nació en Bogotá el 19 de enero de 1836. Se educó en esta ciudad y en Kingston, al lado de los jesuítas. Tomó la sotana de esta orden en 1858. Ya para entonces había escrito unas treinta delicadísimas poesías líricas, que aparecieron en "La Guirnalda" y en "El Porvenir", del cual periódico fue también redactor durante algún tiempo. En 1859 don José María Vergara y Vergara dio a la estampa una colección de aquellas composiciones, precedida de una breve noticia biográfica y seguida de los versos que le dirigieron sus amigos, agrupados bajo el título de "La corona del novicio". Escribió también un notable folleto contra el *Principio de utilidad*, y fue profesor del Instituto de Cristo y fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Se ordenó de sacerdote el 24 de diciembre de 1871 en León de Nicaragua. Fue rector de los colegios que tienen establecidos los jesuítas en Bogotá, Medellín, Bucaramanga, Pasto y Panamá. Arregló y anotó los "Elementos de Filosofía por el P. Francisco Ginebra", y publicó, además, un volumen sobre "El Código Civil en armonía con la conciencia". Murió en Panamá el 7 de abril de 1922. Su compañero en religión el padre Joaquín Emilio Gómez se encargó de coleccionar sus "Escritos escogidos en prosa y verso", de los cuales han aparecido dos tomos que contienen los de carácter religioso y filosófico. El tercero comprenderá los literarios.

TRIUNFASTE!

Sí, yo te vi los lomos oprimiendo
de un fogoso corcel; ligera gasa
te velaba la faz, mirar dejando
tus bellas formas y tu tez nevada:
gracioso sombrerillo detenía
tus negros bucles: la ondulante falda
desde tu airoso talle en anchos pliegues
hasta los cascos del bridón bajaba,
y, sin esfuerzo, con flexible rienda
el ardoroso bruto sujetabas.
Tus hechizos mis ojos cautivaron,
mas no pudieron cautivarme el alma.

Te vi después, cuando al compás del piano
volar dejabas la ligera planta:
blanco cendal finísimo vestías,
el cuello y brazos cándidos mostrabas:
graciosamente tu cabello undoso
sujetaba levísima guirnalda;
cual los ojos de incauta golondrina
que un niño sorprendió, reverberaban
tus vivos ojos; y al pasar danzando
arrastrabas de todos las miradas.
Nuevamente mis ojos cautivaste,
mas no pudiste cautivarme el alma.

Y ayer, ayer te vi! Vestido humilde
y un blanco delantal sólo llevabas,
y con un crucifijo entre las manos
del hospital cruzabas por las salas.
Su frente el sol en el ocaso hundía,
y su postrera luz por las ventanas
entraba, largas sombras dibujando
en las toscas baldosas. A la cama

de un moribundo anciano te acercaste,
a decirle palabras de esperanza.
El te escuchó; los apagados ojos
fijó un momento en tu doliente cara:
—Dios os lo premie!, murmuró, y sus labios
vino a sellar la muerte. Tu nevada
mano cerró sus párpados convulsa,
mientras ardiente lágrima brillaba
en tus ojos suspensa, hasta que al cabo
rodó por tus mejillas sonrosadas.
Y te amé, que hasta entonces sólo había
conocido tus formas delicadas,
y en ese instante conocí de un golpe
todo tu corazón en tu mirada.

INDIVIDUALISTAS ESTETICOS

RUPERTO S. GOMEZ

Nació en Bogota, el 13 de mayo de 1837. Estudió con los jesuítas y en el colegio del señor Francisco O. Barrera. Vivió consagrado a la instrucción de la juventud, y durante diez años fue Magistrado de la Corte de Cuentas (1895 a 1905). No obstante el tiempo que tenía que emplear en la dirección del establecimiento de enseñanza objetiva que llevaba su nombre, Gómez fue colaborador de periódicos, y escribió las siguientes obras: "Cuestiones de ortografía", en colaboración con Ricardo Carrasquilla; "Ejercicios para corregir palabras y frases mal usadas en Colombia", "Tablas de las cuatro operaciones de enteros puestas en verso", "Compendio de los estudios filosóficos de Augusto Nicolás", "Las Cuajadas", comedia original en dos actos, "Las Conferencias", juguete cómico en un acto, "Reseña histórica del convento de La Enseñanza", "Los siete dolores de María" (poesía), "La noche de navidad", comedia en un acto, "Bolívar y Núñez", "Suspiria", "Canto a San José". También tradujo un tomo de la obra de zoología escrita por Madame Pape Carpantier, y se guardan inéditas varias comedias infantiles y una "Reseña histórica del Convento del Carmen", de la cual se publicaron algunas páginas en un periódico bogotano. Como poeta ganó un lauro honroso: la medalla de oro acordada por la Academia Colombiana en 1881 al autor de la mejor composición en verso a don Andrés Bello en su centenario; además obtuvo una corona de plata en el concurso abierto por el gobierno de Cundinamarca con ocasión del centenario de Bolívar, y una medalla de bronce en el Perú por su oda a Santa Rosa de Lima. Murió en Bogotá el 16 de noviembre de 1910.

DIOS Y MARIA

No pueden nuestros ojos un instante
mirar del sol la esplendorosa esfera,
y la pupila enferma ni siquiera
resiste el brillo de su luz radiante;

mas de ese sol el rayo fulgurante
se refleja en la luna placentera,
cuya faz, que en la noche reverbera,
ve de gozo el enfermo palpitante.

Dios es el sol a quien el ojo humano
no ha visto aún; el resplandor que envía,
del Salvador el rostro soberano;

y la luna que llenos de alegría
contemplan el enfermo y el anciano
en medio de las noches, es María.

A LA MEMORIA DE D. ANDRES BELLO

EN SU CENTENARIO

(Fragmentos)

Sobre los Andes, cuya enhiesta cumbre
parece sostener del vasto cielo
la diáfana techumbre,
la aurora rasga de la noche el velo.
Al esplendor de la naciente lumbre,
el escudo depuesto y la celada,

vese a Colombia levantarse altiva
en la región suprema:
sobre sus hombros el undoso manto,
sobre su sien augusta la diadema,
a su lado Bolívar, empuñando
pendón glorioso y refulgente espada,
y engalanada de laurel la frente....

Mas escuchad el melodioso acento
que lleva el vago viento
desde Anahuac hasta el confín remoto
do levanta su frente encapotada
el Aconcagua, en cuyo seno hierve
cual del ángel caído en las entrañas,
el fuego devorante y escondido
que extinguir de los siglos el aliento
ni las eternas nieves han podido.

Oh! ¿quién es el cantor cuya armonía
hace olvidar su acento en la mañana,
entre el ramaje de la selva umbría,
a la avecilla que la luz temprana
del sol saluda en grata melodia?

El Chimborazo, a cuya helada frente,
abandonando del vergel las galas
sube el céfiro ardiente
a refrescar sus perfumadas alas,
tranquilo aparta el nebuloso manto
y el sabio y dulce canto,
escucha enajenado de alegría.

Y levantando de sus áureos lechos
los majestuosos ríos la cabeza
coronada de musgos y de helechos,
escuchan el acento cadencioso
que en sus agrestes márgenes resuena,
hasta perderse por el bosque umbroso
y entre el verdor de la campiña amena.

Mas ¿quién consigue estremecer el mundo
que de un polo a otro polo se dilata?
—Bello, el Moisés del colombiano suelo
que con el golpe de su vara de oro,
hizo saltar de la desnuda roca
de inspiración el manantial sonoro.

Bello, que alzando su robusto acento
dictó las sabias leyes
que convierten los pueblos en hermanos
y los redimen del odioso yugo
con que antes agobiaban
a los tristes vencidos los tiranos:
Sí, leyes que bebió en la pura fuente
cuyo raudal el tiempo nunca agota,
y que al pie de la Cruz eternamente
de entre las peñas del Calvario brota.
Bello, que en el crisol fundió cual oro
el idioma del dulce Garcilaso,
y al mundo presentólo sin la escoria
con que Ignorancia deslustrado había
los resplandores de su antigua gloria;
y a la dichosa juventud, sedienta
de luz, mostró la bóveda del cielo,
por cuya quieta inmensidad los orbes
tienden sin alas, a compás, su vuelo;
do encima de los mundos
la nebulosa de fulgor de plata
el arco que cobija el firmamento
con imponente majestad dilata.

Bello, el cantor divino
de la fecunda Zona
a quien hermosa, eterna primavera,
por cada vario clima enriquecida,
adorna con su manto de verdura,
y de espigas y pámpanos corona.
Sí, la zona feliz, do la palmera

levanta hasta los cielos
los trémulos penachos de su copa,
con que sus frutos providente arropa
como el ave amorosa a sus polluelos;
donde ha formado su risueña estancia,
bajo frescos doseles de verdura,
la generosa y pródiga abundancia
que cubre la llanura
de muelle grama con perenne alfombra,
por do el corcel salvaje a la espesura
corre veloz cual fugitiva sombra;
donde el toro feroz cuando anochece
aguza el duro cuerno retorcido
contra el disforme tronco
del dinde secular, que se estremece,
para vencer al tigre enhambrecido,
cuyos ardientes ojos
entre la sombra amenazando brillan
cual dos centellas de fulgores rojos.

¡Salve genio inmortal, en cuya tumba
el céfiro que zumba
parece repetir cuando suspira
los dulces ecos de tu acorde lira!

El tiempo, que hace trizas
de los Monarcas el purpúreo manto,
y al suelo precipita con espanto
las obras del orgullo, y sus cenizas
esparce enfurecido
por las negras regiones del olvido,
respetará ¡oh Patriarca! tu memoria
que ya esculpió con el buril sagrado
en sus eternos mármoles la Gloria....

JORGE ISAACS

Nació en Cali el 1.° de abril de 1837, y se educó en Bogotá. Sus poesías fueron publicadas en esta capital en 1863, en un esmerado volumen, que costearon los contertulios de "El Mosaico". En 1868 y 1869 fue diputado al Congreso Nacional. Su obra más importante es "María", novela original, llena de sentimiento y de romanticismo, que le mereció muy justa fama en ambos Continentes, pues ha sido traducida a varios idiomas. Desempeñó por algún tiempo el Consulado general de Colombia en Santiago de Chile, así como el puesto de Secretario de Gobierno del Cauca. También es autor Isaacs de un fragmento de poema titulado "Saulo", que dedicó al presidente de la Argentina, general Roca, reeditado por éste lujosamente en Buenos Aires, y de un grueso infolio sobre "La revolución radical en Antioquia" (1880), en la cual intervino de modo muy activo, lo que le valió ser rechazado como representante de ese pueblo en el Congreso de 1881. Abandonando la política dedicóse a investigaciones científicas, y fue nombrado Secretario de la comisión destinada a recorrer la Goajira; como resultado de esas labores publicó un "Estudio sobre las tribus indígenas del Departamento del Magdalena". En seguida se radicó en Ibagué, en donde falleció el 17 de abril de 1895.

TEN PIEDAD DE MI!

Señor! si en sus miradas encendiste
este fuego inmortal que me devora,
y en su boca fragante y seductora
sonrisa de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a las palomas de tus selvas diste,

perdóna el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido,
¿cómo esperar podré si ya no es mía?
¿cómo vivir, Señor, si la he perdido?

CANTOS Y LAGRIMAS

(Del inglés)

Oh! dadme una glorieta perfumada y sombría
del río en la ribera, do escuche su rumor,
do ni un instante de la selva umbría
penetre las techumbres altísimas el sol.

Allí aquellas canciones que en nuestro hogar perdido
escuché tántas veces, con júbilo entonad,
y aunque miréis mi rostro humedecido
con lágrimas copiosas, de dicha son, cantad!

Há tiempo que implacable nos separó la suerte,
que nos negó su sombra querida esa mansión;
nuestros amigos de placer, la muerte
llevóse; somos otros, la juventud pasó!

Corred, lágrimas dulces, entonces no lloradas!
Ay! ellos nuestros cantos a oír no volverán
como en aquellas noches argentadas....
No agotaréis mis lágrimas, de dicha son, cantad!

A ORILLAS DEL TORRENTE

Del raudal rumoroso en las riberas
mirábamos del sol la última luz
en las copas jugar de las palmeras,
y abajo en lejanía,
con los oleajes de la mar bravía
en el confín del horizonte azul.

Pálida cual los nardos que en su frente
ajaba el frenesí de mi pasión,
arrojando el más bello a la corriente,
—"Míra, me dijo, en vano
resistir quiero a tu poder ufano....
El raudal eres tú, yo soy la flor".

Césped de nardos su sepulcro alfombra
do en mis brazos durmió junto al raudal,
y las palmeras que voluble sombra
nos dieron en los días
de juventud y locas alegrías,
sombra al sepulcro solitario dan!

MIGUEL ANTONIO CARO

Hijo del poeta José Eusebio Caro, nació en Bogotá el 10 de noviembre de 1843. En la misma ciudad hizo estudios completos de literatura y filosofía. Redactó "El Tradicionista" (1871 a 1873), y fue colaborador constante en el "Repertorio Colombiano" y otras revistas análogas. Escribió y publicó lo que sigue: "Poesías" (1866), "Estudios sobre el utilitarismo" (1869), "Gramática latina", en colaboración con el señor Rufino J. Cuervo, "Tratado del participio" (1870), "Horas de amor" (1871), "Obras de Virgilio", traducción completa en verso en tres volúmenes, con su respectivo estudio preliminar (1873 a 1875), "El parricidio o Crimen y expiación" (1880), "Del uso en sus relaciones con el lenguaje" (1881), "Artículos y discursos" (1888), "Libertad de imprenta" (1890), "Los enormes sueldos", "Traducciones poéticas", "Sonetos. De aquí y de allí. Traducciones y refundiciones" (1891), "Apuntes sobre crédito, deuda pública y papel moneda" (1892), "Traducciones de Sully Prudhomme" (1906). A su iniciativa se debió la publicación del "Anuario de la Academia Colombiana" en 1874, del cual salieron después otros dos volúmenes, y de cuya institución fue uno de los fundadores y presidente en un período. Fue miembro correspondiente de la Academia Española, y ocupó el puesto de Bibliotecario Nacional. En política ejerció los más altos cargos, tales como Senador y Representante al Congreso, Presidente del Consejo de Estado y Vicepresidente de la República, a cuyo título ejerció el Poder Ejecutivo de 1892 a 1898. Miembro muy conspicuo del Consejo Nacional de Delegatarios en 1885, la Constitución que éste expidió al año siguiente fue, en sus líneas generales, obra suya, y los discursos que pronunció entonces son considerados como los mejores de su carrera parlamentaria. El gobierno español le concedió la gran cruz de Isabel la Católica en 1896. Además, en 1878 fue

laureado como autor de la mejor poesía en castellano de las que se presentaron al concurso que se abrió para las seis lenguas hijas del latín, con ocasión de las fiestas de Provenza. La Universidad de Chile lo declaró su doctor honorario, y distinción semejante le hicieron las Academías Mejicana y Colombiana de Historia. Este eminente ciudadano, calificado como el más notable escritor de la América española después de Bello, falleció en Bogotá el 5 de agosto de 1909. Actualmente se hace la edición de sus "Obras completas", de las que han aparecido cinco grandes volumenes.

PRO SENECTUTE

Tú que emprendiste bajo albor temprano
la áspera senda con ardiente brío,
y ora inclinado y con ardor tardío
rigiendo vas el báculo de anciano:

torpe el sentido y el cabello cano
no te acobarden; ni en sepulcro frío
contemples con doliente desvarío
del rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te oscurece;
argentó tu cabeza nieve pura;
cesas de oír, porque el silencio crece;

te encorvas, porque vences la fragura;
anhelas, porque el aire se enrarece;
llegando vas a coronar la altura.

EL HIMNO DEL LATINO

(Poesía premiada en las fiestas de Provenza, 1878)

Ampare la diestra divina
de pueblos hermanos la unión!
Mi gente es la raza latina;
su nombre mi rico blasón!

Mi estirpe no es árida rama,
es árbol de copa gentil;
fecundas semillas derrama,
¡florezca mil años y mil!

Mi patria no es breve comarca
objeto de culto y amor;
mi patria dos mundos abarca
y siglos de inmenso esplendor.

Es Roma mi madre adorada;
la historia cual regio ataúd,
encierra su cetro y espada,
mas viven su gloria y virtud.

Doquiera yo escuche un idioma,
cantiga o fugaz yaraví,
que acentos repita de Roma,
mi patria, mi hogar está allí.

Oh gayos fablares latinos!
oh trovas de són celestial!
oh!, y cómo sus altos destinos
revelan a el alma inmortal!

Las oigo, y mi rostro se inflama
en fuego de orgullo y placer,
y ya por mi Dios y mi dama
me lanzo a lidiar y vencer!

Vosotras, ciudades romanas,
renuevos de la alma ciudad,
oh Galia! oh Hesperias hermanas!
la santa cadena estrechad!

Y alcance a las cumbres andinas
el lazo fraterno también,
pues brotan ciudades latinas
en ese vivífico edén.

Honor a la raza sublime
que lleva a otros mundos la luz,
y pueblos sin cuento redime
doquiera plantando la cruz!

Fatigan la voz del poeta
tus glorias, oh raza sin par!
Despierte en tu seno un profeta
tu excelsa misión a cantar!

Ampare la diestra divina
de pueblos hermanos la unión!
Mi gente es la raza latina;
su nombre mi rico blasón!

A LA ESTATUA DEL LIBERTADOR

(En la plaza mayor de Bogotá)

Bolívar, no fascina
a tu escultor la Musa que te adora
sobre el collado que a Junín domina,
donde estragos fulmina
tu diestra, de los Incas vengadora.

No le turba la Fama,
alada pregonera, que tu gloria
del mundo por las ámbitos derrama,
y doquier te proclama
genio de la venganza y la victoria.

E .no supo el camino
por do el carro lanzaste de la guerra,
que de Orinoco al Potosí argentino
impetuoso vino
temblar haciendo en derredor la tierra.

Ni sordos atambores
oyó, ni en las abiertas capitales
entrar vio tus banderas tricolores
bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales.

Ni a sus ojos te ofreces
cuando, nuevo Reinaldo, a ti te olvidas,
y el hechizante filtro hasta las heces
bebiendo, te adormeces
del Rímac en las márgenes floridas.

No en raptos de heroísmo,
no en vértigo de triunfos y esplendores
admiró tu grandeza. El a ti mismo
te buscó en el abismo
de recónditas luchas y dolores.

Te vio, si, adolescente
ya en el silencio de la gran ruina
que Roma encierra, apacentar tu mente,
la soñadora frente
doblada al peso de misión divina;

retando a las Españas
de América inflamar el seno inerte
con grito que conmueve las montañas;
solo, en playas extrañas,
o entre escombros hundido, engrandecerte;

y puesto el pensamiento
allí donde visión mortal no alcanza,
nuevo Colón en pérfido elemento,
con profético aliento
avivar en tinieblas la esperanza;

con mano compasiva
(no bien a la fortuna has hecho esclava)
restituír su libertad nativa
a una raza cautiva
y a la prole infeliz que amamantaba;

o llevar de un segundo
Palante (1) el corazón al templo santo,
mientras responde a tu dolor profundo
con eco gemebundo
fiel muchedumbre derramando llanto;

(1) Girardot

o en la región del hielo,
del Chimborazo hollar la cumbre cana,
y contemplar allí del tiempo el vuelo,
la inmensidad del cielo
la pequeñez de la grandeza humana.

Vio el dolor que se ceba
en ti, a la hora en que el Eterno dijo:
"Quiérole ya purificar con nueva
y terrífica prueba".
Colombia entonces te negó por hijo;

y envidia vil desflora
con rabioso azotar, la ínclita rama
con que piadosa gratitud decora
tu frente creadora
que el honor de los Césares desama.

Ya el obcecado hermano
el arma revolvió contra tu pecho,
y en el confín postrero colombiano
te brinda hidalgo hispano,
si patria te faltó, su honrado techo.

A ese asilo postrero,
del piélago mezclándose al bramido
o al lejano clamor del marinero,
¿qué acento lastimero
fúnebre vuela a golpear tu oído?

¿Qué asolación augura
la voz doliente que en los aires gira?
De negra ingratitud víctima pura,
en hórrida espesura,
¡cielos!, el Héroe de Ayacucho expira.

En tan solemnes días,
por la orilla del mar, los pasos lentos,
y cruzados los brazos cual solías,
hondas melancolías
exhalabas a veces en lamentos.

Ora pasara un ave,
ya hender vieses el líquido elemento
sin dejar rastro en él, velera nave,
murmurabas: "¿Quién sabe
si aré en el mar y edifiqué en el viento?"

En sordos aquilones
oías como lúgubres señales:
"¿Si caerán sobre mí las maldiciones
de cien generaciones?
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!"

Brotar la alevosía
viste, y a empuje de discordia brava
bambolear la libertad. Gemía
Colombia en agonía;
tu espíritu radioso declinaba.

El noble estatuario
apartando fulgentes aureolas,
de dudas en tu pecho solitario
vio aquel túmulo vario:
vio el hondo abismo, las amargas olas....

Callando respondiste
a la íntima efusión con que él te nombra
cuando en fijar tu semejanza insiste,
y hermosa, pero triste,
apareció tu veneranda sombra,

con ese aspecto, y esa
melancólica nube de tu ceño
que desengaño y abandono expresa;
descendiste a la huesa,
y aun te acompaña en el eterno sueño.

Inclinando la espada
tu brazo triunfador parece inerme;
terciado el grave manto; la mirada
en el suelo clavada;
mustia en tus labios la elocuencia duerme.

Mágico a par de Dante
Tenerani tu vasto pensamiento
renovó, concentró, y a tu semblante
dio majestad cambiante,
y a tu austero callar múltiple acento.

No tremendo, no adusto
revives: del fragor de la pelea
descansas ya.... Mas tutelar, augusto,
doquier se alce tu busto,
con plácida elación enseñorea:

En tu serena altura
mártir perdonas, y recibes culto
sublime en tu dolor sin amargura,
de lisonja perjura
libre por siempre, y de cobarde insulto.

Y tu nombre en su vuelo
más que el de antiguos semidioses crece
en tu edad misma y en tu propio suelo;
y tu historia sin velo
las grandezas que fueron oscurece.

El divinal aliento,
que anima a la materia y transfigura;
nobilísimo humano sentimiento;
final recogimiento;
cuanto a el alma enaltece o la depura,

en mistica amalgama,
cual vago nimbo de tu excelsa frente,
no imitación, veneración reclama:
el que Padre te aclama
mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

¡Libertador! Delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar, sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo.

ROBERTO DE NARVAEZ

Nació en Bogotá el 19 de octubre de 1847. Recibió su educación en el Colegio de San Bartolomé, con los padres jesuítas. Desempeñó el puesto de Secretario de la Legación de Colombia en los Estados Unidos, e igual honor le hicieron los gobiernos de Guatemala y el Salvador en 1878 y 1879. Fue relator del Consejo Nacional Constituyente, y en seguida Secretario de la misma alta corporación, en 1887. En el ejército obtuvo el grado de coronel de la República, a cuyo servicio falleció en Paipa el 26 de febrero de 1895. Dotado de una gran facilidad para escribir en verso, en sus poesías se admira la espontaneidad, a la que se une la delicadeza de sentimientos, reflejo de su noble corazón y de su bello carácter. Su perfil literario es digno de estudio, a pesar de lo difícil que sería hoy reunir sus trabajos originales y las muy elegantes traducciones que hizo, pues la modestia de Narváez no les dio importancia alguna, ni volvía a acordarse de sus escritos después de obedecer al impulso de la primera inspiración.

HUYAMOS!

Alma de duda y desengaños llena!
Helado corazón, que en la sombría
noche de la fatal melancolía
sacudes, sollozando, tu cadena!

Déja este suelo ingrato, a que es ajena,
flor de nuestro pensil, la poesía,
y el mundo trueca y su algazara impía
del campo amigo por la paz serena.

Huyamos! Un rincón, no importa dónde...
Soledad y silencio, un claro cielo,
una choza que entre árboles se esconde,

y la canción del ave, que su vuelo
pára en el techo y desde allí responde
al reclamo de amor... es cuanto anhelo!

CARTA

A Roberto Súarez

Por más que sea dura cosa
escribirte a ti en poesía,
que lo haga en verso y no en prosa
me ordena la cortesía.

Y temo, porque es que admira
que sepas con tino igual,
tierno, manejar la lira,
docto, el arte judicial.

Mas no importa que mis rimas
no alcancen a tu excelencia,
sé que, por mías, las estimas,
y que logran tu indulgencia.

Porque no juzgues capricho
hablarte con tanto empacho,
me despacho con lo dicho
y paso a hablarte de Pacho.

Nunca miré de su cielo
el limpio azul retratado
en el plácido arroyuelo
que corre manso en el prado;

ni sus naranjos frondosos,
ni sus perfumados limos
mecer al sol orgullosos
el oro de sus racimos.

Mi frente no ha serenado
el soplo con que, en sus lomas,
susurra el viento cargado
con sus nocturnos aromas.

Pero en mis horas extrañas
de tristeza y desaliento,
por su valle y sus montañas
se lanza mi pensamiento.

Vago por el bosque umbroso
en mis ensueños perdido,
saciándome de reposo,
de soledad y de olvido.

Amo sus noches estivas
y sus brillantes mañanas
que, entre tristes y festivas,
me pintaron tus hermanas....

Aquí el árbol agitado
del viento, allá la cabaña,
el bosque aquí, allá el collado,
y más lejos la montaña.

Todo encuentra en tu memoria
eco, animación y vida;
páginas son de una historia
que el corazón nunca olvida.

Tal vez la escondida fuente
con sus alegres rumores
memoria traiga a tu mente
de tus primeros amores.

En el alma revolviendo
esos recuerdos perdidos,
el valle irás recorriendo
con ojos humedecidos;

porque, ¿quién, con el presente
al comparar el pasado,
llanto en sus ojos no siente
del corazón arrancado?

Y en dónde encontrar un nombre
para ese santo cariño
que en el corazón del hombre
deja el recuerdo del niño?

Cuando el invierno se avanza
y se va la primavera,
hacia otros climas se lanza
la golondrina viajera,

mas tornará en raudo vuelo
cual vuelven castas y bellas
a relucir en el cielo
las titilantes estrellas;

vuelve al campo su verdura,
vuelve el aroma a la flor,
vuelve al triste la ventura
y al corazón el amor,

sólo es eterna la ausencia
de esa apacible fragancia
que se llama la inocencia
y que se vá con la infancia.
. . . . . .

RAFAEL TAMAYO

Nació en Bogotá el 2 de marzo de 1851, de padres originarios de Antioquia. Hizo sus estudios de literatura y filosofía en los colegios particulares de don José Joaquín Ortiz y don Ricardo Carrasquilla, en donde debió de adquirir el gusto por la poesía, y los terminó en los de San Bartolomé y el Rosario. La prematura muerte de su padre y la escasez de recursos de su familia, fueron causa para suspender su educacióu a la temprana edad de diez y seis años, y para empezar trabajos de comercio, en calidad de dependiente, con el objeto de ayudar al sostenimiento de los suyos. Adoptó luégo la profesión de dentista, que ejérció con éxito durante media centuria. Nadie había sospechado sus aficiones y talentos poéticos, pues sus primeros ensayos fueron pnblicados bajo el seudónimo de *Pablo Genil*, hasta que en el concurso poético abierto por el Gobierno nacional en 1881 sobre el tema "El Trabajo", le fue discernido el premio por la oda que presentó entonces y que fue recibida con grande aplauso por los literatos del país. En 1886 publicó en Londres un tomo de sus poesías. Falleció en Bogotá el 6 de mayo de 1926.

EL MAYOR CASTIGO

Dijo a Luzbel el pueblo:—Qué delito
viste mayor en la terrena esfera?
Y enarcando la ceja hirsuta y fiera
—El despotismo,—respondió el proscrito.

Y gritó airado el pueblo:—Necesito
para uu déspota audaz que en su carrera
nunca puso a sus ímpetus barrera,
castigo cual su crimen, infinito.

—No es, dijo Luzbel, de rojas piras
ver por su culpa a la nación sembrada,
el torcedor más rudo del tirano:

Es sentir en la faz la bofetada
de los que fueron brazo de sus iras
y, caído, sobre él alzan la mano.

AL TRABAJO

Mirad la augusta selva: el éter puro
con sus ramajes seculares hiende,
y de su fondo en el recinto oscuro
la enredadera su follaje extiende.
Bajo los densos toldos de verdura
rueda sus turbias ondas fragoroso,
rompiéndose al correr contra las peñas,
indómito torrente, y hondas breñas
en sus lóbregos antros lo reciben;
y en medio la espesura,
sin trabas, ni señor, ni leyes viven
los salvajes monarcas de los bosques,
del rey de la natura
temidos por su fuerza y su bravura.
No penetran del sol los limpios rayos
el tupido dosel; y eterna sombra
la flor envuelve que con tintes gayos
no alza arrogante su corola al cielo,
y mustia y sin olor se inclina al suelo
que cubre espesa, enmarañada alfombra.

Hora mirad: al golpe del acero
los centenarios troncos se estremecen
y el campo cubren con su inmensa mole;
el tigre carnicero
huye al mirar por extranjera planta
su misterioso asilo profanado;
el sol que en el Oriente se levanta,
sobre la parda alfombra brilla puro;
las sombras dejan el recinto oscuro;
y la antes mustia frente,
del astro rey al cariñoso rayo,
yergue la flor, que del festivo Mayo
al amoroso ambiente
al aire libre se desvuelve y crece,
y el aura inquieta sus estambres mece.

La labor de las hachas viene luego
el devorante fuego
activo a completar: al cielo sube
de humo espeso vagarosa nube;
centellas lanza el abrasado tronco,
antes columna de la selva oscura;
y en la feraz llanura,
que en la extensión abierta se dilata,
se ve rodar el mugidor torrente,
en cuyas crespas ondas se retrata
del vivo sol el rayo refulgente
y de la luna el resplandor de plata.

Después vendrá el arado las entrañas
de la tierra a romper: lindas cabáñas
al aire elevarán su frágil techo;
y en los estivos meses
con gentil susurrar, el vago viento
en blando juego doblará las mieses.
El rápido torrente sus furores
y su vital aliento
al hombre rendirá, y en su camino
hará girar la rueda del molino,
o regará la tierra en los calores
del sofocante, agobiador verano.
Del labrador la encallecida mano
los frutos cogerá que en los racimos,
cual justo galardón a sus sudores,
le brindará naturaleza opimos;
y a la ambición y a la codicia ajena
su quieta vida correrá serena,
como callada fuente entre las flores.

¿A quién prodigio tal, a quién se debe
tan benéfico cambio? Los portentos
quién realizó de transformar la selva
en campo cultivado, cuyas galas
con cariñosas alas
en trémulo vaivén doblan los vientos?

El genio del Trabajo: su alto influjo
en provechosos dones cambia el lujo
con que vistió la próvida natura
la secular montaña;
el Trabajo, potencia que encadena
las fuerzas de los libres elementos;
que cambia la llanura
en alegres y ricas heredades;
la selva de los siglos respetada
en bulliciosos pueblos y ciudades,
y en risueños y plácidos recintos
sus misteriosos, densos laberintos.

Nada en el mundo a su poder resiste,
nada a su empuje colosal: él viste
de edificios flotantes
del vasto mar las procelosas ondas;
y de flores fragantes
la campiña feraz y espigas blondas;
y hienden a su esfuerzo
las aéreas regiones del espacio,
con agudas almenas el palacio,
y con sus techos de livianas cañas
del labrador sencillo las cabañas.

Monstruos formó que la ancha faz del mundo
veloces surcan con potente aliento,
y que alígeros más que el raudo viento
a impulso del vapor llevan doquiera
los variados productos con que inunda
activa industria la terrena esfera.
Una mano fecunda
que millares de copias produjera
del fugaz pensamiento el alma quiso,
de ansia noble de elevar su vuelo
y de su imperio dilatar sedienta:
y el Trabajo tenaz creó la imprenta.

. . . . . .

¡Oh santa Providencia!
Tú que colmas de encanto y de alegría
cuánto creó tu bondadosa mano,
y das al claro día
su mágico esplendor, al océano
sus turbias ondas, misterioso arcano
al corazón del hombre, y del destino
llevaderos hiciste
el amargo pesar y la agonía,
cuando la sabia ley nos impusiste
del bienhechor Trabajo, que la vida
de almo consuelo y de esperanzas llena,
haz a la patria mía
en alas del Trabajo a las regiones
del progreso volar: sus altos dones
prenda de paz y venturanza sean.
Caigan también sus gratas bendiciones
sobre mi humilde frente;
luzca en ella el sudor con que a los buenos
ganar mandaste el terrenal sustento;
en incesante brío
haz que jamás desmaye, ni indolente
ante el cansancio ceje el brazo mío;
y cuando llegue para mí el momento
de recibir el eternal salario,
grabe una mano amiga
en la sencilla losa
que cubra mi sepulcro solitario,
una inscripción que al caminante diga:
Al fin aquí de su labor reposa;
cumplió en el mundo su mortal tarea;
blanda la tierra a sus cenizas sea.

CARLOS SAENZ ECHEVERRIA

Nació en Bogotá el 18 de noviembre de 1853. Sus estudios en literatura, filosofía y jurisprudencia los hizo en la Universidad Nacional, la que le confirió el grado de doctor en 1871. Fue catedrático de geografía, derecho civil, historia de Colombia y derecho romano en aquel establecimiento, Juez del Estado de Cundinamarca, en asuntos criminales, Juez 2.° del circuito de Bogotá, diputado a la asamblea, oficial mayor de la Secretaría de Instrucción Pública, Secretario de Estado en la primera administración Núñez, Secretario de la Legación de Colombia en Santiago de Chile y Encargado de Negocios en el mismo país. Sus poesías aparecieron en "El Zipa", "La Patria", "La Doctrina", "La Luz" y el "Papel Periódico Ilustrado". Es autor de tres zarzuelas denominadas "Similia Similibus" (con música de doña Teresa Tanco), "El Estudiante" y "Don Pachito", reproducidas las dos primeras en el volumen 24 de la "Biblioteca Popular". Publicó "Los Piratas", leyenda histórica", Santiago de Chile, 1891. Después de su muerte apareció en París, año de 1907, un volumen de sus "Poesías", ordenadas y publicadas por su viuda. Falleció en desempeño de su alto cargo diplomático el 13 de marzo de 1893.

EL ADIOS

Un cielo azul y sereno;
el ancha mar que dilata
sus ondas hasta perderse
de la vista en lontananza;
las gaviotas que el espacio
cruzan con ligeras alas
entre dos inmensidades:
la del cielo y la del agua;
y una mujer que llorosa
da su adiós desde la playa
al que ya lejos, muy lejos
de la ribera se aparta.
Mal comprimidos sollozos
y el suspirar de las auras,
únicas voces que se oyen:
con la del mar, la del alma.

Volvera? Nadie lo sabe,
acaso negra borrasca
abra la anchurosa tumba
de risueñas esperanzas.
Se olvidarán? Frescas flores
de afectos que esconde el alma
mueren al helado soplo
del tiempo y de la distancia.
En tanto el mar impasible
como ayer, como hoy, mañana
seguirá siempre besando
las arenas de la playa.

SONETO

(En un álbum).

Hizo Dios la mañana; imprimió vuelo
a las ondas de luz que centellantes
dan del iris los vívidos cambiantes
al dilatado mar y al verde suelo.

Con innúmeros astros, que en el cielo
reflejan sus fulgores titilantes,
como en negro cabello cien diamantes,
le dio a la noche misterioso velo;

Y cuando tú naciste, unidas quiso
contemplar de sus obras la hermosura,
juntar con viva luz, sombra indecisa,

y en tu sér puso, por mayor hechizo,
la negra noche en tu mirada oscura,
la luz del alba en tu infantil sonrisa!...

ERNESTO LEON GOMEZ

Nació el 15 de octubre de 1855, en Bogotá. Para atender a sus necesidades y a las de su madre y hermanas, de quienes fue por mucho tiempo único apoyo, ocupó algunos destinos, tales como un modesto empleo en la Biblioteca Nacional, y otro en la Compañía constructora del camino de Occidente, en Boyacá. También sirvió de ayudante a don Rufino José Cuervo en las labores preparatorias del "Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua castellana". Los últimos y mejores años de su vida los dedicó con entusiasmo inmenso y excepcional constancia al servicio de la educación. En efecto, desempeñó los cargos de Inspector Escolar de la provincia de Facatativá, Secretario del Consejo departamental de Instrucción pública de Cundinamarca, y, por último, jefe del ramo en Boyacá, en cuyo desempeño rindió la jornada postrimera a inmediaciones de Chocontá, el 2 de abril de 1892. Dos años antes había publicado, en unión de su hermano Adolfo, un volumen de "Poesías". Asimismo editó dos folletos: "Diálogos historiales", y "Como en un sueño" (cuento). Dejó inédita una comedia titulada "La miel en los labios"; fue redactor del periódico "El Bogotano", colaboró en otras hojas nacionales y extranjeras, y ocupó puesto distinguido en varias sociedades científicas, filantrópicas y literarias.

EL SUICIDA

La luz del genio en su apacible cielo
para él brillaba con claror divino,
y, cual poeta, al fin de su camino
debió la gloria coronar su anhelo.

Pero fue desgraciado y un consuelo
demandó en vano al porvenir mezquino;
cobarde ante el horror de su destino,
rasgó de su existencia el frágil velo.

Y cuando libre el alma del suicida
dejó a la tierra la materia inerte,
en las eternas puertas esculpida

leyó temblando su futura suerte:
A quien por no sufrir deja la vida,
vida para sufrir le da la muerte.

LEJOS....

He vuelto con frecuencia por las noches,
fatigado viajero,
a visitar los sitios solitarios
que tántas veces visité otro tiempo;

me he acercado a un hogar inolvidable
fingiéndome que aún veo
al través de las góticas ventanas
de una luz moribunda los reflejos.

Me he sentado al umbral como soñando
que aún escucho el acento
de una voz cariñosa que me llama
de la callada noche en el misterio.

Y he pensado después que *ella* me espera
ansiando esos momentos
de inefables venturas, que otras noches
para el amor hurtábamos al cielo.

En tanto que medito, las estrellas
el nebuloso velo
apartan cautelosas, y me miran
como contempla el médico al enfermo.

Ellas saben muy bien que estoy herido
del mál de los recuerdos,
y como esta dolencia es incurable,
al ver que lloro, lloran en silencio.

JORGE POMBO

Nació en Bogotá el 24 de diciembre de 1857. Recibió su educación en el *Liceo de la Infancia*, de don Ricardo Carrasquilla, y en el Colegio de San Bartolomé, que entonces formaba parte de la Universidad Nacional. Empezó a revelarse como periodista y poeta a los once años de edad, pues fundó en asocio de su hermano Lino, "El Niño" en 1868, donde aparecieron sus primeros versos. Después de abandonar los claustros universitarios cultivó la música bajo la dirección de don Diego Fallon, y llegó a ser notable compositor y pianista. En la guerra de 1876 luchó en las filas liberales como individuo del afamado batallón *Alcanfor*. Luégo fue adjunto de la Legación colombiana en Quito; en seguida viajó por los Estados Unidos, y sirvió el cargo de Contador en un buque inglés. Regresó a su patria como agente de una compañía de seguros, en momentos en que estallaba la revolución de 1885, en la cual tomó parte. Junto con Roberto de Narváez redactó "El Sol"; fue colaborador de muchos otros periódicos en la capital, y corresponsal de grandes diarios norteamericanos. Por tres años consecutivos publicó el "Directorio general de Bogotá", debiéndose a su iniciativa la nomenclatura actual de la ciudad. Fue representante de Colombia en la Exposición Universal de Chicago, y aprovechó su estada en aquel país para editar un tomo de traducciones de Longfellow hechas por don Miguel Antonio Caro y otros poetas hispano-americanos. Distinguía a Pombo un exagerado amor a los libros: así formó la *Biblioteca bogotana*, de la que nacieron seis más, que donó a otras tantas poblaciones del país. Como epigramático se mostró de primer orden con sus célebres "Chispazos de Castor y Polux", escritos en colaboración de Clímaco Soto Borda. Fue miembro de las Academias nacionales de Historia y de Poesía, y falleció en Bogotá el 15 de mayo de 1912.

A RICAURTE

Invicto Capitán! Cúpote en suerte
morir dejando tu misión cumplida,
saber que en pos de tu eternal partida
un pueblo libre vive por tu muerte.

Llora Colombia, mísera al perderte;
el padre de ella fuiste, redimida;
quien por su madre patria dá la vida
en padre de esa patria se convierte

Tu heróica inmolación, que al orbe espanta
y que a los tuyos lega la Victoria
y las cadenas de opresión quebranta,

egregio puesto te asignó en la gloria:
que nunca muerte tan heróica y santa
registrará ni registró la historia.

1886.

FUNESTA DUALIDAD

(Auto-semblanza)

Siento otro YO que contra mí se empeña,
que en todo influye y todo me acibara,
un YO que, si de mí se retirara,
me hiciera ver la vida hasta risueña.

Sólo una gracia, al parecer pequeña,
humilde, al Yo fatal le demandara:
que alguna vez, siquiera, me dejara
salir del diario afán sin contraseña.

Concedida tal gracia, el YO visible
mostrárase cual es, no cual ha sido
por causa superior e irresistible.

Mas como existe siempre el YO oprimido,
y existe el YO opresor, no me es factible
la auto-semblanza que se me ha pedido.

1909.

EDUARDO POSADA

Nació en Medellín el 27 de mayo de 1862. Hizo sus estudios en el Colegio del Espíritu Santo, de Bogotá, en donde se graduó de abogado en 1881. Ha colaborado en casi todos los periódicos de la capital, especialmente sobre asuntos históricos, y durante varios años escribió los editoriales de "El Heraldo", del cual fue redactor en unión de don José Joaquín Pérez. Es miembro fundador de la Academia Nacional de Historia; primer Presidente de ella, reelecto en cuatro períodicos (1902 a 1907); director del "Boletín de Historia y Antigüedades" durante muchos años, y de la "Biblioteca de Historia Nacional" (40 volumenes). Desde fines de 1919 ocupa el cargo de Secretario perpetuo de aquella institución; también es miembro de número de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y de la Sociedad Bolivariana, habiendo actuado como Presidente en ambas. Ha desempeñado altos puestos en el orden judicial, político y administrativo, tales como Presidente de la Cámara de Representantes, Consejero de Estado, Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, y Gobernador del Tolima y de Cundinamarca. Tuvo la representación de Colombia en varios Congresos internacionales: el jurídico ibero-americano, de Madrid, en 1892, del cual fue secretario; el de historia y geografía reunido en Sevilla en 1921, y el panamericano de Panamá, en 1926. Es autor de las siguientes obras: "Viajes y cuentos" (1896), "Vida de Herrán" (1903), "Discursos y conferencias" (1907), "Peregrinación de Omega", "Narraciones" (1909), "El veinte de julio" (1914), "Biografía de Córdoba" (1914), "Bibliografía bogotana" (2 tomos), "Apostillas a la historia colombiana" (dos ediciones, 1919 y 1926), y conserva inéditas y en preparación algunas otras. En "El Heraldo" y "El Nuevo Tiempo Literario" (primera época) publicó excelentes poesías líricas, una de las cuales "La canción del humo" fue traducida al italiano por la poetisa María Grignani.

LA CANCION DEL HUMO

I

¡Cuán alegre la mañana!
Por la atmósfera serena
Vuelan nubes que parecen
Blancos copos de algodón;
La campiña exhala aromas
De tomillo y yerbabuena;
Brillan gotas de rocío
Sobre el verde *carretón;*
Sus ovejas los zagales
Van llevando hacia el collado;
La vacada con ternura
Muge presa en el redil;
Los boyeros con su yunta,
Con su esteva y con su arado
Trazan surcos en el valle;
Sopla el céfiro de Abril.
Y a lo lejos humo tenue,
Transparente y azuloso
Se levanta de las chozas:
¡Es el humo del hogar!
Allí en rústica cocina
El almuerzo de su esposo
Adereza la pastora
Entonando su cantar.
Y en el aire puro y frío
Trepa ese humo lentamente
Como gasa de algún traje
Que la brisa arrebató;
Como diáfana cortina;
Como espuma de una fuente;
Como frágil nubecilla
Que la aurora dispersó.

II

Oh! la escena de la vida
Cuán mudable en un momento!
Cuando el sol llegó a la cumbre
De la azul inmensidad,
Dos ejércitos de hermanos,
En vecino campamento,
Como fieras sanguinarias
Se mataban sin piedad.
Albo el humo allí se eleva
Sobre el campo de batalla:
Es el humo del combate
Que señala destrucción,
Y se extiende por doquiera
Que resuena la metralla,
Como niebla vaporosa,
Como nítido vellón.
Y a los muertos infelices
Amortaja con su manto,
Y les muestra a los heridos
Turbio el campo, opaco el sol.
—Humo blanco de la pólvora,
De las madres cruel espanto,
Véte lejos, que ver quiero
de la tarde el arrebol!

III

Por oteros y llanuras,
Selvas, montes y torrentes,
Dando silbos y baladros
Pasa y corre raudo el tren,
Con sus ruedas y vagones,
Arrastrando muchas gentes,
En conjunto abigarrado,
En un plácido belén.
Y una estela de humo pardo
En el aire va esparciendo

La veloz locomotora,
Como aliento de un titán.
Y al reflejo de la tarde
Tal parece monstruo horrendo
Que abandona su melena
A merced del huracán.
Y a medida que adelanta
Es el humo más espeso
Y semeja nube obscura
Que presagia tempestad.
—Tú redimes las naciones,
Humo altivo del progreso;
Cúbre toda nuestra patria,
Lléna el campo y la ciudad!

IV

Ya la noche se avecina
Con sus fúnebres crespones,
Y a los últimos destellos
De la luz crepuscular,
Una fábrica aparece,
Humo negro a borbotones,
Por enhiestas chimeneas,
Arrojando sin cesar.
Y aparenta ese humo obscuro,
Ya el penacho de un gigante,
Ya los bucles de una furia,
O ya el cráter de un volcán:
Si al salir se desparrama
Con el soplo del Levante,
Si cual sierpe se ensortija
O echa chispas cual Satán.
Negros salen esos copos,
Cual la hulla que arde abajo;
Y en tumulto, como obreros
Que abandonan la labor.

—Súbe al cielo, cual de incienso,
Humo denso del trabajo,
Lléva el ruego del que suda,
Píde alivio a su dolor.

V

Es de noche; por miríadas
Hay luceros en la altura;
En silencio están las calles,
Duerme toda la ciudad.
Mas de pronto de un palacio,
De soberbia arquitectura,
Se levanta una humareda
A la etérea obcuridad:
Es el humo del incendio,
Que se escapa en remolino,
Y ondulando se dilata
Por la bóveda de azul,
Cual si un genio lo extendiese
Con su mágico esfumino,
O al fulgor de las estrellas
Se volviese inmenso tul.
Y creciendo cada instante
Va aquel humo vaporoso,
Y a medida que se espacia
Va formando un nubarrón.
Cuando llegan los bomberos
Se retuerce tan furioso
Cual si fuese horrible tromba
O la danza de un tifón.
Hombres, niños y mujeres
Todos corren con espanto
Al lugar do se alza el humo
Que los llena de pavor;
Toca a fuego la campana,
Se oyen gritos, voces, llanto,

Y las llamas se divisan
Del incendio destructor.
Ya parece grande hoguera
El magnífico palacio;
Y es el humo un torbellino,
Un simún devastador,
Que en sus ráfagas levanta
Las cenizas al espacio,
De los lujos y riquezas
Que guardaba el gran señor.
Y es plomizo cuando el fuego
Asemeja inmensa fragua.
Y más turbio y más sombrío
De las llamas al crecer:
Pero a trechos es nevado
Cual ventisca, donde el agua
La catástrofe espantosa
Va logrando detener.
Cuando todo ya se apaga,
Cesa el toque, y en los hombros
A los pobres moribundos
Se conduce al hospital;
Aún el humo recto sube
De los hórridos escombros,
Cual si fuese de la tierra
A los cielos, un puntal.

VI

Yo en cabañas me he sentado
Junto al fuego que chispea;
Y he corrido mil comarcas
Al impulso del vapor;

Otro tiempo con las nubes
Deliré de la pelea;
Y vi fábricas suntuosas;
Y de incendios vi el horror.
Y tras tántas inquietudes
Y tras tántos desengaños,
Ya tan sólo, hermosa, quiero,
A tu lado descansar.
Oh! cuán mágico ese idilio:
Junto a ti pasar los años,
Y mirarme en tus pupilas,
Bajo el humo de un hogar!

LA VENTA ABANDONADA

Cuán solitaria, orillas del sendero,
la casa a donde ayer, en sus bridones,
llegaban en tropel los orejones
de vuelta del barbecho y del potrero!

Ya, cual antes, no se oye al carretero
que a su yunta lanzaba interjecciones;
la sala de sabrosas libaciones
hoy se halla convertida en un granero!

¿Dónde estará la bella campesina,
Natalia, la ventera cortejada,
de ojos negros y boca purpurina?

Ya la muestra se ve medio borrada,
y el tren que pasa, en hora vespertina
le arroja desdeñosa bocanada.

JULIO DE FRANCISCO

Nació en Bogotá el 29 de diciembre de 1864, y falleció en la misma ciudad el 18 de julio de 1903. En 1897 publicó en la Imprenta Nacional un bellísimo cuaderno de sonetos, que tituló "Perfiles", cada uno de los cuales,—según dice con todo acierto el prologista don Eduardo Posada,— "es algo así como una fotografía instantánea, tomada en la calle, y sobre la cual, al desarrollarla, ha dejado caer una lágrima". Allí están descritos con pinceladas imborrables la revendedora, el bogotano (considerado como su propio esbozo), la criada santafereña, el embolador, el enamorado cursi, la voluntaria, el indio, el cobrador, el sacristán, el monaguillo y en general todos los tipos humanos de la galería social colombiana. Publicó, además, en los periódicos de la capital varios cuentos, y fue autor de muchas canciones y bambucos que tienen "la ternura y la melancolía de lo íntimo de su alma".

EL INDIO

Hundida hasta las cejas la corrosca;
ruana listada, de algodón; montera;
calzón de manta; abierta la pechera
de lienzo crudo; la epidermis hosca.

El guayacán en la muñeca tosca
siempre colgado; alega a la ventera
a tiempo de pagar, y urde quimera
cuando tras larga libación se amosca.

Con la ovalada jaula ya vacía
de vuelta del mercado, la alegría
del lucro humilde su semblante inunda.

Y ajeno de la suerte a los rigores,
al són del tiple canta sus amores
a la luz de la tarde moribunda.

EL BOGOTANO

Correcto en el vestido; por su semblante
nunca pasa una sombra de duelo insano:
así va por las calles el bogotano,
siempre fino y alegre, siempre elegante.

Entre amigos y damas luce el chispeante
ingenio, que derrocha cortés y llano;
y como es un modelo de cortesano,
ama así... a la ligera: por ser galante.

Al hundirse en el lecho tras el quebranto
de una noche de danzas y de emociones,
se apodera de su alma cruel desencanto,

y mira, entristecido, por los rincones
del oscuro cerebro, vagar, entanto,
deshojadas y mustias sus ilusiones.

JOSE MARIA RIVAS GROOT

Nació en Bogotá el 23 de marzo de 1864. Recibió su educación en la misma ciudad y la complementó en Europa. Su primera poesía "Canto a Bolívar", vio la luz en el centenario del Libertador, y fue laureada en el concurso que se abrió al efecto. Antes de los veinte años publicó un texto para aprender inglés, al alcance de los niños. El gobierno de Venezuela le condecoró con el busto de Bolívar; fue miembro de número del Ateneo de Bogotá, Presidente de la Academia Colombiana de Historia, y correspondiente de la Real Academia de Ciencias morales y políticas, de *La Arcadia* de Roma y de varias otras hispano-americanas. Fue director de "La Opinión" y "El Orden", colaborador de algunos otros periódicos nacionales y extranjeros, y fundador de la revista "Raza Española", de Madrid. Desempeñó altos puestos públicos: Director de la Biblioteca Nacional, Representante y Senador, Secretario y Ministro de Instrucción Pública, Ministro de Relaciones Exteriores y Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede. Publicó los siguientes libros: "La Lira Nueva" (1886), "Víctor Hugo en América" (1890), "Resurrección", novela que cuenta con varias ediciones y que ha sido traducida al francés y al portugués, "La verdadera originalidad en las letras y en las artes" (1903), "Discursos" (1904), "Asuntos constitucionales, económicos y fiscales" (1906), "Historia de la Gran Colombia" (1907), "El Papa árbitro internacional" (1908), "El triunfo de la vida", novela premiada en Madrid (1916), "El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII" (1921), en colaboración con don Jerónimo Becker. Falleció en Roma, cuando se ocupaba en preparar una Historia extensa de Colombia, en el mes de octubre de 1923.

CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escúcha tú, que en noches de oscuridad tranquila
nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
la súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escúcha tú, poeta, que en noches estrelladas
cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan triste? Oye: nuestro fulgor es triste
porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra lumbre
hermanas son. Por siglos de compasión, existe
en astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos
volver hacia nosotras la vista suplicante,
tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
oasis donde salten aguas de vida eterna;
ya llega, llama,—y sale con su ánfora la Muerte
brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo;
vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
es triste ver el ansia que sin cesar le abraza;
el ideal anhela, requiere lo infinito,
crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra
mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
tocada la sandalia con polvo de la tierra,
tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduele tu lamento;
poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
us ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
con íntima dulzura miramos pesarosas,
nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
el mar con sus olajes, la tierra con sus hombres;
¿y al fin en mudas playas deshácense las olas,
y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes a todo sufrimiento:
la ola evaporada forma un cendal de nube,
¿y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco a todo canto;
al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
y como incienso humano que abraza un fuego santo,
al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe;
y espirarán, en medio de hielos y amargura,
los últimos dos hombres sobre una roca triste,
las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis, ¡oh estrellas, en el postrero día!...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

ALEJANDRO VEGA

Nació en Bogotá el 3 de abril de 1864. Estudió literatura y filosofía en el Colegio del Rosario. Colaboró en el "Diario de Cundinamarca", "El Correo Mercantil", "El Liberal", "El Mensajero Federal" y otros periódicos capitalinos, y redactó en el año de 1884 "La Revolución", asociado al poeta Manuel Medardo Espinosa. Tomó las armas en favor de la causa liberal en la guerra civil del año siguiente, y a su vencimiento tuvo que emigrar a Nueva York, en donde permaneció algunos meses, escribiendo cuentos para la prensa periódica relacionados con la conquista del Nuevo Reino de Granada y las tradiciones de los indios aborígenes. De regreso al país consagróse a especulaciones mercantiles, y a formar una selecta biblioteca particular, pues desde niño constituyó su especialidad un noble amor a los libros. Fue uno de los contertulios más conspicuos de la *Gruta Simbólica.* Acometido por dolorosa enfermedad al corazón, y después de luchar seis meses con la muerte, falleció en Bogotá el 18 de diciembre de 1903. En su labor literaria dio siempre la nota alta y tierna, mezclada con una encantadora y sutil ironía.

RETRATO

"A vos, el apuesto, cumplido garzón".

MORATÍN

Conde traspapelado, fue tardía
tu presencia en el mundo que te aclama
como el modelo de la antigua fama,
paladín de la audaz caballería.

¿Quién, al verte, no piensa en la porfía
con que quisieras, fiel a tu proclama,
"por mi Dios, por mi Rey y por mi Dama",
vengar de algún malsín la felonía?

Eres el justador del siglo de oro,
que al retirarse de la fiel mesnada,
va por la noche hacia el castillo moro
a platicar con la mujer amada;
atrás echado el bandolín sonoro
y la mano en el puño de la espada.

COPA ETERNA

Entré en la tienda: solitaria estaba,
y a la luz de la tarde moribunda
ví a la hermosa ventera que lloraba
detrás del mostrador, meditabunda.

—De algún amante pérfido, olvidada
lloras frío desdén o torpe agravio?
Mucho sufres? Respónde.— Pero nada
a mis preguntas contestó su labio.

—Dame cerveza, al fin la dije rudo,
y mientras la cerveza me servía
contener una lágrima no pudo
y cayó al vaso do el licor hervía.

—Bebamos ambos, añadí, que el frío
del corazón destierre la cerveza;
y al acercarse el vaso al labio mío
me detuvo la mano con presteza.

—Voy a cambiarla, dijo con quebranto;
y yo exclamé con voz desfallecida:
—No la cambies, que hiel en vez de llanto
he bebido en la copa de la vida!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Vino al mundo en Curití (Santander) el 12 de enero de 1865. Empezó los estudios de literatura y filosofía en el Colegio del doctor Zenón Solano, en Duitama, y los terminó en Bogotá, en el del doctor Santiago Pérez. En seguida se dedicó a los de jurisprudencia en la Universidad Católica. En unión de Octavio Torres Peña fundó en Bucaramanga "El Impulso". Más tarde fue en la misma ciudad profesor de la Escuela de Artes y Oficios y Director de Instrucción Pública. Al estallar la guerra civil de 1895 alistóse en el ejército del gobierno e hizo la campaña hasta alcanzar el grado de coronel después de la batalla de Enciso. Luego fue secretario de la legación de Colombia en Caracas, y años después desempeñó igual cargo en Santiago de Chile. Dirige "El Nuevo Tiempo" desde 1905. Ha sido en dos ocasiones Ministro Plenipotenciario de Colombia en Francia y Presidente de la Cámara de Representantes. Ocupa un sillón en la Academia Colombiana de la Lengua. De sus versos originales hay dos ediciones: la primera hecha en 1897, en Caracas, con prólogo de don Ricardo Becerra; la otra, del año 1911, salió en las entregas 7 a 9 (tomo X) de "El Nuevo Tiempo Literario". Además, en 1926 apareció en París un volumen de "Traducciones poéticas", muy elogiado por la crítica.

PAISAJE

De verdes sauces entre doble hilera,
de la agria roca al coronar la altura,
a lo lejos, cortando la llanura,
se ve la polvorosa carretera.

Donde se párte en dos la cordillera
se divisa una casa, y su blancura
resalta del trigal en la verdura
cual si velamen de una barca fuera.

Del saucedal bajo el ramaje amigo
clavo la vista en el hogar risueño,
de dos almas tal vez dichoso abrigo;

y bajo el peso de tristeza ignota
finjo visiones de un borrado sueño,
y hondo suspiro de mi pecho brota.

INMORTALIDAD

. . . . all the boundless universe
Is life—there are no dead.

J. L. MC CREERY

I

A la luz de la tarde moribunda
recorro el olvidado cementerio,
y una dulce piedad mi pecho inunda
al pensar de la muerte en el misterio.

Del occidente a las postreras luces
mi errabunda mirada sólo advierte,
los toscos leños de torcidas cruces,
despojos en la playa de la Muerte.

De madreselvas que el Abril enflora,
cercado humilde en torno se levanta,
donde vierte sus lágrimas la aurora,
y donde el ave, por las tardes, canta.

Corre cerca un arroyo en hondo cauce
que a trechos lama verdinegra viste,
y de la orilla se levanta un sauce,
cual de la Muerte centinela triste.

Y al oír el rumor en la maleza,
mi mente inquiere, de la sombra esclava,
si es rumor de la vida que ya empieza,
o rumor de la vida que se acaba.

"¿Muere todo?" me digo. En el instante
alzarse veo de las verdes lomas,
para perderse en el azul radiante
una blanca bandada de palomas.

Y del bardo sajón el hondo verso,
verso consolador, mi oído hiere:
No hay muerte, porque es vida el universo;
los muertos no están muertos... Nada muere!

II

¡No hay muerte! ¡todo es vida!...
El sol que ahora
por entre nubes de encendida grana
va llegando al ocaso, ya es aurora
para otros mundos, en región lejana.

Peregrina en la sombra, el alma yerra
cuando un perdido bién llora en su duelo.
Los dones de los cielos a la tierra
no mueren... tornan de la tierra al cielo!

III

Si ya llegaron a la eterna vida
los que a la sima del sepulcro ruedan,
con júbilo cantemos su partida,
¡y lloremos mas bien por los que quedan!

Sus ojos vieron en la tierra cardos,
y sangraron sus piés en los abrojos..
¡Ya los abrojos son fragantes nardos,
y todo es fiesta y luz para sus ojos!

Su pan fue duro, y largo su camino;
su dicha terrenal fue transitoria...
Si ya la muerte a libertarlos vino,
¿por qué no alzamos himnos de victoria?

IV

La dulce faz en el hogar querida,
que fue en las sombras cual polar estrella;
la dulce faz, ausente de la vida,
¡ya sonríe, más fúlgida y más bella!

La mano que posada en nuestra frente,
en horas de dolor fue blanda pluma,
transfigurada, diáfana, fulgente,
ya como rosa de Sarón perfuma.

Y los ojos queridos, siempre amados,
que alegraron los páramos desiertos,
aunque entre sombras los miréis cerrados,
¡sabed que están para la luz abiertos!

Y el corazón que nos amó, santuario
de todos nuestros sueños terrenales,
al surgir de la noche del osario,
es ya vaso de aromas edenales.

Para la nave errante, ya hay remanso;
para la mente humana, un mundo abierto;
para los piés heridos... ya hay descanso,
y para el pobre náufrago... ya hay puerto.

V

No hay muerte, aunque se apague a nuestros ojos
lo que dio a nuestra vida luz y encanto;
¡todo es vida, aunque en míseros despojos
caiga en raudal copioso nuestro llanto!

No hay muerte, aunque a la tumba, a los que amamos
(la frente baja y de dolor cubiertos),
llevemos a dormir... y aunque creamos
que los muertos queridos están muertos.

Ni fue su adiós eterna despedida...
Como buscando un sol de primavera,
dejaron las tinieblas de la vida
por nueva vida, en luminosa esfera.

Padre, madre y hermanos, de fatigas
en el mundo sufridos compañeros,
germen fuisteis ayer... ¡hoy sois espigas,
espigas del Señor en los graneros!

Dejaron su terrena vestidura
y ya lauro inmortal radia en sus frentes;
y aunque partieron para excelsa altura,
con nosotros están... ¡No están ausentes!

VI

Son luz para el humano pensamiento,
rayo en la estrella y música en la brisa.
¿Canta el aura en las frondas?.. ¡Es su acento!
¿Una estrella miráis?.. ¡Es su sonrisa!

Por eso cuando en horas de amargura
el horizonte ennegrecido vemos,
oímos como voces de dulzura,
pero de dónde vienen... ¡no sabemos!

¡Son *ellos*... cerca están! Y aunque circuya
luz eterna a sus almas donde moran,
en el placer, nuestra alegría es suya,
y en el dolor, con nuestro llanto lloran.

A nuestro lado van. Son luz y egida
de nuestros pasos débiles e inciertos.
No hay muerte. ¡Todo alienta, todo es vida!
¡Y los muertos queridos no están muertos!

Porque al caer el corazón inerte
un mundo se abre de infinitas galas,
y como eterno galardón, la Muerte
cambia el sudario del sepulcro, en alas!

JOAQUIN GONZALEZ CAMARGO

Nació en Sogamoso el 15 de enero de 1865. Hizo estudios de literatura y filosofía en el Colegio de San Bartolomé, y luégo de medicina en la Universidad Nacional, los cuales cortó una temprana muerte ocurrida en Zipaquirá el 9 de diciembre de 1886. En 1889 se publicó en Bogotá un pequeño tomo de sus "Poesías", con una anotación preliminar por don José Rivas Groot. Aquellas le dan sitio preeminente en el Parnaso nacional, por su originalidad y hondo sentimiento. Don Juan Valera en sus "Cartas americanas" dice que los versos de González Camargo, *Viaje de la luz,* le gustan más que los mejores de Bécquer y de Heine, toda vez que "el discípulo Camargo se adelanta aquí a sus dos maestros, al español y al alemán, y hace una linda poesía, sobria de palabras, rica de pensamientos, llena de imágenes y de galanura".

VIAJE DE LA LUZ

Empieza el sueño a acariciar mis sienes.
Vapor de adormideras en mi estancia;
los informes recuerdos en la sombra
cruzan como fantasmas.

Por la angosta rendija de la puerta
rayo furtivo de la luna avanza,
ilumina los átomos del aire;
se detiene en mis armas.

Se cerraron mis ojos, y la mente
entre los sueños, a lo ignoto se alza;
meciéndose en los rayos de la luna,
dá formas a la nada.

Y ve surgir las ondulantes costas,
las eminencias de celeste Atlántida,
donde viven los Genios y se anida
del porvenir el águila.

Allá rima la luz y el canto alumbra,
aire de eternidad alienta el alma,
y los poetas del futuro templan
las cristalinas arpas.

Aureolas boreales de los siglos
allá se encuentran, recogida el ala;
como una antelia vese el pensamiento
que gigantesco se alza

Allá los Prometeos sin cadenas,
y de Jacob la luminosa escala,
allá la fruta del Edén perdida,
la que el saber entraña.

Y el libro apocalíptico, sin sellos,
suelta a la luz sus misteriosas páginas,
y el Tabor del espíritu, su cima
de entre la niebla saca.

Y allí el Horeb de donde brota puro
el casto amor que con lo eterno acaba;
allá está el ideal, allá boguemos,
dad impulso a la barca.

Despertéme azorado... Y ese mundo?
Para volar a él en donde hay alas?
Interrogué a las sombras del pasado,
y las sombras callaban.

Pero el rayo de luna ya subía
del viejo estante a las polvosas tablas,
y lamiendo los lomos de los libros,
en sus títulos de oro se miraba.

ESTUDIANDO

En la sala anatómica desierta
desnudo y casto de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus tendida sobre el ara.

Lánguido apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene a cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
pero hay en ella contracción de frío;
es que al morir, el cuerpo se estremece
cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
a estudiar aquel libro me preparo,
interrogando a la materia muda.

Al cadáver me acerco: en la mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡un cadáver que llora!... Mi cuchilla
no romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido y me conmueve
tánto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

JOSE JOAQUIN CASAS

Nació en Chiquinquirá el 24 de febrero de 1865. Empezó sus estudios en la misma ciudad, en el colegio de su padre el doctor Jesús Casas Rojas. Estuvo luego en el Seminario de Bogotá, de 1880 al 83, y después pasó al colegio que entonces regentaba el doctor Manuel María Camargo. Con los padres jesuítas estudió otros dos años, y por último pasó a la Escuela de Derecho, en donde obtuvo el título de abogado. Fue Juez durante cinco años al término de los cuales le nombraron rector del Colegio de Zipaquirá. También tuvo un internado campestre en Chía, pero la guerra le hizo suspender sus labores pedagógicas para entregarse a la política. En efecto, ocupó altos cargos en el gobierno; entre ellos el de Ministro de Instrucción Pública, y en tal carácter desarrolló una benéfica labor de cultura, fundando instituciones tan beneméritas como la Academia Colombiana de Historia. En 1906 estableció el Liceo Pío X que subsistió cerca de veinte años, hasta que la política volvió a acudir al doctor Casas para llamarlo a ocupar la Presidencia del Consejo de Estado como primer designado para ejercer el Poder Ejecutivo, cargo que desempeñó durante varios períodos. Ultimamente se le nombró Ministro Plenipotenciario de Colombia en España. Es autor de las siguientes obras: "Cristóbal Colón" poema (1892) "Crónicas de Aldea" (sonetos) "Recuerdos de fiestas" (versos de estilo popular) "Poesías escogidas" y "Semblanzas de Diego Fallon y José Manuel Marroquín". Tiene en preparación un tomo de coplas que se llamará "Guayaberas" otro de "Poemas criollos" la traducción del "Arte poética de Horacio" y varios trabajos pedagógicos e históricos. Como poeta es maestro en las tres gamas: clásica, romántica y popular.

AVES Y SUEÑOS

Se van las tardes del azul verano;
se van con él las raudas golondrinas;
se van las horas del bullicio ufano,
de alegre sol y diáfanas neblinas.

Se van los sueños del amor temprano;
poniente el sol alumbra nuestras ruinas;
no torna el gozo al corazón humano
ni a su alero de ayer las golondrinas.

Mustio desmaya cuanto fué risueño!
¿A qué horizonte os dirigis lejano
veloces aves, ilusión de un sueño?

Os va siguiendo el corazón las huellas:
Adiós las tardes del azul verano,
veloces aves, ilusiones bellas!

LAS ARTES

(Fragmentos)

De eterna dicha el corazón sediento,
aunque fugaz la vida se deshaga
como en las ondas que conturba el viento
leve fulgor de lumbre que se apaga,
mientras doliente vaga
por esta senda tenebrosa el hombre,
con hondo afán, que siempre se renueva
para vencer el tedio del camino
doquier persigue cuanto sér le lleva
una imágen vivaz de su destino.

Nimbo de luz que a la Verdad circunda
la Belleza suspende su mirada,
y en inefable claridad le inunda
y a lo Inmortal su espíritu traslada.
Emanación sagrada,
vislumbre pura que a la tierra anuncia
un sol de gloria que jamás declina,
el corazón se sacia en la belleza,
y absorto contemplándola, adivina
que a Dios, por ella, la ascensión empieza.

. . . . . .

En pobre estancia, de su lienzo al frente
que en toscos leños sin color reposa,
ved al artista: en su mirada ardiente,
pronta a brotar la inspiración rebosa;
el alta frente hermosa,
doblada al genio, sobre el pecho inclina;
de un lado al otro vacilante viene,
y oprime entre las manos la paleta
en que del iris descompuesta tiene
la varia luz, cual por dogal sujeta.

Ya en el espacio que encontró desierto,
la línea apunta que temblando ensaya,
como en el mar, de brumas descubierto
vago contorno de remota playa;
o lánguida desmaya,
o crece y gira, la ignorada senda
siguiendo fácil, do el pintor la guía,
nuevo Moisés; de límites oscuros
ya se destacan con albor del día,
de hermosa virgen los contornos puros

Con luz de aurora las facciones tiñe,
su propia vida difundiendo en ellas,
y ya la curva de las sienes ciñe
con luminoso círculo de estrellas.

Del padecer las huellas
pone en los ojos; la entreabierta boca
que ya amorosa se conmueve y ruega,
en tintas baña de rosal temprano,
y el manto undoso que en redor despliega
es un jirón del cielo en el verano.

Con la pureza virginal contrasta
de la doncella, la serpiente hirsuta
en cuya boca, al peso que la aplasta
vese sangrienta la vedada fruta.
Sus cánticos tributa,
volando en torno, alada muchedumbre;
de cuya voz a la cadencia grata,
y desplegando la azulada veste,
parece que del lienzo se desata
y vuela a Dios la aparición celeste,
la hermosa aparición! Calla el artista,
le rinde el entusiasmo y le enajena
y al cuadro alzando la asombrada vista
su propio genio de estupor le llena.
Oh! ¿quién la muda escena
puede contar? En éxtasis Murillo,
el alma entre deliquios indecisa,
duda ante el cuadro que formó, de hinojos,
si él dio a los labios tan gentil sonrisa,
tanta expresión a los amables ojos.

. . . . . .

¡Oh magia del pincel, noble lenguaje;
cómo me ofrece bulliciosa y viva,
las tintas y horizontes del paisaje,
—dulce ilusión—la sabia perspectiva!
La pedregosa riba
vestida allí de juncos y espadañas;
me acaricia el frescor de los raudales,
y el concierto deleita mis oídos
que forman con su canto los zagales,
el rebaño sediento con balidos.

De muelles pastos y parleras frondas
surca las vegas matizada franja,
y entre el verdor pintándose en las ondas,
lozana asoma la risueña granja.
Desmayan en la zanja
abierta a un lado, florecidos arcos
que el viento a trechos deshojando azota;
de pardos juncos el bullente asilo
un ave deja, se levanta y flota
cual punto leve en el azul tranquilo.

. . . . . .

El genio es el poder. ¿Quién pensaría
que de piedad, de espanto o de alborozo,
tan copiosa corriente se escondia
de yerto mármol en informe trozo?
Sin canto y sin sollozo,
la estatua en él su cuna y su sepulcro
tiene, y la voz espera del profeta
que le dirá con poderoso acento:
"Quebranta la prisión que te sujeta,
toma mi sér, respira con mi aliento!"

. . . . . .

¡Salud, artistas! que lozana y pura,
templos al Bién la inspiración levante,
y, viva en monumentos, la Hermosura
os lleve a Dios, como Beatriz a Dante.

No importa que arrogante
os niegue el mundo, que a la pompa, al oro,
y no a vosotros la cerviz doblega,
y donde os llaman a incesante lidia,
con vil insulto, la ignorancia ciega,
con torpe asalto, la cobarde envidia.

El Arte en el silencio se enaltece;
subyuga a su poder los corazones
donde la augusta soledad le ofrece
fecundo manantial de inspiraciones.
Las nobles concepciones
que ofrenda a Dios, de lo que nunca muere
llevan doquier la esplendorosa huella;
y entre las ruinas se levantan solas
como murallas, donde en vano estrella
el mar del tiempo sus voraces olas.

1888

LA FLOR DE LA VIRAVIRA

(Composición interpretada en música por el maestro Ismael Posada)

La flor de la viravira
crece en yermo paramuno,
por donde si pasa alguno
ese pasa y no la mira.

Sin miel, sin vivos colores
la flor de la viravira,
en su redor ni uno gira
de los pájaros cantores.

Sólo de foscos senderos
en la yerta y muda calma,
para lecho y para enjalma
la arrancan los carboneros.

Y entonces, con vaguedades
de tristes mundos ignotos,
esparcen sus tallos rotos
aroma de soledades.

Pero esa flor soledosa
ama, y al bullicio ajena,
llora en silencio una pena,
y en su pena es más hermosa

Nadie por ella suspira,
nadie en recuerdo la ofrece;
por eso tan triste crece
la flor de la viravira.

JULIO FLOREZ

Nació en Chiquinquirá el 22 de mayo de 1867. Hizo sus primeros estudios en Puente Real, y sus maestros y condiscípulos refieren que a los diez años ya escribía versos. Luégo vino a Bogotá, cursó literatura en el Colegio del Rosario, y fue discípulo de Alberto Urdaneta y Antonio Rodríguez en las clases de dibujo y grabado de la Universidad Nacional; como tal obtuvo el segundo premio en un concurso abierto en mayo de 1882. Dos años más tarde se dio a conocer como poeta recitando unos hermosos versos en el entierro del bardo suicida Candelario Obeso. Con motivo de la guerra de 1885 Flórez dejó del todo las faenas estudiantiles. "La Lira Nueva", "El Heraldo" y la "Revista Gris" contienen sus primeras producciones poéticas. Además, escribió por entonces bellísimos cuentos y varias páginas de prosa. Durante algunos meses de la última guerra civil dirigió el periódico "Oriente", con Clímaco Soto Borda, y fue de los redactores de "El Rayo X" en 1902. En los primeros años de la administración Reyes viajó Flórez por varias repúblicas hispano-americanas: Venezuela, Centroamérica, Cuba y Méjico, en cuyas capitales se le hicieron espléndidas recepciones, sobre todo en Caracas y en Méjico; el gobierno de este último país quiso enviarlo por su cuenta a España, y lo declaró *ciudadano de honor* de la noble república azteca. Allí mismo recibió el nombramiento, que le hizo el Presidente de Colombia, de adjunto a nuestra Legación en España, a donde se dirigió en seguida, visitando de paso varios países europeos. El sabio Rufino José Cuervo le oyó recitar en París, y en una bella carta dejó constancia de la admiración que le produjo el estro del gran poeta. El número de cantos que publicó en la prensa periódica es enorme, y aún puede asegurarse que es mayor el que se conserva inédito, sobre todo el de las poesías que compuso en los tres últimos lustros de su vida, que él consideraba como su auténtica obra de arte y de pensamiento, sincera y hondamente meditada. Dio a la publicidad los siguientes libros: "Horas" (Bogotá, 1893),

"Cardos y lirios" (Caracas, 1905), "Manojo de zarzas", "Cesta de lotos", "Fronda lírica" (Madrid, 1908), "Gotas de ajenjo" (Barcelona) y los poemas "La Araña" y "Fuego y ceniza". Además, después de su muerte se ha publicado en España un tomo de "Poesías". Fue coronado oficialmente en Usiacurí el 14 de enero de 1923, y allí mismo falleció el 7 de febrero siguiente. El Congreso de Colombia dispuso en una de sus leyes la publicación de las obras completas de Julio Flórez, pero aún no se ha hecho nada en el particular.

IDILIO ETERNO

Ruge el mar y se encrespa y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo,
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira
tempestades y sube y baja y crece,
al sentir aquél ósculo, suspira...
y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos que de lejos
tiemblan de amor en noches estivales:
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales!

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos;
ella le dice: "¡te amo!" en sus fulgores,
y *él* responde: "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito,
y le cuenta su afán y su amargura
con una voz que truena en lo infinito!

Ella pálida y triste lo oye y sube
por el espacio en que su luz desploma,
y velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movible
del monstruo azul en que retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría
le grita el mar: "¡En tu fulgor me abrazo!
No desciendas tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor... detén el paso!...

Un instante!... mitiga mi amargura
ya que en tu lumbre sideral me bañas;
no te alejes!... ¿no ves tu imagen pura
brillar en el azul de mis entrañas?"

Y *ella* exclama en su loco desvarío:
"Por doquiera la muerte me circunda;
detenerme no puedo, monstruo mío,
compadece a tu pobre moribunda!...

Mi último beso de pasión te envío;
mi casto brillo a tu semblante junto!..."
Y en las hondas tinieblas del vacío
hecha cadáver se desploma al punto!

Entonce el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y solo,
cubre con sus sollozos las riberas!

Y al contemplar los luminosos rastros
de la alba luna en el obscuro velo,
tiemblan de amor los soñolientos astros
en la profunda soledad del cielo!

Todo calla!... El mar duerme y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche,
y sueña que se besa con la luna
en el tálamo negro de la noche!

OJOS

Ojos indefinibles, ojos grandes
como el cielo y el mar, hondos y puros,
ojos como las selvas de los Andes:
misteriosos, fantásticos y oscuros.

Ojos en cuyas místicas ojeras
se ve el rastro de incógnitos pesares,
cual se ve en la aridez de las riberas
la huella de las ondas de los mares.

Miradme con amor, eternamente,
ojos de melancólicas pupilas,
ojos que semejáis, bajo su frente,
pozos de aguas profundas y tranquilas.

Miradme con amor, ojos divinos
que adornáis como soles su cabeza,
y encima de sus labios purpurinos
parecéis dos abismos de tristeza.

Miradme con amor, fúlgidos ojos,
y cuando muera yo, que os amo tánto,
verted sobre mis lívidos despojos,
el dulce manantial de vuestro llanto.

LA LAGRIMA DEL DIABLO

Del infernal abismo con estruendoso vuelo
rasgando la tiniebla surgió Satán: quería
ver otra vez la comba donde se espacia el día,
ver otra vez su patria, ver otra vez el cielo!

Miró durante un siglo: cuando colmó su anhelo
y recordó el proscrito que allá no volvería,
con honda pesadumbre la formidable y fría
cabeza hundió en el polvo del solitario suelo.

Después... lanzó un sollozo que pareció un rugido
y yerta, azul y amarga, pugnó una gota en vano
por no salir del ojo del gran querub caído;

crujieron valle y cumbre y otero y bosque y llano,
porque la gota aquélla, buscando inmenso nido,
formó al rodar la mole del pérfido océano!

A UNA HIJA DE ROMA

Cantas, y melodiosa y argentina
surge por entre perlas y corales
tu voz, deshecha en mágicos raudales
de tu trémula boca purpurina;

miras, y tu mirada que fascina
tiene fulgor de auroras boreales;

andas, y en el donaire son rivales
tuyas sólo la Náyade y la Ondina.

Eres gracia hecha carne; tu hermosura
deslumbra como el sol cuando agobiado
de luz corona del cenit la altura.

Y llevas, como el Tíber despejado,
en tu pupila refulgente y pura
todo el cielo de Italia aprisionado.

EL CANTO LIBRE

Soy el pájaro lírico; yo estuve
en una jaula: la ciudad; hoy vuelo
sin trabas, como el cóndor y la nube,
por el mar, por la tierra y por el cielo.

Ayer en mi prisión ruidosa y vasta
hondamente canté mis propias penas,
mis decepciones y mis iras, y hasta
mis otras desventuras: las ajenas.

Entonces fue mi canto un gran gemido;
más hoy que libre el firmamento sondo
lejos del fausto y del odioso ruido,

a las miradas del burgués me escondo
de un monte en lo más hondo, y cuelgo el nido
al aire, porque así canto más hondo...

JUAN C. RAMIREZ

Nació en Yarumal, el 18 de febrero de 1860. Fue militar de profesión, y alcanzó en el ejercito el grado de general en jefe de las fuerzas del gobierno, durante la última guerra civil de los tres años. En la célebre batalla de Palonegro dió la carga definitiva al enemigo y aseguró la victoria. Fue representante al Congreso por el departamento de Antioquia en varias ocasiones. También fue director de la Policía Nacional y Secretario de la Legación de Colombia en Venezuela. Colaboró en muchos periódicos políticos y en las revistas literarias del país, en donde se encuentra dispersa su bellísima producción poética. Murió en Bogotá el 19 de noviembre de 1914. Según lo expresa con todo acierto el señor Gómez Restrepo "tuvo Juan C. Ramírez grande y original ingenio", y "fue un poeta varonil y enérgico, cuyas estrofas acicaladas y brillantes marchan con porte marcial, ya sea que cante a *Mirabeau* y a *España*, ya sea que exprese sentimientos amorosos".

STELLA MATUTINA

Es una pequeñuela encantadora
cuando en la cuna duerme sonreída;
es el embrión precioso de una vida
que flota en los celajes de la aurora.

Parece que la sangre que colora
esa carne infantil adormecida,
con pétalos de rosa fue teñida
por los labios bellísimos de Flora.

La madre vela con sublime empeño
junto al blanco cendal de la cortina,
de la inocente niña el blando sueño.

Y ante el inmenso amor que la domina,
el universo entero ve pequeño
y toda otra pasión halla mezquina.

DON QUIJOTE

Sublime Don Quijote! En tu presencia,
ante tu adusta, original figura,
al abismo miré de tu demencia,
y en el fondo sentí de la conciencia
envidia de tu olímpica locura!

Quién feliz como tú! Noble y valiente
el más puro ideal has compendiado;
y, anacronismo vivo y sorprendente,
pisas sobre la prosa del presente
envuelto en el poema del pasado.

Tarde llegas al épico escenario
de Bernardo y el Cid; era pasada
la edad de Godofredo y el Templario;
tú revives un siclo legendario
que por única ley tuvo la espada.

Idealizas por modo sobrehumano
todo cuanto en el mundo te rodea;
haces un caballero de un villano,
de un mozo de taberna un castellano
y de Aldonza Lorenzo, a Dulcinea;

Haces de Sancho Panza un escudero,
el rival de Babieca de un rocino,
y ostentas orgulloso y altanero
la abollada vacija de un barbero
transformada en el yelmo de Membrino....

Doquiera que diriges la mirada
te finge tu valor gente enemiga,
y juzgas que ante el filo de tu espada
iguales son el velo y la celada,
la rústica zamarra y la loriga.

Concentras de tu vida los afanes
a efectuar colosal palingenesia
y, juzgando heroísmo tus desmanes,
intentas eclipsar a los titanes
que en Troya engrandecieron a la Grecia

Mas, ay! que de la suerte los rigores
se burlan de tu empresa y de tu fama
y encuentras con villanos y pastores
en vez de los gallardos justadores
que luchaban por Dios y por su dama.

Palos y bofetones te han llovido...
Mas ¿qué importa? tú sigues adelante;
y sigues orgulloso y convencido
de que humano valor no te ha vencido
sin la ayuda infernal del Nigromante.

Esa ruda batalla con la suerte
tu varonil espíritu no abate:
la lucha es desigual, pero eres fuerte
y anhelas que al caer te halle la muerte
ungido con la sangre del combate!

JULIO GUTIERREZ

Poeta antioqueño, de fresca y lozana inspiración. Nació hacia el año de 1867. Fue redactor de "El Dúo", periódico medellinense en el que desplegó grande ingenio y chispa, alcanzando mucha popularidad con su seudónimo de *Frasquito*. Escribió un poemita en décimas llamado "En el templo y en la calle", en el cual narra, en versos llenos de melancolía, una historia amorosa de su adolescencia. Tradujo al castellano las romanzas de Bourget. Era habilísimo reporter, y derrochaba en sus revistas alternativamente gracia y sentimiento, según los sucesos frívolos o tristes que comentaba. Fue un verdadero bohemio, que envolvía su alma generosa, dentro de una contextura ligera y amable. A pesar de ello, o quizás por su mismo carácter, puso fin trágico a sus días en una mañana de los primeros meses de 1897, en que apareció muerto sobre una banca de un parque público de Bogotá.

SONETO

Feliz, oh viejo mascarón bronceado!,
que decoras la puerta de la casa
donde mi amada la existencia pasa
pensando en el rival afortunado.

Cuantas veces su mano haya tocado
la ruda argolla que tu faz traspasa
otras tantas quizá de amor se abrasa
tu indiferente rostro cincelado.

Ay! Nunca para mí dará sonido
al golpe de la aldaba el clavo griego.
¡El desamor mi corazón ha herido!

Fuéra mi esclava la materia, y ciego
al cogerte el amante preferido
entre sus manos te cambiara en fuego.

MI ALMANAQUE

Hoja tras hoja al bloque numerado
arranco pensativo, mudo y serio:
las que quedan encierran un misterio,
las que se van se llevan un pasado.

Aquéllas tienen el incierto hado
que me guarda del mundo el cautiverio;
éstas van a llenar el cementerio
do ambiciones y dichas han quedado.

Cuándo tendrá su fin esta tarea
de sepultar venturas y alegrías,
cuánto noble ideal el alma crea?

Por qué sigo forjando fantasías,
dulces sueños de amor, si en la pelea
caigo herido otra vez todos los días?

MANUEL URIBE VELASQUEZ

Natural de Amalfi; era hijo de don Manuel Uribe y de doña Matilde Velásquez. Fue alumno de la Universidad de Antioquia durante la época federal. Ejerció como fiscal en el circuito de Marinilla; luégo vino a Bogotá a completar sus estudios de jurisprudencia en los colegios del Rosario y San Bartolomé. Escribió un famoso poema burlesco, que permanece inédito, por el estilo de la "Canción cantable" del poeta colonial García Tejada, y que tiene por objeto poner en ridículo al juez de Marinilla, doctor J. N. Escobar Campuzano, contra quien tenía algún pique por cuestiones del oficio. Murió en Bogotá a principios de 1894, siendo todavía muy joven. Fue un poeta de grande originalidad e irreprochable contextura, cultivador de la musa irónica y epigramática, hoy injustamente olvidado.

EN LA TUMBA DE UN APRENDIZ DE CLARINETE

No mienten los mortuorios cronicones,
ni tampoco el gemir del plañidero,
que bien muerto aquí estás, clarinetero,
con tu boca, tus dedos y pulmones.

No saben lo que han hecho esos pisones
que cubrieron de tierra tu agujero:
dejar dormir al universo entero,
sobre todo a los pobres orejones!

Duérme por siempre sueño tan profundo,
que no logre alterarlo un sonsonete
imitador del tuyo, sin segundo.

Mas si es verdad, como lo dice Astete,
que habrás de renacer al fin del mundo,
cuidado con sacar tu clarinete!

A UN CRISTO EMPEÑADO

Desde la santa cumbre del Calvario
a la del montepío del prendista,
pasó un Cristo a formar entre la lista
de prendas repugnantes de un armario.

Oye misa y confiesa de ordinario
con mucha contrición el agiotista,
y secuestra a Jesús! ¡Jesús le asista
por ruín, por ladrón y por falsario!

Ver mayor humildad jamás espero:
digna es sólo de aquél que se dejara
insultar y escupir sobre un madero.

¡Fuera yo el enclavado y no quedara
en este mundo vil un usurero
que del leño sagrado no colgara!

DIEGO URIBE

Nació en Bogotá el 1.º de septiembre de 1867. Recibió su educación en colegios particulares y luégo en el del Rosario. Colaboró en casi todos los periódicos del país, en muchos de Sur América y en varios de España, con especialidad en "El Heraldo", de Bogotá, y en "El Nuevo Tiempo Literario", del cual fue redactor en su última época. Extinguido éste, fundó "El Literario", del que salieron tres tomos. Publicó las siguientes obras: "Selva" (poema, 1890), "Margarita" (poesías, tres ediciones, la primera hecha en París en 1898), "Hielos" (poesías, 1910), "Cocuyos" (epigramas). Dejó, además, en preparación varios tomos de versos titulados "Entre el bosque", "Nieblas", "Patria", y otro de "Traducciones", que acaba de editarse. Fue por muchos años Subdirector de la Biblioteca Nacional de Bogotá, y falleció en esta cuidad el 22 de diciembre de 1921.

DOMADORES

A Víctor M. Londoño.

Los cautivos monarcas del desierto,
de corva garra y acerado diente,
se agitan con espasmos de serpiente,
viendo el acceso a su cubil abierto.

De voluntad y de valor cubierto,
penetra el domador, alto el tridente,
y el grupo audaz repliégase obediente
entre selvoso rugidor concierto.

En lo escabroso de la senda ruda,
jaulas son nnestros propios corazones,
do, fusta en alto, con la frente erguida,

ante el mirar de la conciencia muda,
domamos como fieras las pasiones
en el inmenso circo de la vida.

¿CIEGO?

I

Sentado en una loma, al pie de una barranca,
con su guitarra amiga a solas canta un ciego,
y notas tristes, lánguidas, al instrumento arranca,
con la tristeza mística del solitario ruego.

Lo envuelven resplandores del sol, crepusculares,
los vientos de la tarde su cabellera azotan,
y al par que en el espacio se pierden sus cantares,
gotas de amargo llanto de su pupila brotan.

El sol bañó en sus rayos de resplandores rojos
el fruto de esos párpados inmóviles y muertos,
y yo enjugué una lágrima al ver aquellos ojos,
para el placer dormidos, para el dolor despiertos!

Para él no hay sol radiante, ni noches estrelladas,
ni amarillenta luna que surque el firmamento,
para él no hay cariñosas sonrisas, ni miradas,
ni pájaros errantes que crucen por el viento.

Para él no hay más que sombra, para él nada fulgura;
es justo que se aflija y en su aflicción implore,
y que cuando alce un canto desde su noche oscura,
arranque notas tristes a su guitarra y llore.

II

Pero también las sombras cruzan radiantes huellas;
en negros nubarrones el rayo centellea,
en las oscuras noches fulguran las estrellas,
y surge entre la sombra más diáfana la idea.

Si más que luz da sombra la claridad del día,
y el mundo de la forma la humanidad ofusca,
¿el ciego ve el impulso divino que lo guía
y claros los misterios que en vano el hombre busca?

?Verá en su fondo mismo, de Dios la omnipotencia,
traspasará los lindes del misterioso arcano,
y con los ojos fijos por siempre en su conciencia
conocerá el abismo del corazón humano?

Entonces que no llore, que cante, que sonría:
más lumbre hay en sus ojos y en su interior más calma;
que no abra la pupila, porque la luz del día
puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.

LA ETERNA CANCION

(De Madame Edmond Rostand)

Cuando yo envejezca, cuando tú envejezcas,
y mis rizos blondos se truequen en canas,
en mayo, en el huerto, del sol la caricia
nuestras manos trémulas buscarán con ansia.
Como hará el retoño de la primavera
que el himno entonemos de las esperanzas,
nuestros corazones sentirán el fuego
de las florecidas épocas pasadas;
y yo, con los ojos en los tuyos fijos,
te daré, la frente sobre ti inclinada,
todos mis amores en una sonrisa,
todas mis ternuras en una mirada.
Y así formaremos en rústico banco,
de dos viejecitos, pareja adorada,
cuando tú envejezcas, cuando yo envejezca,
y mis rizos blondos se truequen en canas.

En el banco amigo, verdoso de musgo,
donde conversamos en otras mañanas,
sentiremos dulce placer inefable,

diremos la frase que en ósculo acaba,
y recordaremos las veces que *te amo,*
latiendo en los labios, te dijo mi alma.
Y recordaremos mil cosas pequeñas
que harán que lancemos una carcajada.
Y el rayo rosado de dulce caricia
tejerá sus hilos sobre nuestras canas,
cuando en nuestro banco verdoso de musgo
los dos conversemos, como otras mañanas.

Y como he de amarte más cada momento:
hoy más que ayer, menos que mañana,
y con un afecto sereno y tranquilo,
¿qué importa se pliegue de arrugas la cara?
Sentiré que una ola de dulces recuerdos
poblará mi mente en cada alborada,
recuerdos que a un tiempo son tuyos y míos,
que irán acercando aun más nuestras almas,
y que irán tejiendo misteriosas redes,
cuyos tenues hilos nos unen y enlazan.
Y aunque ya estaremos débiles y viejos
estrecharé siempre tu mano con ansia,
porque he de quererte más cada momento:
hoy más que ayer, menos que mañana.

Y quiero que todo este amor-ensueño,
mi corazón guarde, como urna sagrada,
retener aquellas impresiones breves,
para, lentamente, luégo saborearlas.
Y como un avaro, lo que de él me venga,
iré atesorando, y así en el mañana
con el oro todo de mi amor primero
me sentiré rica, con riqueza rara;
me dirá el recuerdo la dulzura inmensa
de tiempos que fueron y dichas que pasan,
y así habré logrado que este amor-ensueño
mi corazón guarde, como urna sagrada.

Cuando tú envejezcas, cuando yo envejezca,
y mis rizos blondos se truequen en canas,
en mayo, en el huerto, del sol la caricia
nuestras manos trémulas buscarán con ansia.
Como hará el retoño de la primavera
que el himno entonemos de las añoranzas,
nuestros corazones sentirán el fuego
de las florecidas épocas pasadas.
Y feliz oyendo sus frases amantes,
te daré, la frente sobre ti inclinada,
todos mis amores en una sonrisa,
todas mis ternuras en hondas miradas,
cuando tú envejezcas, cuando yo envejezca,
y mis rizos blondos se truequen en canas.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Nació en Bogotá el 13 de enero de 1869. Hizo estudios en el colegio de su padre, el institutor y poeta don Ruperto S. Gómez. Redactó en 1886 "El Orden", y ha sido colaborador de "La Defensa Católica", "El Repertorio Colombiano", "El Colombiano", "La Epoca", "El Nacionalista", "El Nuevo Tiempo Literario", "La Revista", "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", "El Hogar Católico", "Cromos" y "Santafé y Bogotá". Ha publicado las siguientes obras: "Ensayo sobre los estudios críticos de don Rafael M. Merchán" (1886), "Apuntes de literatura" (1893), "Ecos perdidos", versos con prólogo de don Rufino J. Cuervo (París, 1893), "Discurso en elogio de don Marcelino Menéndez y Pelayo" (1912), "En la región del ensueño" (fantasía en un acto, 1917), "La literatura colombiana" (Nueva York, 1918; Bogotá, 1926), "Bogotá.—La literatura colombiana a mediados del siglo XIX" (1926), "Cantos de Giacomo Leopardi, traducidos en verso castellano" (Roma, 1929). Es individuo correspondiente de la Real Academia Española desde 1893, y socio, en la misma categoría, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona y de la Nacional de Historia de Caracas; miembro de número de las Academias colombianas de la Lengua y de la Historia; Presidente de esta última en dos ocasiones, y Secretario perpetuo de la primera. Se halla condecorado con la encomienda de Isabel la Católica y la gran cruz de la orden pontificia de San Silvestre. En el órden político y administrativo ha sido Secretario particular del Presidente doctor Carlos Holguín, Vicepresidente de la Asamblea de Cundinamarca (1892), Secretario de la Legación en Madrid y luégo Encargado de Negocios allí mismo, Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores durante veinte años, Senador, Subsecretario del Ministerio de Gobierno, Ministro de Instrucción Pública, Embajador especial de Colombia ante las Repúblicas de Méjico y el Perú, y Ministro Plenipotenciario en Italia. Como crítico es de los más autorizados en nuestra lengua; sus versos son de estructura impecable y de inspiración serena y delicada.

LOS OJOS

Ojos hay soñadores y profundos
que nos abren lejanas perspectivas;
ojos cuyas miradas pensativas
nos llevan a otros cielos y a otros mundos

ojos como el pensar, meditabundos,
en cuyo fondo gris vagan esquivas
bandadas de ilusiones fugitivas,
como en el mar, alciones errabundos.

Ojos hay que las penas embellecen
y dan el filtro de celeste olvido
a los que al peso de su cruz fallecen;

ojos tan dulces como el bién que ha sido,
y que en su etérea vaguedad parecen
astros salvados del Edén perdido.

ANTE LA ESTATUA DE MARCO AURELIO

I

Del Capitolio en la vetusta plaza,
que el ámbito de Roma señorea,
el magnánimo Cesar gallardea,
con el decoro de su excelsa raza.

Casco no ostenta, escudo, ni coraza,
ni la espada terrífica blandea;
sereno, tras el choque y la pelea,
su vasto imperio con la vista abraza.

Su grave rostro de perfil romano,
rostro de padre y de monarca, muestra
las hondas huellas del pensar profundo.

Y sometiendo con la izquierda mano
el potente bridón, tiende la diestra
como amparando con su cetro el mundo.

II

Nativo de recóndito hemisferio,
do tu águila imperial llegar no pudo,
yo, viajero errabundo, te saludo,
oh monarca más grande que tu imperio!

Te admiro, en tu dorado cautiverio
libre viviendo, de ambición desnudo,
y en los descansos del combate rudo
la natura explorando y el misterio.

Te admiro, alzando de Nerón al trono
la compasión, deidad desconocida
de los fieros repúblicos romanos;

y exento el pecho de pasión y encono,
tendiendo al cielo, al terminar tu vida,
limpias de mancha las augustas manos.

III

¡Cuán severa tu suerte y cuán extraña!
Alma benigna, para amar nacida,
fue un doloroso batallar tu vida,
y tu solio, la tienda de campaña.

Tu pensamiento, que en la luz se baña
por el ático genio difundida,
vio estallar en tu prole envilecida
los instintos de indómita alimaña.

A un tiempo contra ti se conjuraron
tierra y cielo, los hombres, la natura,
presagiando el supremo cataclismo;

las horrendas catástrofes pasaron,
y tú quedaste, en inviolada altura,
Señor del Universo y de ti mismo.

IV

De tu existencia el silencioso drama
a través de los siglos se embellece,
y tu figura pensativa crece
de Roma en el sangriento panorama.

Y el libro de oro que en su rica trama
la noble imágen de tu vida ofrece,
no muere, ni se olvida, ni envejece,
y aun hoy nos purifica y embalsama.

Sin la soberbia majestad de Augusto,
ni la arrogancia militar de Mario,
ni la fiereza de Catón adusto,

tú imperas de la gloria en el santuario,
y se reflejan en tu faz de justo
remotos resplandores del Calvario.

ENRIQUE ALVAREZ HENAO

Nació en Bogotá el 29 de noviembre de 1871. Hizo sus primeros estudios en un colegio particular, luégo estuvo algún tiempo en San Bartolomé y finalmente en el Rosario, donde alcanzó el bachillerato. Los primeros versos que publicó fueron *Perucho,* en el diario "El Telegrama", el año de 1890. Se matriculó en la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales, y con sumo provecho hacía los estudios, cuando el fallecimiento de su madre le hizo perder la fe en la ciencia y desistir del empeño en doctorarse. Desde entonces se consagró por completo al cultivo de la poesía, soportando la vida, mas sin preocuparse por hacerla agradable con el trabajo, la alegría y el amor. Fue un bohemio y un escéptico de las mujeres y de la gloria. En la mayor parte de sus versos se transparenta una tendencia mística y un fervor religioso muy puro, al propio tiempo que en otras composiciones ensayó un género humorístico que hace vacilar el espíritu entre la risa y el sollozo. Falleció en Bogotá el 19 de julio de 1914. Dejó un libro de "Poesías" editado en Barcelona (España), y numerosos versos regados en periódicos y revistas.

LA ABEJA

Miniatura del bosque soberano
y consentida del vergel y el viento,
los campos cruza en busca del sustento,
sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
siempre en ágil, continuo movimiento,
va y torna, como lo hace el pensamiento
en la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores
lo conduce a su celda reducida,
y sigue sin descanso sus labores,

sin pensar, ay!, que en su vaiven incierto
lleva la miel para la amarga vida
y el blanco cirio para el pobre muerto.

LA CARCAJADA DEL DIABLO

I

Contento está el Diablo?.... Contento está el Diablo.
Prestadme mi lira que voy a cantar.
Con Dios no me entiendo, con hombres no hablo:
que vengan mis almas, mis almas. Ja, ja!

II

Que el trueno refuerce mi ronco rugido;
que vibre mi pecho que roto no está;
que no me enternezca del rayo el ronquido,
que el eco lejano repita: Ja, ja!

III

Luzbel me llamaban; conservo las huellas
de aquella imponente figura real;
mis ojos brillaban con lumbre de estrellas.
Hoy dicen que hieren mis ojos... Ja, ja!

IV

Festejo mis bodas con ecos extraños;
hoy hace un minuto me echaron de allá;
hoy hace mil siglos que vivo mil años;
hoy hace mil años de siglos... Ja, ja!

V

Ayer esperanzas, recuerdos, delirios;
hoy sólo memorias, ya muertas quizá;
hoy sólo mis ojos parecen dos cirios
que velan mi propio cadáver!... Ja ja!

VI

¿Te acuerdas, oh Diablo, cuando eras implume?
¿Te acuerdas demonio cómo eras allá?
Tu voz un arrullo, tu aliento un perfume.
¿Te acuerdas, te acuerdas de aquello?... Ja, ja!

VII

Romped con la mente del cielo los tules,
dos puros luceros lejanos soñad;
así eran mis ojos, mis ojos azules;
dos puras lejanas estrellas! Ja, ja!

VIII

Mi faz irradiaba las luces del día;
mis labios se hicieron de rosa y coral;
blancura de mármol mi cuello tenía;
blancura de mármol mis alas!... Ja, ja!

IX

Hubiéranme visto cubierto de galas
llegar hasta el trono del mismo Jehová;
hubiéranme visto rasgar con mis alas
los puros espacios del Cielo... Ja, ja!

X

Hubiéranme visto cuando era querube
mi diáfano, undoso ropaje llevar
de aurora que llega, de cándida nube,
de noche de bodas, te acuerdas?... Ja, ja!

XI

Hubiéranme visto, hubiéranme visto,
más bello que el ángel del huerto quizá,
allá cuando a solas llevárale a Cristo
la copa sin fondo y amarga!... Ja, ja!

XII

Mi frente era altiva, mi aspecto era grave,
severas mis formas, grandioso mi andar;
mi pecho guardaba los trinos del ave;
hoy guarda rugidos mi pecho!... Ja, ja!

XIII

De todos los seres fui el más atrevido;
yo nunca soñaba tan pronto bajar;
yo nunca pensaba que fuera el olvido
tan hondo, tan hondo, tan hondo!... Ja, ja!

XIV

Yo mando, le dije; y El dijo: yo mando;
yo mando en mis Cielos; afuera, Satán;
de entonces no he vuelto, ni vuelvo, ni hay cuándo
reciba su eterna caricia. Ja, ja!

XV

Por tanto a su trono tornar nunca pienso;
no puedo ya nunca su altura escalar;
ni en forma de nube, ni en forma de incienso,
ni en forma de niebla, de nada!... Ja, ja!

XVI

Ja, ja, de las almas que buscan un Cielo
y llevan un áspid para ellas fatal;
ja, ja, de las aves que lanzan su vuelo
sin playas, ni oasis, ni espacio. Ja, ja!

XVII

En medio del alma le llevo grabado,
su imagen serena no puedo arrancar;
y nunca ya puedo volver a su lado,
y un tiempo lo quise, lo amaba!... Ja, ja!

XVIII

El sér que a mí llega por El siempre sufre;
comprende que nunca lo vuelve a encontrar;
no hay tales calderas, ni plomo, ni azufre;
no hay tales crujidos de dientes. Ja, ja!

XIX

Tan sólo en la ausencia mi Infierno está urdido,
querer mucho y siempre, sin nunca olvidar;
querer mucho y siempre al sér más querido
sin verlo hace tiempo, ni nunca!... Ja, ja!

XX

La ausencia es mi tema, la ausencia es mi trama,
con ese castigo soy duro y tenaz;
con ese castigo yo alejo al que ama
de todos los seres queridos. Ja, ja!

XXI

Mi reino es la ausencia sin tregua ni calma;
no hay sapos, culebras, ni ardiente metal;
mi reino es la ausencia de luz en el alma;
mi ausencia es la ausencia del alma!... Ja, ja!

XXII

Al Diablo con esos amores malditos,
exclaman aquellos que van a olvidar;
la ausencia, la ausencia sin llanto ni gritos
es sólo el castigo que guardo!... Ja, ja!

XXIII

Siniestra es mi danza, siniestra es mi danza;
yo sólo comprendo lo que es el Jamás,
y el irse por siempre la muerta esperanza,
como alma que llevan los diablos!... Ja, ja!

XXIV

El Diablo está herido, el Diablo está herido;
herido en el alma, no puede olvidar...
¡Qué triste es la ausencia del sér más querido!
¡Romped esa lira que quiero llorar!

JOSE ASUNCION SILVA

Nació en Bogotá el 27 de noviembre de 1865, y fue hijo del notable escritor de costumbres don Ricardo Silva y de su esposa doña Vicenta Gómez. Recibió su educación en los colegios dirigidos por el doctor Luis María Cuervo y por el presbítero Escobar. En seguida se dedicó al comercio, en asocio de su padre. Viajó por Europa durante los años de 1883 a 1886. A su regreso al país continuó sus operaciones mercantiles, en medio de una tremenda crisis producida por la imposición del papel moneda de curso forzoso, y a la muerte de su padre en 1888, Silva heredó una verdadera quiebra, a la cual hizo frente con valor y tenacidad incomparables, logrando reanudar los negocios con éxito en un principio; mas a la postre se vio envuelto por la mala situación del comercio colombiano, que vino a burlar todas sus previsiones y a hacer nugatorios todos sus esfuerzos. La muerte de su hermana Elvira asestó a Silva el golpe más cruel de todos los que tenía recibidos; agobiado por ello y cansado de luchar en faenas comerciales, obtuvo el nombramiento de Secretario de la Legación de Colombia en Caracas, a donde llevaba la ilusión de poder editar una colección de sus poesías. Pero la fatalidad lo obligó a regresar prontamente a su patria, con la mala fortuna de haber perdido sus manuscritos en el naufragio del buque en que venía. Tal cúmulo de desgracias aumentó su emotividad y neurastenia, y le llevó a romper su vida de una manera trágica en la noche del 23 de mayo de 1896. Silva es considerado como el precursor del modernismo, y uno de sus hermanos en el arte, el ilustre mejicano Amado Nervo, lo llamó "el poeta más grande de América".

DIA DE DIFUNTOS

La luz vaga.... opaco el día...
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
un obscuro velo opaco, de letal melancolía,
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
yal oír en las alturas
melancólicas y obscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
las campanas plañideras,
que les hablan a los vivos
de los muertos!

Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Es la voz de la campana
que va marcando la hora
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora;
una campana se queja
y la otra campana llora;
ésta tiene voz de vieja
y ésa de niña que ora.

Las campanas más grandes que dan un doble recio
suenan con un acento de místico desprecio,
más la campana que da la hora
ríe, no llora;
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días;

tiene en su timbre seco sutiles ironías;
su voz parece que habla de fiestas, de alegrías,
es una campana del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe
escéptica y burladora
de la campana que gime,
de la campana que implora,
y de cuanto aquel coro conmemora;
y es que con su retintín
midió ella el dolor humano,
marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre són;
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos!
No la oigáis campanas! no la oigáis, ioh bronces!
que con la voz grave de ese clamoreo
rogáis por los seres que duermen ahora,
lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas;
seguid en el aire vuestro bamboleo,
no la oigáis campanas....!
Contra lo imposible ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,
esa voz de oro,
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj,
suena, suena, suena, ahora,
y dice que ella marcó,
con su vibración sonora
de los olvidos la hora;
que después de la velada
que pasa cada difunto
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud,

mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios;
que después de la tristura,
del llanto conmovedor,
de las frases de amargura,
de los gritos de dolor,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto, huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento,
seis meses más tarde.... o diez.

Y hoy día de muertos.... ahora que flota
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae gota a gota
y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría;
ella, que ha marcado la hora y el día
en que a cada casa lúgubre y vacía,
tras el luto breve volvió la alegría;
ella, que ha marcado la hora del baile
en que al año justo un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio;
suena indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella, que ha marcado la hora precisa
en que a cada boca de dolor sellada,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella que ha marcado la hora en que el viudo
habló del suicidio y pidió el arsénico
cuando aún en la alcoba recién perfumada
flotaba el aroma del ácido fénico;
y ha marcado luégo la hora en que mudo
por las emociones con que el gozo agobia,
para que lo unieran en sagrado nudo
a la misma iglesia fue con otra novia;

ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio;
y sigue marcando con el mismo modo,
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huida del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso e incierto
que flota en el sonido,
esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bién y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal,
y resuena en las alturas
melancólicas y obscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro
con que suenan las campanas...
las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos...!

PAISAJE TROPICAL

Magia adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje,
cuando borra los lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras al bohío
la maraña tupida, y el follaje
semeja los calados de un encaje,
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.
La corriente dormida una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro.

Y con sus nubes el poniente fragua
otro cielo rosado y verde-oscuro
en los espejos trémulos del agua.

NOCTURNO

I

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
Una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mi ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas.
Y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca.
Y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y era una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga....

II

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde muestra voz no alcanza,

mudo y solo
por la senda caminaba....
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chillido
de las ranas....
Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria,
y tu sombra esbelta y ágil
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella.... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!....

CARLOS ARTURO TORRES

Nació en Santa Rosa de Viterbo el 18 de abril de 1867, y desde muy joven empezó a distinguirse por sus traducciones poéticas y poesías originales. Hizo estudios en el Colegio de San Bartolomé, y recibió el título de doctor en jurisprudencia en el Externado. Sus primeros versos fueron publicados en un periódico que dirigió en la capital Alirio Díaz Guerra; colaboró luégo en los "Folletines de *La Luz*" y en "Víctor Hugo en América", obra compilada por Rivas Groot y el Ministro chileno Soffia, y mereció ser incluído en el "Parnaso colombiano", de Añez, y en la colección de "La Lira Nueva". Fundó en Bucaramanga *El Impulso,* en asocio de su hermano Octavio y de Ismael Enrique Arciniegas. A su regreso a Bogotá estrenó el drama "Lope de Aguirre", compuesto a los veinte años de edad, y regentó en el Colegio del Externado varias asignaturas, siendo Vicerrector de ese plantel por varios años. En 1896 fue redactor en jefe de *El Republicano* y al año siguiente de *La Crónica,* periódico que sostuvo hasta estallar la guerra civil de 1899, a la cual se opuso con toda la virilidad de su estilo. También dirigió en 1898 *La Opinión Pública,* al propio tiempo que desempeñaba las cátedras de Derecho Internacional Público y Privado en la Universidad Republicana. En 1899 fue secretario de la misión especial en Europa, confiada al doctor Nicolás Esguerra, para las negociaciones relativas al Canal de Panamá. En vísperas de terminarse la revolución de los tres años fundó, en unión de José Camacho Carrizosa, *El Nuevo Tiempo,* decano de los diarios bogotanos en la actualidad. Fue Ministro del Tesoro en la administración Marroquín (1903), y de Hacienda en la del general Reyes (1904). Al año siguiente marchó para Europa con el cargo de Cónsul en Liverpool, y allí permaneció hasta 1909, ocupándose, además, en la publicación de sus libros "Idola Fori", "Estudios ingleses", "Poemas dramáticos" y "Obra poética". En 1910, de regreso en la patria, fundó *La Civilización.* Meses después fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Venezuela, y allí mis-

mo asistió al Congreso Boliviano como Delegado de Colombia. En el ejercicio de tan elevadas funciones falleció en Caracas el 13 de Julio de 1911. Fue miembro de número de las Academias Colombianas de la lengua y de jurisprudencia; su labor sociológica sólo encuentra par en América con la del insigne Rodó, y como poeta está a la altura de quienes mejor supieron interpretar los problemas psicológicos de nuestra edad.

SAINT JUST

Al tablado siniestro se encamina
y en pos de Robespierre sube altanero:
¡cuál se destaca su perfil ligero
al sol de thermidor, que ya declina!

Su pálida cabeza no se inclina
ni hay un reproche en su ademán severo,
y mudo e impasible ve el acero
brillar de la afilada guillotina.

No conmueven su espíritu indomable
ni el sueño de su fe que se derrumba,
ni el suplicio fatal, ni el anatema.

Como el Destino antiguo, impenetrable
el genio del Terror lleva a la tumba
la fiera rigidez de su sistema.

NEMESIS

(Poema simbólico)

(Fragmento)

¿A qué aspiramos? para qué vivimos?
¿A dónde van los pueblos y las almas?
¿Qué misteriosas leyes infringimos
que así enclavadas sin cesar sentimos
a infaustas cruces las hendidas palmas?
Es el hombre gusano de la tierra
que anhela ser querub de esencia pura,
arcano incomprensible en que se encierra
el enigma fatal; pobre criatura
empujada por fuerza inexorable
de la sombra sin fin al hondo foco,
que se atreve al misterio inescrutable
loco si sabio, y si ignorante loco!
Y aún algo el triste en su demencia espera:
miradlo siempre en actitud que asombra,
su vista absorta en la infinita esfera,
su frente envuelta en la infinita sombra!

¡La sombra! Ese es el límite a su anhelo,
el valladar inmenso que en su vuelo
el pensamiento encuentra: busca, ahonda
la razón el misterio, sin que atine:
no hay luz que en el abismo la ilumine,
no hay voz que en el abismo la responda,
ocultándole a Dios, encuentra un velo
por siempre levantado en su camino,
velo oscuro y fatal como el destino,
impenetrable y vasto como el cielo.
Talvez un punto, ansiosa o extraviada,
un porvenir de eternidad se finge.
Mas, ¿qué encuentra al final de la jornada?
¡El eterno mutismo del Esfinge!

Cuando la estrella de Belén, cual guía
y limpio faro y piélago de horrores,
como a los reyes magos, atraía
la raza de Caín a sus fulgores,
llegaban tus acentos salvadores,
¡oh Cristo! a redimirnos del contagio
de la culpa; las almas conturbadas
en el revuelto abismo abandonadas,
despojos ya de universal naufragio,
de su ferviente anhelo en los empeños,
iban a ti como a divino emblema
para ofrendarte en oblación suprema
su fe, su amor, sus penas y sus sueños!

Los vencidos, los débiles, veían
en la sombra las cúpulas doradas
de la Ciudad Teológica que al cielo
a lo lejos sublimes ascendían;
allí las desventuras compensadas,
allí el reino de Dios, allí el consuelo
y el pan para el hambriento y el que llora,
allí las ansias del vivir colmadas,
allí el amor, la redención, la aurora!

¡Ay, pero al fin del fatigoso viaje
la edénica ciudad huye y se esconde
cual mentido y fantástico miraje,
y del mortal desesperado al grito
su Dios, el Dios de amor sólo responde
con el silencio y paz del infinito!
Y el hombre espera aún.
Mas todavía
la fuente de salud, la eterna Roma
de los nuncios proféticos, no asoma.
¡Y ojos hay que no ven la luz del día!
¡Y la miseria horrible cual carcoma
el mundo mina, el corazón arredra!
¡Y seres hay de suerte más sombría
que la del hombre de la edad de piedra!

Es porque en cada etapa de amargura
la inteligencia con labor sin nombre
mata un error, corona alguna altura,
pero no extingue el mál, ni sacia al hombre;
y el mundo ya caduco, tiembla y cruje
con pavor escuchando de lo ignoto
surgir con el fragor de un terremoto
la ola tremenda que en las sombras ruge.
¡Es el dolor humano acumulado
en el lento decurso de los siglos!
¡Es el Mál, es el Odio, es el Pasado
que viene encima con furioso empuje,
como negra falange de vestigios!
Y otra vez sobre el mundo reina aciaga
la noche antigua en cuyo vasto seno
de horror y sombras estigianas lleno
la esperanza —ese sol— se hunde y se apaga...

ENRIQUE VILLAR

Nació en Bogotá en el año de 1867, y era hijo de don Salustiano Villar de la Torre y doña Ursula Gómez de Villar, hermana gemela de la madre de José Asunción Silva. Fue un bogotano representativo y genuino, de espíritu noble y caballeresco, y poeta fácil e inspirado. Muy joven publicó un pequeño poema llamado "Margarita" que suscitó discusiones por la prensa y amargas críticas. También fue autor de una comedia de salón, "Gato por liebre", representada con éxito extraordinario por señoritas y jóvenes de nuestra mejor sociedad, en una suntuosa fiesta privada. Ejerció por algún tiempo el cargo de Cónsul de Colombia en Bruselas, el cual suprimido, dedicóse a trabajar como agente viajero de una respetable casa de comercio. Falleció de manera súbita y prematura en la ciudad de Méjico, al finalizar el año de 1902.

COFEA ARABIGA

Es la montaña virgen, el atajo,
la selva umbrosa, el áspero follaje;
luégo... en la muda calma del paisaje,
el cielo arriba y la esperanza abajo.

Después el rojo, purpurino gajo,
la verde planta con su níveo traje,
que ofrece con su fruto opimo gaje
a los héroes invictos del trabajo.

¡A soñar! ¡A soñar! mientras las rojas
frutas se esconden en las hojas finas
y tú, sudor, nuestros cabellos mojas!

¡A soñar! que las auras vespertinas
dejan oír entre las verdes hojas
el ruido de las libras esterlinas.

PRO PATRIA

Quiero morir conforme lo he soñado:
en medio del fragor de la pelea,
con la muerte gloriosa del soldado
que muere por su causa y por su idea.

. . . . . .

Un cielo azul, esplendoroso arriba;
al frente, turba denodada y fiera,
y caer con el cuerpo hecho una criba
envuelto en un girón de mi bandera.

Los clarines por místicas canciones;
por templo el campo de batalla inmenso;
por plegaria el rugir de los cañones,
y el humo del combate por incienso.

Quiero morir así; ferviente aspiro
a que el beso de fuego de la gloria
venga a arrancarme el último suspiro
al toque del clarín de la victoria.

Morir en pie; con el pendón en alto;
grande, glorioso, soberano y fuerte;
y llegar, de la vida con un salto,
al regazo piadoso de la muerte.

Destrozar la frenética falange;
ser á mis huestes como firme roca
y caer bajo el filo de un alfange
con el grito de ¡Patria! entre la boca.

MAX GRILLO

Nació en Manizales el 28 de agosto de 1868. En los claustros históricos del Colegio del Rosario hizo estudios de bachiller, y allí se manifestaron primeramente sus aficiones literarias, bajo el rectorado de don José Manuel Marroquín. Pasó luégo a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, donde recibió el diploma de abogado. En seguida fundó, en 1892, asociado a Salomón Ponce Aguilera, la *Revista Gris*, que fue la iniciadora del movimiento modernista entre nosotros. En 1904 fue de los fundadores de la *Revista Contemporánea*, y después ha continuado colaborando en diversos periódicos de literatura, tales como *Trofeos, El Nuevo Tiempo Literario, Cromos* y *Lecturas Dominicales*, de esta ciudad, *Alpha* y *La Miscelánea*, de Medellín, *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, *Nosotros*, de Buenos Aires, *Renacimiento* de La Habana, *Revista Mejicana*, de Méjico, *La Lectura*, de Madrid, *Hispania*, de Londres. En el periodismo de combate también ha intervenido, fundando primero *El Vigía*, con Gustavo Gaitán, y después *El Autonomista*, en compañía del general Uribe. Lleva publicados cinco libros, además de algunos folletos literarios: "Emociones de la guerra", en 1903, del cual hizo luégo una edición francesa la casa editorial de Paul Ollendorff, bajo el título de *Los Ignorados; Vida Nueva* (drama), en 1908; *Alma dispersa* (Librería Garnier, 1911); *En Espiral* (poesías), edición Ollendorff, 1916; y *Ensayos y comentarios*, París, 1927. También es autor del drama en verso *Raza vencida*. Residió durante cinco años en La Paz, de 1911 a 1916, primero como Secretario de la Legación de Colombia en Bolivia, y luégo como Encargado de Negocios. Años después desempeñó igual cargo ante el gobierno del Brasil. Actualmente vive en París, dedicado a sus estudios literarios.

¡CALLAD!...

¡Oh artistas, que paganas hermosuras
sorprendéis en los mármoles de Paros,
oh forjadores de los sueños raros,
poetas de las hondas desventuras!

Los que vertéis en áureas miniaturas
mundos de luz de su belleza avaros;
los que sabéis del polvo desligaros
y escaláis con el arpa las alturas:

Dejad la estatua en el marmóreo bloque,
no idealicéis a la materia inerte
dándole vida del cincel al choque;

romped la lira y ahogad la estrofa,
que en el supremo instante de la muerte
el siglo os lanza su irritante mofa.

1892.

EN EL CALVARIO

Cuando Jesús moría,
en el postrer instante abrió los ojos,
y en las híspidas cumbres, su mirada
halló, al través de los vapores rojos
de su sangre, la cima inmaculada
del Tabor. Su alma pura
tuvo en sueños la gloria anticipada
del que se transfigura.

Mas su encanto fue breve. Sus visiones
disipó la verdad de su tormento,
y otra vez las amargas reflexiones
inundaron su grave pensamiento.

Y abrió entonces los labios,
sangrientos, cual las rosas de Samaria,
donde nunca posaron los agravios
aliento venenoso; flor divina
que marchitó el tirano; boca austera
que al verter su doctrina
hizo palidecer al fariseo
y sus instintos suscitó de fiera.

Jesús abrió los labios.
Tristes sombras caían de la altura,
y dijo: "Tengo sed". Naturaleza
participaba del dolor del Verbo
y las cosas sentían amargura.
"Tengo sed", repitió.
Juan, el amado,
no escuchaba las voces del Maestro,
en sopor de locura aletargado;
y Jesús esperaba.

El labio ardiente,
al fin el frío de una copa siente.
"Gracias", iba a decir el noble Mártir;
mas fijando la túrbida mirada
en quien el fresco néctar le ofrecía,
en sórdido sayal vio rebujada
la cabeza de Judas, y su mano
lívida que la copa sostenía.

Y estremecido de suprema angustia,
el profeta, con asco sobrehumano,
y con todo dolor, su boca mustia
el vaso desechó, rehusó el vino
que le brindaba Judas, prefiriendo
el vinagre en la esponja de Longino!

1917.

GUILLERMO VALENCIA

Nació en Popayán el 20 de octubre de 1873. En esa ciudad hizo sus primeros estudios al lado de su maestro don Manuel María Luna; luégo estuvo cinco años en el seminario de aquella Diócesis, y en seguida se incorporó en la Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca, en donde hizo los cursos completos; pero la ola política le arrancó de los claustros impidiéndole obtener el grado, para surgir de lleno a la vida pública desde antes de los veinte años. En 1894 estuvo encargado del ramo de minas en la Secretaría de Hacienda del Cauca; en 1896 vino por primera vez a Bogotá como representante al Congreso, y asistió a esas sesiones y a las de 1898. Al año siguiente fue a Francia y Suiza en calidad de Secretario de la Legación de Colombia, y allí "leyó mucho, vio mucho y volvió a su tierra llevando los últimos ecos de las escuelas modernistas". Director de sección en el Ministerio del Tesoro (1900), Secretario de Instrucción Pública y de Gobierno en el Departamento de Cundinamarca, pasó luégo, durante la guerra civil de los tres años a desempeñar la Jefatura Civil y Militar del Cauca; en seguida, miembro de la Cámara de Representantes (1903 y 1904), y después Gobernador de su tierra nativa en 1906. Dejó este cargo para asistir, como delegado de su patria, a la tercera Conferencia Internacional Panamericana en Río de Janeiro. Rehusó otros altos empleos que le ofrecía el gobierno del general Reyes, tales como los de Ministro de Hacienda y Visitador fiscal en Europa, permaneciendo alejado de la política hasta 1909, en que vino al Congreso como Senador, para cuyo elevado cargo ha sido reelegido desde entonces en todos los períodos legislativos. El Presidente González Valencia le brindó la Legación de Colombia en el Perú y la representación en la cuarta Conferencia Panamericana de Buenos Aires; ofrecimiento semejante le hizo el gobierno del doctor Restrepo al designarlo Ministro en Quito, y el del doctor Concha nombrándole Ministro de Guerra. Delegado a la quinta Conferencia Panamericana reunida en Santiago de Chile; profesor titular de Econo-

mía política y Rector de la Universidad del Cauca; orador, escritor y poeta de fama mundial, ha sido proclamado en dos ocasiones como candidato a la Presidencia de la República. Miembro correspondiente de las Academias colombianas de la Lengua y de la Historia, del Ateneo de Madrid, de la Academia de Ciencias, Artes y Letras de Cádiz, de la *Societé des Gens de Lettres* de Francia, de la Jurídico-Literaria de Quito, del Ateneo del Salvador, de la Sociedad de Letras y Artes de Honduras y de muchas otras corporaciones literarias extranjeras, su nombre ha recorrido los dos continentes y constituye una de las más puras glorias americanas. De las obras poéticas de Valencia se han hecho hasta hoy cinco volúmenes o ediciones, todos fragmentarios: "Ritos", Bogotá, 1899; id. Londres, 1914; "Poemas", Méjico, 1917; id., Buenos Aires, 1918; "Sus mejores poemas", Madrid, 1926. Además, en 1929 dio a luz el hermoso libro de traducciones de poesías chinas y de temas árabes, agrupadas bajo el mote de "Katay"

A POPAYAN

Glorificate la Cittá feconda

GABRIELE D'ANNUNZIO

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides —urnas al genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora
con voces eternas, fecunda ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido!
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ebria de luz y vo, ient
las garras febriles y el pecho tremente de luchas
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

Tú vives del silencio... Cércante vigilantes colinas,
do el Monte puro bajo el azul destella.
Sofrenas tu río, alma viva del gesto fugaz,
y el ánfora esbelta, rica de sangre augusta,
perenne derramas, al brillo de estrellas insomnes...
y brotan las bélicas palmas en lírico haz!

Tú vives del pasado. Púrpura de razas soberbias
en prófugo instante volaba quemando tus hombros,
y en púberes gajos te reían las pomas de miel....
¡Levánta! la túnica fulge de honor y heridas:
acudan tus buenos, y el ostro marchito restauren
y mullan tus sendas con hojas de nuevo laurel!

Y vives del futuro. Las árticas brumas del Tiempo
rasgas; con ojos sabios interrogas la Noche,
tus hijos epónimos magnifican el prístino azur
con trémulos halos, y miras tu raza ventura
feliz en la Fuerza, feliz en sondar el Misterio
que puso en el éter el místico Signo del Sur...

Tú vives de tus glorias. En himno sin término vuelan
tu soberbia esperanza con alas de Victoria,
tus bruñidos escudos, tu gladio de fosco metal.
Con numeroso verbo tus triunfos el ágora enalba,
y, castálida fuente, sólo por ti murmulla
del héroe aquilino la pródiga voz de cristal.

Y vives de tus dones. Tu mísera gente africana
por ti las manos muestra, sin hierros, a la Vida,
y, en férvido ahinco, monumentos de forma sin fin
erige con el bronce vivo de sus progenies
que en móviles grupos, de toscas o nobles figuras,
relievan tu hazaña del uno hasta el otro confín...

Y vives de imposibles. Al óptimo, audaz Caballero,
Señor de la Mancha, de escuálida, triste figura,
sepulcro le diste, bajo un roble de añosa virtud.
¡Patético hidalgo! de prez tus armas brillan:
dos veces tus pares probaron al Orbe su temple:
en trágico golfo, tu yelmo; tu lanza, en Cuaspud!

Tú vives del martirio. Monótono arroyo de sangre
afluye de tu pecho al ávido mar sin orillas...
¡Del Orbe al poniente glorifica tu sino —la cruz!
Al ara fatídica llevan, cual eterno holocausto,
su genio tu Prócer; el mútilo torso, Camilo;
tu víctima sacra, sus púdicos lirios de luz...

Y vives del orgullo. Colérica tribu de azores
tus marchas preside. Las víboras mudas se tuercen
al golpe moroso de tu cetro de insigne marfil.
A ti los relámpagos ciñen radial corona;
a ti las tempestades rinden sus espadas de oro:
conquistas evoca tu rostro de fiero perfil.

Y vives con tu cielo, libélula errante, cogida
entre las redes que urde la luz de monte a monte.
—La tarde se mustia... Figuras ceñidas de tul
agrúpanse pávidas... Arde implacable hoguera;
el cóncavo cruzan torbellinos de nácares y oro,
y el Rey degollado, mil veces purpura el Azul...

En lóbregas simas tu savia la plebe concentra
como el carbón sepulto la chispa milenaria.
Tus bíblicas madres, cual espigas al beso de abril,
inclínanse grávidas... ¡Fluyan eternamente,
como las aguas mudas entre las selvas mudas,
tus próceros gérmenes de fausto vigor juvenil!

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal;
ni erectas pirámides —urnas al Genio propicias—
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, fecunda Ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido...
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ebria de luz y viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas,
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

LOS CAMELLOS

Lo triste es así...

PETER ALTENBERG

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luégo
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pasaron silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan sobre el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
talvez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge.

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
"Amamos la fatiga con inquietud secreta"...,
y vieron desde entonces correr sobre su espalda
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana,
dejándome —camello que cabalgó el Excidio—...
¡Cómo buscar sus huellas, al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡Nó! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura,
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

MOISES

I

LA ESTATUA

...Y dijo al mármol: ¡víve! De las entrañas duras
surge el Profeta irguiendo su centenario busto,
con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras
cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienes calcinadas del rayo en las alturas,
la planta vencedora del arenal adusto
y de su añosa barba las vívidas alburas
la majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel cedeña, un manto
veló, de níveos pliegues, su gigantez de roble;
con musculosos dedos asió la ley del Santo

sobre ancha piedra escrita. Y en ademán sereno,
alzada al infinito quedó su faz inmoble,
como escuchando el sordo repercutir de un trueno.

II

EL SIMBOLO

¡Salve pujante macho! Vigor de primavera
eríge en altas curvas tu carne floreciente,
y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera
a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vio la luz primera,
la sangre de los brutos y la divina mente:
en ti palpita el Iáveh de la estrellada esfera
y en ti destella el Fauno de la pagana gente.

Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo:
en ti se humana el Kosmos; tus brazos de gigante
saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo
si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante,
si desgarró tu mano la noche de los muertos!

ALFONSO VILLEGAS ARANGO

Nació en Abejorral en 1875. Hizo sus estudios de bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, donde se doctoró en Filosofía y Letras. Fue Secretario de Gobierno del Departamento de Antioquia, y durante doce años ha desempeñado la Dirección de Educación Pública en Caldas, puesto que ocupa actualmente. Ha sido varias veces diputado a la Asamblea de este último departamento. Fue de los redactores de *El Siglo* (1896-1897), periódico que dirigían en esta capital Guillermo Valencia y Guillermo R. Calderón. Perteneció al grupo de redacción de la *Revista Nueva*, de Manizales, con Alfonso Robledo, Samuel Velásquez, Juan Pinzón, Aquilino Villegas, Emilio Robledo y Victoriano Vélez. Fundó y dirigió durante varios años *La Idea*, en Manizales (1910 a 1915). Más tarde fue director de *La Patria*, en la misma ciudad. Su obra poética se encuentra dispersa en revistas y periódicos.

AURORA

De rocío la frente coronada,
envuelta en grácil manto de neblina,
de las cumbres la Aurora diamantina
desciende al bosque, al valle, a la hondonada.

Al dulce resplandor de su mirada,
en sus antros la noche se reclina;
y con grato trinar la golondrina
despierta al labrador en su morada.

Lanzando al viento su canción de amores
en el trigal retoza alborozada
la turba de los rústicos cantores.

Y cuando el himno universal empieza,
se acerca a despertarme enamorada
mi compañera amante, la Tristeza.

CON VIRGILIO

"No temas herirte el labio con la caña,
por aprender estos cantos".

VIRGILIO

Sonriente vino ya la primavera
amiga de racimos y de flores,
salgamos a grabar nuestros amores
en la tierna corteza de la higuera.

Tomarás la zampoña vocinglera,
la que imita los pájaros cantores,
y en medio de rebaños y pastores
vagaremos sin rumbo en la pradera.

Y luégo en secular bosque sonoro
esperaremos a que el sol mitigue
de sus rayos la lumbre abrazadora,

por ver llegar el bullicioso coro
de las Ninfas que el Sátiro persigue,
a refugiarse en Diana Cazadora.

BEATRIZ

(De Dante)

Tan gentil y tan cándida parece
a quien la ve, mi amante idolatrada,
que ante ella se conturba la mirada
y la voz en los labios enmudece.

La humildad en su rostro resplandece
cuando se va, sintiéndose alabada,
y como no es la tierra su morada
dichas del cielo en el semblante ofrece.

Se muestra tan angélica y sonriente
y lleva al corazón tal bienandanza,
que no puede entender quien no la siente;

y en su boca dulcísima respira
un espíritu lleno de esperanza
que va diciendo al ánima: ¡suspira!

VICTOR M. LONDOÑO

Nació en Vianí (Cundinamarca) el 7 de septiembre de 1876. Hizo primeras letras en la escuela primaria de su pueblo natal, y luégo se instruyó y educó sin auxilio de profesores, elevándose por propio esfuerzo a la cima intelectual que hoy se le reconoce en el mundo de las letras y en el campo diplomático. En 1906 fundó la revista *Trofeos*, en asocio de Ismael López (Cornelio Hispano); después, de 1912 a 1913, fue redactor de *El Nuevo Tiempo Literario* (tomo XII). Su obra poética está contenida en las colecciones de estos dos periódicos. Ha sido Secretario de la Legación de Colombia en Quito, Secretario de la misma en Caracas, Encargado de Negocios y Ministro Plenipotenciario en Venezuela; en la actualidad es Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Poeta parnasiano de gusto exquisito, sus versos son de una delicadeza subjetiva y de una factura tan irreprochable, que bien merece el título de maestro en la gaya ciencia.

SALOMON

Rey lírico, al agravio de la vejez rendido,
languidece en el lecho de púrpura y brocados,
el tálamo de amores, el voluptuoso nido
que erigen en su espalda cuatro monstruos alados.

Embriágase en el tenue pebetero encendido,
que finge del Engaddi los vientos aromados;
le aduerme Sulamita con amoroso ruido,
voluble cervatilla que salta en los collados.

Para que el vino acendre más divina fragancia,
al sitibundo Amado, la Sulamita ardiente
vino de sus viñedos en su boca le escancia.

Cuando el magnate apura la copa florecida,
sus ojos insaciables, que apacentó el Oriente,
fatigados reflejan el amor y la vida!...

TIERRA NATIVA

Te reclaman los versos perfumados
por los fértiles musgos de tus lomas,
rapazuelo feliz que en tus collados
se embriagaba del sol y los aromas.

De tu plácida y rústica belleza
en mí vaga la nota peregrina,
como suena, del bosque en la tristeza,
la llorosa dulzaina campesina.

Desde el pobre dintel de la cabaña
torno avaro los ojos, y risueños,
en la cúpula azul de la montaña
cual de niño, me llaman los ensueños.

¡Ah! Fue insana pasión abandonarte,
deleitosa montaña bendecida,
grave cerco y altísimo baluarte
al ameno cortijo de mi vida.

Abismabas mi sér en tu grandeza,
regalabas mis ocios en tu alfombra,
a mi numen supremo, la belleza,
dabas pródigo abrigo con tu sombra.

Hoy el sueño ternísimo me inquieta
de esconder en tu seno mis amores,
de cantar los deliquios del poeta
en el fácil decir de los pastores.

Y vivir de tus bosques en la calma,
embriagado mi espíritu en tu cielo,
tan sencillo y tan libre como el alma
del humilde gañan que ara su suelo.

RICARDO NIETO

Nació en Palmira el 20 de octubre de 1878. Hizo sus primeros estudios en el colegio público de esa ciudad, y de allí pasó a la Universidad del Cauca, en donde terminó los cursos de derecho y obtuvo la licenciatura. Ha colaborado en muchísimos periódicos nacionales y extranjeros, especialmente en *El Correo del Valle,* de Cali, *Anales de la Universidad,* de Popayán, *La Espiga,* de Palmira, *El Nuevo Tiempo Literario*, *El Gráfico* y *Cromos*, de Bogotá, *Azul,* de Manizales, *Alpha* y *Lectura Amena,* de Medellín. En sus artículos en prosa ha empleado los pseudónimos de *Romeo Madrid* y *Juan Servien.* Es autor de las siguientes obras publicadas: "Tierra caucana" (poema, tres ediciones), "Cantos de la noche" (poesías, 1921), "Bolívar" (discurso en la inauguración de su estatua en Cali), "El alma nacional" (discurso académico en el Colegio de Santa Librada), y tiene en preparación un tomo de versos "Cactus", y dos en prosa "Meditaciones triviales" y "Estudios varios". Es miembro activo del Centro vallecaucano de Historia, y correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua y del Ateneo de San Salvador. Ha desempeñado entre otros los siguientes cargos públicos: Rector y profesor del Colegio de Palmira, profesor del Colegio de Santa Librada de Cali, Rector de la Escuela Normal en la misma ciudad, Secretario del Tribunal Superior de Cali, Presidente del Tribunal de Cuentas del Departamento del Valle, Diputado a la Asamblea del Cauca, Representante al Congreso y Administrador de Hacienda nacional. En el presente año sus conterráneos se aprestan para coronarle, consagrándole, con toda justicia, como el mayor de los poetas vallecaucanos.

PAX

Señor, dáme la paz, la paz que miro
esta tarde otoñal de mi ventana,
mientras se tiñe la extensión lejana
con la diáfana sangre de un zafiro...

A esta dulce quietud es cuanto aspiro:
ser el árbol que nace en la sabana
y no sabe por qué; que cae mañana
y no tiene en sus hojas ni un suspiro.

Señor, pón en mi espíritu la suave
serenidad de la naturaleza
que de la Duda y el Dolor no sabe...

Señor, ya nada quiero, nada ansío,
y sólo pido a tu gentil largueza
que me conviertas en rosal o en río...

SUEÑO BLANCO

El duque de Gandía
seguido de cincuenta caballeros
salió al campo de caza cierto día
primaveral...

Soltaron los lebreles;
sonó la trompa en la dormida sierra,
hincharon sus narices los corceles,
y en medio de los álamos de plata,
al grito de *¡húrra!* como voz de guerra
se desplegó la alegre cabalgata.

Llevado de su ardor, en la montaña
el duque penetró; franqueó peñascos,
y después de un instante sólo oía
la amarilla hojarasca que crujía
de su negro corcel bajo los cascos.

Cansado de vagar a la ventura
el apuesto doncel, bajo la fronda
de una encina gigante verde-oscura
se detuvo a pensar...

Mas de improviso
sus pupilas absortas descubrieron
la manzana fatal del Paraíso
bajo una forma de mujer: quince años
que eran quince canciones a la vida,
y una boca fragante y florecida
que formó con claveles el Deseo
en el fondo de un vaso cristalino
para decir las trovas al buen vino
del egregio Gonzalo de Berceo.

Y la niña inocente sonreía
al duque de Gandía,
quien pensaba mirando aquellos labios
que es mejor que la gloria y los laureles
la miel roja de un beso
que destilan dos uvas moscateles.
(Y su boca traviesa
se aproximaba a la encendida fresa).

Mas se detuvo. Acaso
¿no es un crimen —pensó— verter la copa
de vino sobre el raso?
Empañar el cristal no es un delito?
Marchitar una flor no es un delito?
Deshojar un clavel no es un delito?

—Véte en paz, hija mía, dijo el duque,
que siguió meditando dulcemente,
hasta que al fin rendido
entre la selva se quedó dormido
con la mano ducal sobre la frente.

Y entonces tuvo un sueño:
La montaña
se llenaba de flores y armonía;
cantaba un ruiseñor; sobre un barranco
una mano de nieve sostenía
el cuello virginal de un cisne blanco

dormido de pasión; las mariposas
se embriagaban de sol y de perfumes...
Y mientras él dormía
sobre su frente pálida caía
una lluvia de lirios y de rosas...

PACHO VALENCIA

Nació en Pamplona por los años de 1878. Fue estudiante de literatura en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en donde hizo cursos de latinidad y de griego, bajo la dirección de los doctores Carlos Cortés Lee y Miguel Abadía Méndez. Conoció a Horacio, Virgilio y Anacreonte en sus lenguas originales, cuya influencia, lo mismo que la de los místicos españoles, fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús, se ve muy marcada en la obra poética de Valencia. Perteneció a los círculos literarios que existieron en la capital a raíz de la última guerra civil, tales como la Sociedad Gutiérrez González, el Club Zaratustra y la Gruta Simbólica, en la cual se fundieron los dos primeros. En los Juegos Florales de 1907 obtuvo el primer premio con su hermosa poesía "El canto del felibre". Poco después marchó a los Estados Unidos con el cargo de Consul de Colombia en San Francisco de California, en donde permaneció por diez años, pasando luégo con el mismo carácter a Panamá, una vez reconocida la independencia de ese país. Tiene en preparación tres libros de versos: uno "Las liturgias de la tierra", compuesto de más de cien sonetos alejandrinos, y otros dos con poemas de arte mayor y composiciones sueltas.

LOS LATINOS

A Simón Chaux

Retoños de la Grecia, son una vid cuajada
sobre unos nervios frágiles, una vid que da el vino
para soñar. Caminan, y el paso mueve cada
uno sobre la tierra, como un vuelo aquilino.

Sobre su sien se afilan los laureles; un hada
que poseyó una síntesis: lo humano y lo divino,
les puso en las potencias virtud inusitada,
para alcanzar las flores del árbol del Destino.

Despertaron a Venus adormida en un monte
de Italia; y prosiguieron, mesías inmortales,
hacia la luz que rima su canto al horizonte.

Un cincel, una escuadra, una cítara, un verso
y un iris son las armas, son las armas triunfales
de su panoplia para vencer al Universo.

—

Bárbaros insensibles, majadores profanos
del hierro, taciturnos discípulos del toro:
los latinos, los príncipes de un linaje sonoro
llevamos un martillo para romper arcanos.

Nosotros poseemos los dones soberanos
para palpar la forma y embellecer el oro.
Bárbaros, las doncellas de mañana, en un coro,
llorarán la gloriosa virtud de nuestras manos.

Somos los caballeros del Arte, moradores
de la ciudad de Apolo: los panales, los nidos,
las águilas, el vino son nuestros; los cantores

nacientes han de vernos al lado de las diosas,
pálidos y nerviosos, pero nunca vencidos,
con la lira en el puño, sobre un montón de rosas.

EN EL TRIANON DE SOR MARGARITA DE TRACIA

En un lugar en donde
perfuma el limonero
y se esparcen las mirlas y en parlero
coloquio, el agua viva
deja rodar su espíritu, se esconde
el trianón en que amó la sugestiva
Margarita de Tracia.

Es un joyel como una flor de acacia,
muy de mañana recogida, y puesta
sobre el manto de Venus; es la gracia
de una corza asustada en la floresta
por el dogo; algo lindo
como un laurel del Pindo.

Aquí latió una vida
muy alta, convertida
de pronto en un dolor:
calló la boca
que fue cuerda y fue loca,
que dijo quejas emanando mieles;
despareció la mano
predilecta del piano,
de las flores de lis, de los anillos
raros, de los pinceles;
ya no vibran los flancos
que apresaron ansiosos en sus brillos
los espejos incólumes y blancos.

Aun vaga en la alcoba el peregrino
olor de la abadesa:
un vago olor de helechos, un divino
perfume de heliotropos.

En la mesa
familiar en que un día, la Graciosa,
de codos, meditó en alguna cosa
compleja, hay dos misales
en que un benedictino
trazó diez iniciales
de un arte nuevo y firme; las finuras
de un collar sabedor de agitaciones
amargas, de ternuras
como una miel hiblea.

En los sillones
hechos para posturas
del amor, hay un albun en que un bardo
numeró las funciones

de la mentira en la mujer; un nardo
marchitado una noche, sobre el seno
merecedor y pleno
de una amiga—historiada por alguna
expansión importuna
en un festín de un mago sarraceno—.

Cerca al lecho hay dos cuadros: la pradera
natal y las visiones
de San Antonio.
En una rinconera
de mármol, fronteriza a la ventana
del huerto, se ve un libro de oraciones,
un viejo pergamino
rico en rojas mayúsculas, en fino
perfume de vejez y en verdadera
unción; es una linda filigrana
en cuyos bordes de oro, en la mañana,
viene a posarse un ave, mensajera
piadosa que en un trino
confidencial de un labio, ingenuamente,
por sobre el puro ambiente,
se anuncia al magno cielo matutino.

Entonce en el trianón azul y rosa,
se levanta un espíritu y palpita
como el seno del agua: es una cosa
muy blanca y muy sutil....
Sor Margarita!

FERNANDO IRAGORRI

Nació en Popayán a fines de 1878, y fue hijo del doctor Fernando Iragorri y de la señora Adelaida Guzmán Delgado. Hizo estudios de literatura en la Universidad del Cauca, y luégo vino a la capital, en donde ingresó a la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales, haciendo en ella los cursos completos, pero sin obtener el grado, pues su espíritu bohemio y una pasión amorosa mal correspondida, le volvieron escéptico y desencantado. Esta disconformidad entre sus aspiraciones y su existencia le llevó al suicidio, tronchando su vida en plena juventud el 21 de febrero de 1904.

Poeta de estro vigoroso, ofició en la escuela parnasiana, de la cual fue en Colombia uno de los mejores intérpretes.

ELLOS

Diluyendo en el éter sus estrofas de fuego
bajo el ojo furente de la turba bravía,
exhalando sus almas en blasfemia y en ruego
emprendieron la ruta del azul mediodía.

Al alzarse sus tiendas en los riscos enhiestos
exhalaron las rosas su mefítico aroma,
y era grey de donceles generosos y apuestos
que sabían de las cosas el dulcísimo aroma.

Al rumor de sus himnos de ignorada dulzura
se empaparon las hojas en amargo rocío,
y las hordas salvajes en la triste llanura
comprendieron nostalgias y bebieron hastío.

Y eran sílabas dulces que en artístico engarce
desleían tristeza por el cálido ambiente,
y era nota de duelo que si al viento se esparce
grita el ¡ay! de tortura de la virgen doliente!

Del invisible fuego que sus almas consume
irradian las pupilas la moribunda llama,
y son las hojas secas que guardan su perfume
y a quien su aliento mismo los pétalos inflama.

. . . . . .

Prosiguieron su ruta los viajeros sombríos
bajo el ojo furente de la turba irritada;
y en sus épicas luchas y en sus rudos desvíos
del azul no apartaron su doliente mirada!

Con su bárbaro empeño la multitud seguía,
mas ellos no escuchaban los gritos ni la mofa,
amados de los dioses y ungidos por el día
dejaron de sus almas la hiel en cada estrofa.

Y murieron temprano los cansados viajeros...
Y al exhalar sus almas sobre el césped mullido,
de sus labios tomaron los alados parleros
esta sola palabra: "resignarse al olvido".

A UN ESCULTOR

En Paros inmortal, con sabio esmero,
tallad, artistas, el contorno augusto;
marque el hábil cincel de Jove adusto
en bloque secular el rostro fiero.

Dad al Esmínteo su perfil severo,
a la diosa carnal, seno robusto,
y eterna juventud, en noble busto,
al rudo Agamenón, que ensalza Homero.

Del joven corazón la inútil fibra
violentos desgarrad con mano airada,
si ajena al Arte en vuestros pechos vibra.

Y a la eterna Belleza cincelada,
para las lides que el ingenio libra
arrebatadle su sonrisa helada.

PORFIRIO BARBA JACOB

Su verdadero nombre es Miguel Angel Osorio, y hasta hace pocos años usaba en el mundo de las letras el de *Ricardo Arenales.* Nació en Santa Rosa de Osos por los años de 1880. Se le envió por sus padres a Bogotá para que estudiara derecho, pero al poco tiempo escapó de la Universidad, y regresó a su tierra nativa, en donde se le reclutó durante los días de la última guerra civil para que fuese a defender la causa del gobierno. Anduvo como miliciano durante varios meses, mas no tuvo ocasión de oír un disparo. En 1903 fundó en Angostura (Antioquia), un establecimiento de educación llamado *Colegio Inicial.* Al año siguiente se trasladó de nuevo a la capital, y aquí editó una pequeña revista literaria, *Cancionero Antioqueño,* de la cual salieron muy pocos números. Su espíritu inquieto y andariego le obligó a dejar el país para trasladarse a Méjico, en donde actuó como periodista en defensa del régimen de Porfirio Díaz, adquiriendo nombradía como poeta y prestigio de polemista. Fundó en Monterrey un diario, *El Porvenir.* Caído el dictador, trasladóse *Arenales* a los Estados Unidos, combatiendo desde allí violentamente al gobierno de Carranza; y cuando subieron al poder los obregonistas ocupó en el nuevo régimen una brillantísima posición. En Guadalajara fue director de la Biblioteca pública del Estado de Jalisco; después entró a formar parte de la oposición a Calles como editorialista del gran diario *Cronos,* editado en la ciudad de Méjico. A poco se le desterró a Guatemala, en cuya capital redactó *El Imparcial,* y estableció, secundado por los estudiantes y por un grupo de distinguidas personalidades, la Universidad Popular. Expulsado de Guatemala "por bolchevique y amoral", se dirigió al Salvador, en donde permaneció ocho días, al cabo de los cuales recibió dinero y pasaportes del gobierno de ese país, con la orden de abandonarlo. De San Salvador pasó a Nicaragua; vivió allí tres meses, transcurridos los cuales partió para Honduras, y luégo a los Estados Unidos y Cuba, donde se sumó al partido comunista y dio cuatro recitales que le produjeron

un buen rendimiento pecuniario. Nombrado subdirector del periódico oficial *La Prensa*, de Lima, se embarcó para el Perú, aunque no logró acomodarse en su nuevo cargo, "pasando ocho meses de aislamiento y de pobreza en la ciudad de los cuarenta virreyes", como él mismo lo dijo. Regresó a Colombia en 1927. Su obra poética se halla dispersa en los diarios y revistas del continente indolatino. Por la belleza y novedad en el fondo y en la forma de la estrofa, *Barba Jacob* es considerado como uno de los grandes poetas de América.

SAPIENCIA

Nada a las fuerzas próvidas demando,
pues mi propia virtud he comprendido;
me basta oír el perennal ruido
que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro, y un ensueño blando;
y ante la luz, en vela mi sentido
para advertir la sombra que al olvido
el sér impulsa y no sabemos cuándo...

Fijar las lonas de la móvil tienda
junto a los calcinados precipicios
de donde un soplo de misterio ascienda;

y al amparo de Númenes propicios,
en dilatada soledad tremenda
bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...
Talvez bajo otro cielo la gloria nos sonríe...
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar...

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias
el alma está brotando florestas de ilusión...

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas
en rútilas monedas tasando el Bién y el Mál...

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
(niñez en el crepúsculo ¡lagunas de zafir!)
que un trino, un verso, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer...

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar;
el alma gime entonces bajo el dolor del mundo
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar...

Mas hay también, ¡oh tierra! un día... un día... un día...
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables...
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!...

CARLOS VILLAFAÑE

Nació en Roldanillo, en el año de 1882. Cronista muy ingenioso y ameno, ha hecho popular el seudónimo de *Tic-Tac,* poniendo festivos comentarios al margen del suceso importante del día. Las más chispeantes de sus crónicas se hallan reunidas en un volumen titulado *Pathé Journal.* Como poeta es uno de los que mejor han cantado el amor entre nosotros, sintiendo y expresando con rara intensidad el encanto de la mujer. Su obra poética, singularmente rica y escrita casi toda en endecasílabos, se halla dispersa en todos los periódicos y revistas literarias de la capital, a partir de *La Gruta,* publicada en 1903, hasta los actuales. Acompañó a Soto Borda en la redacción de *La Barra,* y a Martínez Rivas en la de *Comentarios.* Actualmente reside en Europa, con el cargo de Cónsul de Colombia en Tarragona (España).

LA VIA DOLOROSA

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y limpié de su frente de azucena
el trágico sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor... ¡si era tan buena!
duerma en mi corazón... ¡si era tan mía!

Ojos y boca, y manos ilusorias
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida;

y yo de mi locura bajo el peso
dejéle el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida.

* * *

Ojos como dos claros madrigales
que abrieron en mi sér profundas huellas,
suaves a veces como dos estrellas
y a veces fieros como dos puñales.

Labios en flor; inolvidable acento
que fue para mi ensueño peregrino
como el agua de Dios que da al sediento
de beber en las vueltas del camino.

Todo bajo la sombra y el misterio
de un árbol, en la paz del cementerio,
fúnebre playa del eterno río.

Pensad en el desangre de mi herida
y decid si hay dolor en esta vida
que en algo pueda compararse al mío!

AURELIO MARTINEZ MUTIS

Nació en Bucaramanga el 7 de septiembre de 1884. Estudió literatura en el Colegio de San Pedro Claver, de aquella ciudad, y vino luégo en 1909 a Bogotá para seguir los cursos del derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Abandonados éstos al año siguiente por la poca afición de Martínez Mutis a los Códigos, obtuvo su primer triunfo resonante con el premio de la violeta de oro en los Juegos Florales de 1910, por su oda "La religión en la Independencia". En 1912 fue laureado igualmente en Cádiz, con motivo del centenario de las Cortes, por su poesía "Salve, España gloriosa"; luégo, en 1913, triunfó de nuevo en Bogotá, en las festividades del primer Congreso Eucarístico nacional, con su canto "La epopeya de la espiga". En seguida, en 1914, fue vencedor en el concurso abierto por la revista *Mundial,* de Rubén Darío, por su oda "La epopeya del cóndor". Finalmente, en Santiago de Chile fue premiado su poema "La esfera conquistada", en el concurso abierto con ocasión de las fiestas centenarias del descubrimiento del estrecho de Magallanes (1920). Allí mismo publicó un libro de versos titulado "Mármol", y obtuvo el grado superior en pedagogia, cuyos cursos siguió sin apoyo alguno, trabajando como linotipista en una empresa editorial. Regresó a Colombia en 1928; fue por algunos meses Director de la Biblioteca Nacional de Bogotá, y actualmente desempeña la rectoría del Colegio de San Simón, en Ibagué.

LA JORNADA EPICA

Viento cortante y rudo las cúspides enfría.
Llueve. Está triste el páramo, la inmensidad oscura.
Con rumbo hacia las pampas de Boyacá, la dura
y horrenda escarpa asciende la libre infantería.

Un gran jirón de niebla borró la lejanía.
Ni un rayo de esperanza desciende de la altura.
Muertos de frío, insomnio, cansancio y amargura,
quedando van los héroes en medio de la vía.

Bolívar es el nervio pujante de la empresa:
él, que sin pan ni abrigo, los Andes atraviesa
y baja a las llanuras, buscando al español,

es grande más que Aníbal, cuando el alpino flanco
remonta, y desde el lomo de su elefante blanco
muestra a las hordas púnicas el despertar del sol!

JESUS Y LA SAMARITANA

(De "La epopeya de la espiga")

Junto al brocal del pozo, al que en un día
de ya remotos años,
Jacob, el padre de la grey judía,
llevó a beber sus prósperos rebaños,
sentóse a descansar Jesús. El oro
de la tarde caía lentamente;
era el paisaje místico y sonoro,
y había, cabe el amplio sicomoro,
blanda esencia de mirra en el ambiente.
El copioso sudor de la jornada
humedeció las sienes del Rabino,
que traía la veste desgarrada
por todas las tristezas del camino.

El cántaro en el hombro, la negrura
del ébano en los ojos fascinantes,
senos garridos como erectos pomos,
tez morena y contornos ondulantes
bajo la vestidura
de tintes policromos,
de la ciudad cercana
una mujer llegó por el sendero.
Jesús, ingenuo en elocuencia aldeana,
le pidió de beber. Con el austero
ceño que marca el ancestral desvío,
responde:—¿"Cómo pides tú, judío,
a mí, que soy mujer samaritana?"
Y El dice: —"Si supieras

quién es el que te implora, no ya esquiva,
mas humilde y ansiosa le pidieras,
y El te daría entonces agua viva".
—"Pero el pozo, Señor, es muy profundo:
sacarla no podrás". Jesús responde:
—"El que bebe en tu fuente, sitibundo
otra vez estará; mas el que bebe
del agua que en mi símbolo se esconde,
y luz y gracia llueve,
sed no tendrá jamás: sus compasivas
ondas habrán de refrescar al mundo
más que la linfa azul de tu cisterna,
y haré en el alma un pozo de aguas vivas
que bulla y salte hasta la vida eterna".

La hija de Samaria
regresó, pensativa y solitaria,
con rumbo a la ciudad; en los más hondos
pliegues del corazón llevaba impresa
la voz divina, los cabellos blondos
y las pupilas de Jesús. Espesa
bruma se alzaba ya; la golondrina
sacudió el vuelo, en busca de sus lares;
el opio de la hora vespertina
aquietaba los rústicos pinares.
Era el cielo cordial bruñido espejo;
teñido por el último reflejo
crepuscular, el monte
de Garizim, enhiesto en lejanía
sobre la mancha de la duna,
era un copón enorme de oro viejo
en la liturgia de la noche; una
religiosa emoción estremecía
la inmensidad; al ras del horizonte
la luna aparecía
nimbada de blancuras;
la tierra estaba de rodillas: era
la comunión primera
que el Redentor le daba en las alturas!

DELIO SERAVILE

El verdadero nombre de este delicado portalira es Ricardo Sarmiento, quien nació en Bogotá el 24 de septiembre de 1885. "Cojo y poeta como Byron, y como Byron mofador y maligno, —según frase de uno de sus críticos— se ha grangeado al lado de su reputación de gran poeta, una fama inquietante de sagitario implacable, de tremendo fustigador". Así lo ha demostrado en su ruda labor de periodista militante, como redactor de *La Gaceta Gráfica*, de *Instantáneas* y de *Gil Blas*. Residió por algún tiempo en Venezuela, y mantuvo estrecha amistad con los literatos más sobresalientes de Caracas. Por varios años tuvo a su cargo el suplemento literario de *Mundo al Día*. Sus versos, de un sentimentalismo exquisito, en que las palabras llegan casi a expresar lo inefable, corren dispersos en revistas y periódicos nacionales, con especialidad en *El Nuevo Tiempo Literario* (primera época).

AL TRAVES DE LOS AÑOS

Al través de los años la imagino
aun en las risueñas alquerías
cuando al atardecer, todos los días,
me esperaba en la huerta del vecino.

Se la llevó después el torbellino
de las ciudades locas y sombrías,
conoció las mejores alegrías,
vistió de seda y se embriagó con vino.

Ya mi convulso labio no la nombra;
su pálido recuerdo entre mi sombra
tiene fulgores de lejana estrella.

Acaso en amorosas languideces
yo la he besado luégo muchas veces
y no he querido imaginar que es ella!

RONDEL

Por el sendero amable donde las azucenas
se agrupan bajo el loco verdor de las retamas
unidos escuchábamos las vagas cantilenas
del viento en el hojoso salterio de las ramas.

Murieron regiamente las armoniosas gamas,
y tus sonrisas malas y tus caricias buenas
se fueron por la ruta donde las azucenas
se agrupan bajo el loco verdor de las retamas.

Tus rizos son ajenos, tus manos son ajenas,
tus ojos no me buscan y ya tú no me amas;
por eso en el sendero donde las azucenas

se agrupan bajo el loco verdor de las retamas,
responde a los trinados de mi canción, apenas
el viento en el hojoso salterio de las ramas.

HORA DE PAZ

Tengo alzado mi albergue en la ladera
lejos de todo extraño señorío:
arriba, un cielo azul de primavera;
abajo, la hondonada y el plantío.

Una dulce y amante compañera;
un mastín obediente; un claro río...
poco tal vez para quien más quisiera,
muy poco, acaso; pero todo es mío.

Ya que en mi sencillez nada te imploro
de cuanto en otro tiempo te implorara,
ni fácil triunfo, ni laurel sonoro,

dáme, Señor, por único tesoro,
la fe que el corazón me traspasara
como un puñal finísimo de oro.

MIGUEL RASCH ISLA

Nació en Barranquilla, en 1889. Ha publicado cinco libros de versos: "A flor de alma", en su ciudad nativa, "Para leer en la tarde", Bogotá. 1921, "Cuando las hojas caen", Bogotá, 1923, "La visión", poema, y "La manzana del Edén". Este último, formado por un conjunto de sonetos que recuerdan los trece famosos del Aretino, tiene por objeto celebrar los misterios del culto fálico, y fue hecho en una edición limitada de cien ejemplares, vendidos a un precio casi prohibitivo. Rasch Isla es todo un orfebre del verso, de estructura clásica y colorido moderno. Fue por varios años Cónsul de Colombia en Santander (España), y actualmente desempeña la Secretaría del Consulado general en Hamburgo.

SUEÑO DE ARTISTA

Es tu belleza fúlgida incompleta:
le falta el canto que a lo bello exalta
y lo convierte en inmortal; le falta
el homenaje excelso del poeta.

Y a mí, que anhelo coronar la meta
esquiva dc una inspiración muy alta,
fáltame el sér a cuyo influjo salta
el verso invicto que a los siglos reta.

Infunde en mí tu claridad de cielo,
y yo te cantaré con la nobleza
de un arte digno de eternal memoria.

Y quedarán —¡mi inspirador modelo!—
mis sueños convertidos en belleza
y tu belleza transformada en gloria.

LA ESPERADA

Buscando sin cesar a la elegida
gasté los dulces días abrileños,
vertí mi sangre y dispersé mis sueños
en todos los caminos de la vida.

Y no la hallé. Talvez inadvertida
pasó a mi afán, o acaso en mis empeños
yo la buscaba aquí y en más risueños
mundos estaba para mí escondida.

Llegó el invierno ya con sus rigores,
y en la ruta, cansado de esperarla,
estoy viendo nevar en mis amores.

Quizás la encuentre al fin, en una bella
tarde azul, cuando vayan a enterrarla,
y siga sin saber pensando en ella.

NOCTURNO AGORERO

Noche de terroríficas visiones,
en que el alma febril vela en lo oscuro,
en que emana el pavor de los rincones,
y en que en la tosca lobreguez del muro
embrujado el reloj da trece sones.

Noche en que cruza un pájaro agorero,
y al presagio que lanza en la tiniebla
un can responde con aullido fiero;
noche en que flota en todo un lastimero
signo de muerte que los aires puebla.

Escucho ante mi puerta la llegada
de alguien que el rostro con sigilo esconde;
noto que sin abrir logra la entrada;
¿quién va? digo en mi afán con angustiada
voz, pero a mi clamor nadie responde...

El sér, o duende, o trasgo, o lo que ha sido,
se detiene un instante y luégo el paso
mueve con la cautela de un bandido...
La madera de un mueble da un crujido,
con eco fantasmal quiébrase un vaso.

¿Quién será? —me pregunto.—¿Qué embrujado
genio de ignotos siglos me persigue?
¿Será un ladrón o es alguien que ha llegado
de los hondos abismos del pasado,
y con ojos maléficos me sigue?

El can que en alta noche daba al viento
su queja, aviva su latir; el ave
que graznando cruzó, torna un momento,
y mientras tanto en el silencio grave
alguien junto a mi faz bebe mi aliento.

Hiela mi sér un hálito de espanto
y a impulsos del terror, en la desierta
sombra mi vista agúzase...
Entre tanto,
por una eternidad, por no sé cuánto,
mi alma, sin comprender, se estuvo muerta.

JOSE EUSTASIO RIVERA

Nació en Neiva el 19 de febrero de 1889. Obtuvo el grado de maestro de escuelas normales en la Escuela Normal Superior de Bogotá, en 1909, y luégo en la Universidad nacional el de abogado, en 1917. Fue Secretario de la embajada especial de Colombia ante las Repúblicas de Méjico y el Perú, con ocasión del centenario de la independencia de estos países. También fue miembro de la Cámara de Representantes. Su novela "La Vorágine" es, sin duda, la más universalmente conocida y alabada entre las obras colombianas, escritas en el presente siglo; de ella se han hecho cinco ediciones en español y una en inglés. Como poeta, Rivera buscó las fuentes de su inspiración en la naturaleza americana, y en las tradiciones de nuestra raza indígena, cuya melancolía parece flotar en algunas de sus canciones. Dejó un libro de versos titulado "Tierra de promisión". Falleció repentinamente el 28 de noviembre de 1928, en Nueva York, a donde había ido con el propósito de dirigir personalmente las ediciones de su famosa novela en varios idiomas.

MORIR

Por despertar un día tu corazón dormido
quise en una palabra traducir mi fervor,
y, ¡Amor! cuando eras niña te murmuré al oído...
En vano. Ni siquiera te iluminó el rubor.

Luégo, cuando mi frente ciñó lauro florido,
te hallé bajo el crepúsculo desojando una flor;
tus ojos me brindaban el desdén y el olvido
y mis labios humildes repitieron: ¡amor!

Vieron mis años tristes pasar la primavera;
matiz de hojas marchitas tomó tu cabellera,
mi conturbado acento jamás volviste a oír...

Y hoy, que miro por siempre declinar el estío,
se abre como una rosa tu corazón tardío
sólo porque mis labios suspiraron: ¡morir!

TIERRA DE PROMISION

Mágicas luces el ocaso presta
al ventisquero de bruñida albura;
y junto al sol, que en el cristal fulgura,
arbola un ciervo su enramada testa.

Al yerto soplo de la cumbre enhiesta
arisco frunce la nariz oscura;
y en su relieve escultural perdura
un lampo rosa de la brava cuesta.

Súbito, en medio del granate vivo,
infla su cuello, bramador y altivo;
con ágil casco las neveras hiende,

y sobre el bloque rutilante y cano,
como la Zarza del Horeb se enciende
su cornamenta en el fulgor lejano.

* * *

Atropellados, por la pampa suelta,
los raudos potros en febril disputa
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crin revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces paran el triunfante casco,

resoplan, roncos, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento!...

ADIOS

Todo en nosotros muere con esta despedida;
los dos desde este instante cambiaremos también...
Sombra serás mañana por mí desconocida,
distinto seré entonces del que tus ojos ven.

El viento, que hoy deshoja la rama florecida,
luégo de los retoños alegrará el vaivén.
Se estrechan nuestras manos antes de la partida:
qué pronto a extraños seres les brindarán sostén!

¡Adiós! cruenta palabra que inventó la tristeza,
eco de lo que acaba, grito de lo que empieza,
súplica de los ojos que no quieren llorar...

Me abrazas y vibramos en un sólo gemido,
tú por la angustia efímera del recuerdo querido,
yo por la certidumbre de que voy a olvidar.

EDUARDO CASTILLO

Nació en Bogotá el 5 de febrero de 1889. Hizo estudios primarios en el Colegio de San Luis Gonzaga, de Zipaquirá. Después se dedicó por propia cuenta a instruirse en literatura, historia y filosofía. Dirigió durante cuatro años *El Nuevo Tiempo Literario*, y luégo las *Lecturas Dominicales,* suplemento semanal de *El Tiempo*. En 1918 publicó en asocio del poeta Angel María Cespedes un folleto intitulado "Duelo Lírico", en el cual se encuentran recogidas las poesías que se cruzaron ambos con motivo de la lucha eleccionaria para Presidente de la República entre los señores Guillermo Valencia y Marco Fidel Suárez. En la revista *Cromos* han aparecido numerosos artículos de crítica debidos a la pluma de Castillo, y sus mejores versos se hallan reunidos en un volumen titulado "El árbol que canta". Como poeta es un cincelador maravilloso, que bajo la esplendidez parnasiana de la forma aprisiona las emociones del amor, el dolor y la tristeza de su alma. Su cultura literaria es vastísima, pues lee mucho y asimila mejor.

ALMA ANTIGUA

Yo, en siglos ya remotos, viví por modo vario:
bardado en bronce y cinta mi espada de Toledo,
hasta la Tierra Santa fui en pos de Godofredo
y en sangre infiel tiñóse mi acero temerario.

Luégo, en cartujas lóbregas, fui monje silenciario;
vi, sobre los eclipses y el terremoto, el Dedo
de Dios; y entre la peste y el hambre sentí el miedo
de la luctuosa y trágica noche del milenario.

Yo fui juglar y príncipe, rey y pastor, de modo
que todo lo he ganado, que lo he perdido todo;
no hay para mí pesares ni júbilos extraños....

Pequeño ante una herencia de amor, fe y heroísmo,
me espanta la abolida grandeza de mí mismo
y siento la fatiga de quien vivió mil años!

EL ULISIDA

En mí alienta un alma de antiguo Ulisida,
un alma de fuga, de adiós, de partida,
que sueña con naves de raudas carenas;
un alma errabunda, zahareña e incauta;
el alma de un nauta
que en tiempos remotos oyó a las Sirenas.

En mis sueños miro
un puerto a la orilla de un mar de zafiro,
el gran *Mare Nostrum.* Y sobre la rada
un bosque de mástiles que en la magia de la aurora, se tiñen en luz sonrosada.
Respiro fragancias de nuez y canela
y sobre las alas del viento salino,
me llega un inmenso clamor repentino:
¡A la vela! ¡A la vela!

Quizá en el misterio de tibias alcobas
en donde las lobas
del puerto se venden a los navegantes,
más de uno, embriagado por locos excesos,
da a las prostitutas su oro por besos,
por vinos añejos, por rosas fragantes.
Pero el Ulisida
no tiene en el mundo sino una querida:
su nave velera de tajante prora,
la que desafía tifón y procela
bella y triunfadora:
¡A la vela! ¡A la vela!

Al grito potente, me invade una grata
plenitud, un ímpetu salvaje y bravío,
el furioso orgullo propio del pirata
que desde la nave la vista dilata
y no le ve límites a su señorío.

Quiero ir a una isla de árboles frutales
en donde los hombres son bellos y rudos
y muestran las hembras sus cuerpos desnudos
en plena inocencia de bienes y males.
Partamos! Ya el día
de puntos de oro las aguas constela
y lanza su grito la marinería:
A la vela! A la vela!

LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS

San Francisco de Asís, el ermitaño,
el ruiseñor celeste de la Umbría
que con su acento melodioso hacía
dormir al lobo en medio del rebaño,

en la quietud de su retiro huraño,
cerca de la Porciúncula, vio un día
a una mujer: su boca sonreía
roja y floral cual un clavel extraño.

Y el poeta del Agua, el Aire, el Fuego
roto sintió su místico sosiego
por una tentación pecaminosa....

Rebelde a la inquietud luciferina,
arrojóse a un cardal, y cada espina
bajo su cuerpo se tornó una rosa.

FEDERICO MARTINEZ RIVAS

Nació en Bogotá el 30 de noviembre de 1889.

Ha sido uno de nuestros poetas más sentidos y el más ingenioso de nuestros cronistas, que hizo inolvidable el seudónimo de *Fritz* en las letras colombianas. En asocio de Carlos Villafañe fundó el célebre diario *Comentarios*, cuyas secciones en vez de "página editorial", "hechos de policía", "sucesos varios", etc., etc., se llamaban "Juapi-juape", "Gente alegre", "Pim, pam, pum"; el que fue redactado en un principio por los dos cronistas, y luégo sólo por Martínez Rivas, quien logró fama y éxito pecuniario con dicho periódico. Se inició como poeta obteniendo el primer premio en el concurso para la coronación de don Rafael Pombo, en 1905, con un magnífico soneto. Su primera crónica la publicó en la época del *Quinquenio*, con motivo de un artículo del crítico y político Luis Trigueros en defensa de la administración Reyes. Desde fines de 1913 reside Martínez Rivas en Nueva York, en donde al principio estuvo de traductor en *El Comercio*, revista que se publica en inglés y en castellano; pero más tarde fue nombrado jefe de propaganda de la Bayer. Allí, por medio de ingeniosos anuncios comerciales en verso, en los cuales fluye el espíritu encantador y fresco del poeta y del humorista, ha conquistado el dinero y la tranquilidad. Hoy posee una grande, confortable y hermosa quinta en Westwood, estado de New Yersey, con huerta cuyos árboles cuida él mismo en los ratos de descanso. realizando el bello ideal de fray Luis:

"a la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado...."

ELEGIA

I

Sor María Inmaculada ha muerto. Sor María
fue la más pensativa y la más ojerosa
del claustro. Sor María era como una rosa
de paz, y de consuelos y de melancolía.

Las dos frágiles manos de esta monja tenían
tan eximia blancura, que si bordaba un lino
para un altar, las manos no se le distinguían;

De sus labios manaba, hilo sagrado y lento,
la palabra, tan pura como el chorro de agua
que conversa en el patio sonoro del convento;

Y sus ojos profundos, donde un ensueño vago
prolongaba sus aguas indefinidamente,
parecían dos ventanas abiertas sobre un lago.

II

Sor María Inmaculada ha muerto. Fue muy suave
aquel morir; apenas inclinó la cabeza.
Fue una muerte tan llena de la Santa Alegría,
que las monjas hermanas no sintieron tristeza,
y la madre abadesa, creyendo que dormía,
la llamaba en voz baja: "Sor María! Sor María!"

Abrieron la ventana, y entró por la ventana
y envolvió la blancura de la monja yacente,
la seda azul, la seda noble de la mañana
donde bordaba un suave comentario la fuente.

III

Todas las monjas fueron al jardín y volvieron
con las manos colmadas de lirios, y a la hermana
que dormía su sueño de paz entre los cirios,
la cubrieron de lirios; con tantos la cubrieron
que no se le veía debajo de los lirios.

Se llenaron de incienso los claustros del convento
y la dulce campana sobre los funerales
de la monja blanquísima despetaló en el viento
un lírico manojo de rosas virginales.

La fosa que cavaron en el rincón más dulce
del cementerio, estaba llena de sol, y cuando
sobre la frágil muerta, y en un rumor muy blando,
la tierra amontonaba su negror, parecía
que el sol de la mañana también se iba quedando
enterrado en la santa fosa de Sor María.

RASO AZUL

En un grato silencio nuestro soñar persiste:
ella, talvez con lino de blancos pensamientos,
forma la tierra donde su trovador existe;
en mi rueca una estrofa gira con giros lentos
por ella y va diciéndole con rimados acentos:
"Sabes la delicada manera de ser triste
que saben las princesas cautivas de los cuentos"
Y le miro los ojos que sueñan, y que tienen
el mismo azul marchito que tienen sus ojeras
—azul marchito por las caricias que no vienen,
razo azul, raso color de las quimeras—
y le miro la mano larga y fina; la oscura
mancha de las melenas; la boca extraordinaria.
Y la voz de mi estrofa lentamente murmura:
"ojos, labios, melenas, manos de visionaria"

——

Gira mi rueca y dice con su girar discreto:
"es pensativa, es frágil, es dulce... y es ajena;
corazón triste, sígue queriéndola en secreto,
y que fluya en secreto la sangre de tu pena".
En un grato silencio nuestro soñar persiste.
Ella medita: "¿cuándo vendrá?" Yo digo:
"¡cuán lejos y cuán cerca! Suéña, corazón triste.
No tendrá sus amores tu labio sitibundo,
vanos son tus anhelos y tu soñar es vano,
pero como no tienes otra cosa en el mundo,
a ese imposible tiendes con avidez la mano,
y un poco de su lumbre pacífica reclamas,
como el árbol que, desde la tristeza del llano,
ávido agarra un poco de sol, de sol lejano,
antes de que la noche se cuelgue de sus ramas".

ANGEL MARIA CESPEDES

Nació en Bogotá, el 3 de agosto de 1892. A los quince de su edad obtuvo una mención honorífica en los juegos florales de su ciudad natal, con la poesía "Floresta"; en seguida, en 1908, se reveló como bardo de altísimo vuelo, con su regio canto "La juventud del sol", que mereció el primer premio en el Consistorio del *Gay Saber* bogotano celebrado en aquel año. Meses después salían sus versos en un volumen que prologaba don Miguel Antonio Caro. "Un sol que desciende sin una mancha, se dijo entonces, lleno de majestad y de grandeza indisputada, por trono el cariño y el respeto de muchos y la admiración de todos, saluda en su aparición a un sol que nace entre arreboles de belleza y de esperanza prometiendo ser orgullo de su nación y de su raza". El general Reyes envió a Céspedes a Nueva York, como adjunto al Consulado de Colombia, para que perfeccionara los estudios que desde su niñez había emprendido por propia cuenta, sin haber pisado nunca escuela pública. En los Estados Unidos se consagró a aprender latín y griego. Ha obtenido igualmente resonantes triunfos en el teatro: siendo muy joven compuso una piecesita en un acto, en versos octosílabos, denominada "Escenas de la escuela", que representó él mismo en una casa particular de Chapinero; después, escribió en endecasílabos "El Congreso de las Musas", en 1913, representada entonces también en familia; más tarde escribió por encargo un acto patriótico que denominó "El regimiento pasa", estrenado en una escuela de niños en el Cauca. En 1915 fue puesto en el teatro de Colón (Bogotá) el cuento escénico en dos actos y en versos alejandrinos, intitulado "El Tesoro". Además es autor de otras dos piezas dramáticas en verso: "La comedia de los disfraces" y "Las alas". Fue durante algún tiempo Secretario de la Legación de Colombia en Suiza, y desde hace varios años desempeña un alto cargo en la Secretaría de la Liga de las Naciones. Su destreza técnica para la estrofa triunfa siempre lo mismo en francés que en

castellano, y ha escrito en aquel idioma varias poesías, como "Le casque et le képi", que le arrancó un férvido elogio a Rostand, y se recitó en las trincheras.

LAS FIESTAS PASADAS

Valses idos de noches blandas,
que registran alegres bandas,
raudos o lentos;
serenatas cuyos finales
nos persiguen cual musicales
remordimientos.

Recluído diván de raso
donde al brillo cordial y escaso
que el foco agencia,
quebrantando su frágil urna
se entreabría—rosa nocturna—
la confidencia.

Locas farsas en que era diosa
la careta, valla engañosa
que en sus ficciones,
si los rostros esconde avara
insinuante desenmascara
los corazones.

Fiestas nobles en cuyo ambiente
el minué, borrando el presente
con sus arpegios,
restauraba las cabelleras
empolvadas y las gorgueras
de antaños regios.

Las linternas multicoloras
que irisaron aquellas horas
por entre palmas,
aún proyectan sus espirales
venecianas en los canales
de nuestras almas.

La memoria conserva ilesos
esas notas de plata y esos
ritmados giros,—
armonías de lo pasado
que perduran en el teclado
de los suspiros.

Nada importan futuras hieles,
mientras de esos recuerdos fieles
ninguno muera;
que llevándolos en el viaje,
llevaremos por equipaje
la primavera.

Y más tarde, cuando la vida
algodone la sien erguida
de níveas canas,
sonreirá nuestra faz caduca,
recordando la alba peluca
de las pavanas.

A LA MANERA ARCAICA

A tus dos labios y a tus treinta
y dos dientes.

Hay que aprender en esos labios rientes
y en esos dientes de fulgencias locas,
el encanto ideal de que haya bocas
y el nervioso placer de que haya dientes.

Treinta y dos perlas blancas y lucientes,
cual daga agudas, firmes como rocas,
lo que halagüeña con tus labios tocas
castigan luégo, de maldad crujientes.

Dáme a gustar ese coral sangriento
y en otros prueba esos marfiles sabios;
mas si saciar sus iras es preciso,

vén a morder, muy cerca de mis labios
—tan cerca que se mezcle nuestro aliento—
la manzana fatal del paraíso.

LOS NUEVOS

LEON DE GREIFF

Nació en Medellín el 22 de julio de 1895. Hizo estudios en la Universidad de Antioquia y en la Escuela de Minas de su ciudad natal, siendo expulsado de ambos establecimientos por ideas y prácticas "subversivas y disolventes". Director de la revista *Panida* (1915), y colaborador de *Voces* (1918-1919) ha sido el más avanzado de los portaliras vanguardistas en Colombia. En 1925 publicó un primer tomo de versos bajo el título de "Tergiversaciones de Leo Le Gris" y en el presente año apareció el segundo *mamotreto* —como él lo llama— de sus poesías, que se denomina "El libro de los signos". En su sangre tiene ascendencia sueca por el padre, y alemana por línea materna, mezcladas a familias colombianas, y de ahí que su temperamento artístico sea el de un romántico, con reminiscencias de brumas nórdicas, pero capaz de sentir el dulce brote de las emociones meridionales. A pesar de su aspecto bohemio, León de Greiff ha vivido la vida de un buen burgués, siendo empleado modelo en los Bancos capitalinos y en el Ferrocarril de Bolombolo, en cuya empresa trabaja desde hace tres años con una consagración ejemplar que hace fuerte contraste con su bolchevismo literario.

AUTORRETRATO

Et que je sois absous por mon ame sincere
Comme le fut Phryne pour son sincére nu.

J. L.

Yo estoy solo. Yo estoy en mí cautivo.
Todo está en mí... y en mí no encuentro nada...
¡Sombra ilusa! ¡Entidad galvanizada!...
Y a duras penas vivo!

Soy ilógico. Vivo en un sueño. Boga
mi fastidio en un mar de olas de plomo...
Y, si a sus ojos pérfidos me asomo,
¡la Esfinge me interroga!

Yo soy triste. Fatal el sino marca
mi discurrir por una esquiva senda.
Nada veo: y mi vista todo abarca,
a pesar de mi venda!

La locura en su círculo macabro
con femenil empeño me recluye...
Soñador... algún loco ensueño labro:
y el ensueño me huye!

Yo soy estrafalario y soy abstruso:
soy altanero y soy sencillo; y llevo
—para reír— un gesto antiguo y nuevo
de Diógenes al uso!

Desdén; risa... Si todo es falso... ¡Todo!
Todo verdad. Todo existe y no existe...
Yo sólo sé que voy como un beodo
de beber vino triste...

¡Pierrot! ¡Juglar! Payaso de mis penas,
bajo el azur de universales climas,
lloro la carcajada de mis rimas
sarcásticas y amenas!

¡Contradictorio y vario! ¡Triste, irónico!
¡Pobre mimo! ¡Quijote de tinglado!
¡Muñeco de un guignol disparatado!
¡Coplero gris y afónico!

Estoy solo... ¡Estoy loco!... Vasta sombra
ciñe mi soledad que ya delira!
Mentira... ¡No estoy solo!... Ella me nombra,
¡y en sus sueños me mira!

RITORNELO

Todavía escucho que vibra
—por sobre tiempos y distancia—
tu voz, cuya leda fragancia
mis locos sueños equilibra...

Todavía veo tus ojos,
—astros bajo la nocturna
cauda aromosa de tu pelo—.
Todavía veo tus ojos,
—faros de vida por el hielo
cándido, ingenuo, sin sonrojos,
de tu blancura taciturna—.

¡Aspiro aún el aromar
de tu melena, dulce mía!
y siento la miel de tu boca!

¡Ah! tu recuerdo es un perfume
para mi alma esquiva y loca!
¡Ah, tu recuerdo es armonía
para mi espíritu juglar!

Porque en ti todo se resume...
¡como en el mar!

RAFAEL MAYA

Nació en Popayán el 19 de marzo de 1897. Estudió en la Universidad del Cauca, en el Seminario de su ciudad natal, y en la Facultad de Derecho y Ciencias políticas de la Universidad Nacional. Empezó a escribir en 1915 en la revista *Popayán* y en varios periódicos locales; luégo, cuando vino a la capital, en las revistas bogotanas *Cromos* y *El Gráfico*, y en los diarios *El Tiempo*, *El Diario*, *El Espectador* y *El Debate*. Ha publicado dos libros de versos: "La vida en la sombra", en 1925, y "Coros del medio día" (poemas). También es autor de otro volumen, "El rincón de las imágenes" (cuentos, poemas en prosa y artículos de crítica), (1927), y de un pequeño tomo de apologías que llamó "De Silva a Rivera", en que analiza con amor la obra de estos dos poetas. Es profesor en varios establecimientos de educación, y actualmente desempeña la rectoría de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

EL MUNDO EN FLOR

Claras mañanas de abril, cuando el mundo estaba en flor.
Mañanas que amaba tánto, en el viejo caserón
de la provincia. Mañanas de campanas y de sol,
y de rosales alegres entrando por el balcón.
La abuela nos recibía en el amplio corredor
con su delantal de lino y su cofia de crespón.
Caía en hilos delgados el agua del surtidor.
Claras mañanas de abril, cuando el mundo estaba en flor.

"Bendecid el día nuevo y bendecid al Señor".
Y nosotros, de rodillas, repetíamos la oración.
Era domingo. La iglesia llamaba con dulce voz.
Desnudos los recios brazos, el imberbe labrador
sobre el tronco de una encina apoyaba el azadón.
La misa de oro reía entre el húmedo verdor
y volaban las palomas sobre el vetusto frontón.
Bendecid el día nuevo y bendecid al Señor.

Claros cristales antiguos del pequeño comedor.
Loza blanca. Grato aroma de la rubia colación.
Agua que en hondas tinajas de barro se refrescó.
Frutas maduras que muestran su jugoso corazón.
Algazara. Dan las tazas su aromático vapor
como el vaho de la tierra que el arado removió.
Escenas de cacería en cuadros ya sin color.
Claros cristales antiguos del pequeño comedor.

Ropa nueva que ha salido del fondo del viejo arcón
libertando de sus pliegues el alma del alcanfor.
Viene la novia. En el cinto trae una rústica hoz.
Sus senos rosados punzan el transparente linón
bordado de ricos hilos como una ribera en flor.
La sanguínea pubertad le está quebrando la voz
y su talle es más flexible que el arco del cazador.
Ropa nueva que ha salido del fondo del viejo arcón.

Evangelio de los campos, claro y geórgico sermón
de la colina que tiene la cara llena de sol.
Arbol que das a la tierra tu magnánimo perdón
sonriendo buenamente como un viejo confesor.
Altos lirios de la fuente que la tierra engalanó
de un ropaje más precioso que el manto de Salomón.
Gruta de hierbas calladas para amparar el amor.
Evangelio de los campos, claro y geórgico sermón.

Y luégo la tarde lenta que se pone en oración
más allá de las ciudades, entre un dorado temblor.
La tierra que muere como una mujer que encendió
muchas vidas en el fuego de su robusta pasión.
Van las nubes por lo alto, sin figura ni color,
en dispersos torbellinos, como un pueblo en evasión.
Una torre ya ha encendido su diminuto farol.
Y luégo la tarde lenta que se pone en oración.

Alcoba de ricos paños que la anciana zahumó
con litúrgicos inciensos y hierbas de buen olor.
Alto lecho decorado como un altar. Invasión
del sueño de manto espeso y de sandalia veloz.
Lucha del ángel guerrero en torno del almohadón
cuando aparece en las sombras, desnuda como una flor,
la mujer hermosa y mala de la primer tentación.
Alcoba de ricos paños que la anciana zahumó.

Claras mañanas de abril, cuando el mundo estaba en flor.
Mañanas que amaba tánto, en el viejo caserón
de la provincia. Mañanas de campanas y de sol,
y de rosales alegres entrando por el balcón.
La abuela nos recibía en el amplio corredor
con su delantal de lino y su cofia de crespón.
Caía en hilos delgados el agua del surtidor.
Claras mañanas de abril, cuando el mundo estaba en flor.

FATUM

A la orilla del mar, sentado a solas,
sumido en monacal recogimiento,
trajo a mi oído el apagado viento
ecos de moribundas barcarolas.

Las estrellas abrían sus corolas
en el profundo azul del firmamento.
Calló el mar, y en mi propio pensamiento
se despertaron las dormidas olas.

Y fue la tempestad. Túrbido oleaje
fue sacando a la playa los despojos
de tánta nave que encalló en el viaje.

Vi un cielo funeral, un agua inerte
y una sirena de volubles ojos
en la negra escollera de la Muerte.

JOSE UMAÑA BERNAL

Nació en Tunja, el 18 de diciembre de 1900. Estudió literatura en el Colegio de San Bartolomé; luégo hizo algunos cursos de derecho en la Universidad Nacional. Empezó a publicar versos en 1916, y fue desde entonces colaborador de *El Gráfico, Cromos, Patria, Lecturas Dominicales, El Espectador, El Nuevo Tiempo Literario* (segunda época) y de la revista *Voces,* de Barranquilla. En el concurso teatral abierto por la Compañía argentina de Camila Quiroga obtuvo el segundo premio con su comedia "El buen amor". Fue Cónsul de Colombia en Santiago de Chile en el año de 1927, y ha viajado, además, por Estados Unidos, Perú y Cuba. En la actualidad es Director del Teatro Municipal de Bogotá.

ROMANZA DEL ALBA EN SANTAFE

La rosa azul de la noche
cerraba su primavera.
Los pájaros de la aurora,
ocultos en la arboleda,
las plumas de su cantar
bañaban en agua fresca.
La brisa nueva traía
su madrugada de esencias.
Ya viene el alba, ya viene,
que está peinando sus trenzas.

Celestina de las horas
rondaba por las callejas.
Faroles de mecha gris
sangraban su llama incierta.
Un palomar de campanas
se despertaba en la iglesia.
La soledad se vestía,
devota, su saya negra,
y golpeaban los ecos
sobre los muros de piedra.

Cristal de la madrugada
que iluminó tu presencia.

Tapiz de oscuros silencios
a tu zapato de seda.
Pálido perfil de luna
bajo la mantilla negra.
Rauda mi mano en la sombra
aprisionó tu promesa.
El agua de tu sonrisa
en los cauces de mi pena.

El sol, rapaz vagabundo,
trepaba sobre la reja,
y despertaba al convento
con una copla morena.
La ojiva de los maitines
dejó pasar la leyenda,
y una canción enclaustrada
soñaba cielo de ausencia.
El arco de mi deseo
clavó en tu seno sus flechas.

Jilgueros de tu oración,
sacrificio de alas lentas.
Cerco de pluma al oscuro
gavilán de mi blasfemia.
En brazos de mi silencio
temblaba tu primavera:
El claro azul de tus ojos
lloraba dulces ojeras,
y descansaba la sombra
en tus flancos de azucena.

Lamentos de cirios largos
lloraban el alba muerta.
Un ruego blanco de incienso
la arrullaba en ondas quietas.
Los ángeles la llevaban
sobre sus alas abiertas.
La acompañaba la torre
con su rosario de estrellas.
El duro filo del día
le iba cortando las trenzas.

JUAN LOZANO Y LOZANO

Nació en Ibagué el 6 de abril de 1902. Hizo su bachillerato en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, e ingresó en seguida a la Escuela Militar, donde obtuvo el grado de subteniente, en 1922. Después de servir algunos meses en el ejército nacional, partió a Europa con el objeto de iniciar estudios de finanzas en la Universidad de Cambridge. De Inglaterra pasó a Roma, donde permaneció seis años, en el curso de los cuales recibió el diploma de doctor en Ciencias Económicas y Sociales. Lozano y Lozano hizo sus primeros ensayos poéticos hacia el año de 1910; fundó en 1919, en compañía de su hermano Carlos, la publicación literaria llamada *Revista Azul,* donde empezaron a darse a conocer algunos de los mejores talentos de la generación de *Los Nuevos.* Publicó en 1923 un pequeño cuaderno de versos, que apareció en Lima con el nombre de "Horario primaveral". Su segundo libro, "Joyería", fue editado en Roma en 1928. Ha colaborado como poeta y crítico literario en casi todos los periódicos de Bogotá; en *La Nación*, de Buenos Aires, y en *Mundial, El Comercio* y *Mercurio peruano*, de Lima. Sus más conocidos ensayos de crítica son los que consagró a Guillermo Valencia y a León de Greiff. Sus versos encierran la delicadeza de todo un apolonida, que ha sabido aunar a la bella manera del decir, el respeto por las urnas tradicionales, eternamente renovadas.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Desde el arco ojival de la portada
hasta la flecha que en lo azul palpita,
cada cosa en su fábrica suscita
el ansia de emprender otra Cruzada.

Mole de encaje y de ilusión, cascada
que baja de la bóveda infinita,
surtidor que hasta Dios se precipita,
escala de Jacob, fuerza encantada.

Tiene tánto a la vez de piedra y nube,
su pesadumbre formidable sube
en la luz con tan ágil movimiento,

que se piensa delante a su fachada
en alguna cantera evaporada,
o en alguna parálisis del viento.

EL CASTILLO

Una luz de violeta alumbra
mi castillo infranqueable, que
se desdibuja en la penumbra
como en los cuadros de Doré.

Castillo de puertas de plomo
y paredes color de zinc,
y atormentadas sombras, como
en el teatro de Maeterlinck.

En el salón Rodin acopia
bloques ciegos de más allá,
y la biblioteca es la propia
"Biblioteca" de Rollinat.

El sabio buho cuchichea
con el cuervo, junto al quinqué
cuya tenue luz azulea
como un verso de Mallarmé.

Cuando las horas me acongojan
siento que sólo para mí
manos invisibles deshojan
los "Nocturnos" de Debussy.

Aubrey Birthley pintó en los muros
una decoración fantasmal.
Mi castillo duerme a extramuros
del gran Círculo de Pascal.

Tal es, señora, mi castillo.
Si te parece aburridor
para una dama de tu brillo,
haz silenciar tu caramillo
y no me invites al amor.

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

	Págs.
ACEBEDO DE GOMEZ JOSEFA	21
Santa Helena	22
ALVAREZ HENAO ENRIQUE	257
La abeja	258
La carcajada del diablo	259
ALVAREZ LOZANO RAFAEL	23
Al tabaco	24
ARBOLEDA JULIO	54
Gonzalo de Oyón (fragmento)	55
ARCINIEGAS ISMAEL ENRIQUE	218
Paisaje	219
Inmortalidad	220
BARBA JACOB PORFIRIO	302
Sapiencia	303
Canción de la vida profunda	304
BORDA JOSE JOAQUIN	149
A los que vean mi cadáver	150
CAICEDO ROJAS JOSE	49
El primer baño	50
CARO JOSE EUSEBIO	58
Hector	59
El bautismo	60
Estar contigo	63
CARO MIGUEL ANTONIO	172
Pro senectute	173
El himno del latino	174
A la estatua del Libertador	176

Págs.

CARRASQUILLA RICARDO 87
Dios 87
Lo que puede la edición 88
Soneto al revés 90

CASAS JOSE JOAQUIN 228
Aves y sueños 229
Las artes 229
La flor de la viravira 234

CASTILLO EDUARDO 318
Alma antigua 318
El Ulisida 319
La indulgencia de las rosas 320

CESPEDES ANGEL MARIA 324
Las fiestas pasadas 325
A la manera arcaica 326

CONTO CESAR 153
Venus y Pluto 154

DE FRANCISCO JULIO 208
El indio 209
El bogotano 210

DE GREIFF LEON 327
Autorretrato 327
Ritornelo 329

ESCOBAR ARCESIO 119
La partida 120

ESGUERRA ARSENIO 156
María 156

ESPINOSA DE RENDON SILVERIA 45
Bolívar 46

FALLON DIEGO 133
Espejo 133
La luna 134

FERNANDEZ MADRID JOSE 8
A las banderas de Pizarro 9
La rosa de la montaña 10

FLOREZ JULIO 235
Idilio eterno 236
Ojos 238
La lágrima del diablo 239
A una hija de Roma 239
El canto libre 240

GARCIA DE TEJADA JUAN MANUEL 1
A Jesús crucificado 2

GOMEZ RESTREPO ANTONIO 253
Los ojos 254
Ante la estatua de Marco Aurelio 254

Págs.

GOMEZ RUPERTO S. 163
Dios y María 164
A la memoria de don Andrés Bello 164

GONZALEZ CAMARGO JOAQUIN 224
Viaje de la luz 225
Estudiando 227

GRILLO MAX 278
Callad 279
En el Calvario 279

GUARIN JOSE DAVID 112
La soledad 113

GUTIERREZ DE PIÑERES GERMAN 51
A mi caballo Schaleldin 52

GUTIERREZ GONZALEZ GREGORIO 80
Aures 81
A Julia 83

GUTIERREZ JULIO 244
Soneto. 244
Mi almanaque. 245

IRAGORRI FERNANDO 300
Ellos 300
A un escultor 301

ISAACS JORGE 168
Ten piedad de mí 169
Cantos y lágrimas 170
A orillas del torrente 171

LEON GOMEZ ERNESTO 195
El suicida. 196
Lejos , ... 197

LONDOÑO VICTOR M. 290
Salomón 290
Tierra nativa 291

LOZANO Y LOZANO JUAN 335
La catedral de Colonia 335
El castillo 336

LLERAS LORENZO MARIA 30
La separación 31
La lágrima del soldado 32

MADIEDO MANUEL MARIA 40
Al Magdalena 41
Consummatum est. 44

MARROQUIN ANDRES MARIA 12
A la muerte de Teresa Villa 13
El chocolate 14

Págs.

MARROQUIN JOSE MANUEL 91
A San Francisco Javier 92
La perrilla 93

MARTINEZ MUTIS AURELIO 307
La jornada épica 307
Jesús y la samaritana 308

MARTINEZ RIVAS FEDERICO 321
Elegía 321
Raso azul 323

MAYA RAFAEL 330
El mundo en flor 330
Fatum 332

MEJIA EPIFANIO 109
La tórtola 110
La muerte del novillo 111

NARVAEZ JUAN SALVADOR 85
A Carmen 86

NARVAEZ ROBERTO 182
Huyamos 182
Carta 183

NIETO RICARDO 292
Pax 293
Sueño blanco 293

NUÑEZ RAFAEL 71
Sursum 72

ORTIZ JOSE JOAQUIN 34
Galileo 35
La golondrina 36

ORTIZ JUAN FRANCISCO 26
El labrador 27
Al río Buga 28

PEÑA BELISARIO 138
A la muerte de Francisco Ortiz Barrera 139
María Magdalena 142

PEREZ LAZARO MARIA 65
La pasión de los celos 66
La limosna 67
La esperanza 68

PINZON RICO JOSE MARIA 143
El mar 144
El despertar de Adán 145

POMBO JORGE 198
A Ricaurte 199
Funesta dualidad 200

Págs.

POMBO MANUEL 97
Soneto 98
A la Virgen de los Dolores 99

POMBO RAFAEL 122
De noche 123
En el Niágara 124

POSADA EDUARDO 201
La canción del humo. 202
La venta abandonada 207

POSADA JOAQUIN PABLO 76
A Pablo 77

RAMIREZ JUAN C. 241
Stella matutina 241
Don Quijote 242

RASCH ISLA MIGUEL 312
Sueño de artista 312
La esperada 313
Nocturno agorero 313

RIVAS GROOT JOSE MARIA 211
Constelaciones 212

RIVERA JOSE EUSTASIO 315
Morir 315
Tierra de promisión 316
Adiós 317

ROJAS GARRIDO JOSE MARIA 69
El día 70

SAENZ ECHEVERRIA CARLOS 192
El adiós 193
Soneto 194

SAMPER JOSE MARIA, ... 102
Bolívar 103
Plegaria 104

SERAVILE DELIO, ... 310
Al través de los años, ... 310
Rondel 311
Hora de paz 311

SILVA JOSE ASUNCION 263
Día de difuntos 264
Paisaje tropical 268
Nocturno 269

TAMAYO RAFAEL, ... 186
El mayor castigo 187
Al trabajo. 188

TOBAR Y SERRATE MIGUEL 3
En la muerte de Neira 4
Los organistas de hogaño 5

Págs.

TORRES CARLOS ARTURO 271
Saint Just, ... 272
Némesis, ... 273

TRUJILLO JOSE IGNACIO 131
Si yo volara , ... 132

UMAÑA BERNAL JOSE, ... 333
Romanza del alba en Santafé. 333

URIBE DIEGO 248
Domadores 248
Ciego? 249
La eterna canción 250

URIBE VELASQUEZ MANUEL 246
En la tumba de un aprendiz de clarinete 246
A un Cristo empeñado 247

VALENCIA GUILLERMO 281
A Popayán 282
Los camellos 285
Moisés 287

VALENCIA PACHO 296
Los latinos, ... 296
En el trianón de Sor Margarita de Tracia 297

VALENZUELA MARIO 160
Triunfaste, ... 161

VALENZUELA TEODORO 108
Jorge Washington 108

VARGAS TEJADA LUIS 18
Al anochecer 19

VEGA ALEJANDRO 215
Retrato 216
Copa eterna, ... 217

VERGARA Y VERGARA JOSE MARIA 116
Recuerdos 117

VILLAFAÑE CARLOS 305
La vía dolorosa 305

VILLAR ENRIQUE 276
Cofea arabiga 276
Pro patria 277

VILLEGAS ARANGO ALFONSO 288
Aurora, ... 288
Con Virgilio 289
Beatriz, ... 289

INDICE GENERAL

I

Gesta lírica, por Gustavo Otero Muñoz V

II

Los clasicistas. 1

III

Los románticos. 49

IV

Individualistas estéticos. 163

V

Los modernistas 263

VI

Los nuevos. 327

VII

Indice alfabético de autores. 337

FINIS

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LOS TALLERES DE
LA CASA EDITORIAL DE
CROMOS EL DIA 10
DE JUNIO DE
1930

229

861.6508
861.6508 087
a39001 0081223126
Arizona
Certified Library
Binders